

arte = facto

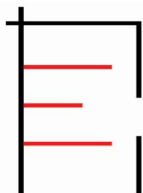
Apeiron Ediciones

Francisco Tomás González Cabañas

EL ACABOSE DEMOCRÁTICO

Francisco Tomás González Cabañas

# EL ACABOSE DEMOCRÁTICO



Ápeiron Ediciones

2017





**Francisco Tomás González Cabañas** (Ciudad de Corrientes, Argentina, 1980) es autor de las novelas *El macabro fundamento* (1999) y *El hijo del pecado* (2013), así como de los ensayos *El voto compensatorio* (2015) y *La democracia incierta* (2015). También ha publicado artículos filosóficos en revistas como *Eikasía*, *Kinesis*, *Ensayos de filosofía*, *Analéctica*, *Contextualizaciones Latinoamericanas*, *Claridades*, *Tehura* y *Politikon*.

Ensayo

arte = facto

1.ª edición, 2017

© Del texto, Francisco Tomás González Cabañas  
© Ápeiron Ediciones

C/ Esparteros, n.º 11, piso 2.º, puerta 32  
28012 Madrid  
Tfno.: 911 64 63 00  
E-mail: [info@apeironediciones.com](mailto:info@apeironediciones.com)  
<http://www.apeironediciones.com/>

Diseño de portada: Ápeiron Ediciones  
Maquetación: Ápeiron Ediciones

ISBN: 978-84-17182-06-9

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida por ningún medio sin el permiso por escrito del editor.

## ÍNDICE

INTROITO. SUBVERTIR LA REVOLUCIÓN .....	7
PROLEGÓMENOS POLÍTICOS .....	11
LA POLÍTICA EN LOS CLAUSTROS UNIVERSITARIOS .....	25
LA POLÍTICA AL DIVÁN .....	47
LA POLÍTICA EN LAS CALLES .....	79
LA POLÍTICA OCCIDENTAL.....	97
LA POLÍTICA EN LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN .....	113
LA MUERTE DE LA POLÍTICA.....	131
LA RESURRECCIÓN DE LA POLÍTICA .....	153
ÉPIFENÓMENOS DEMOCRÁTICOS .....	181



## INTROITO. SUBVERTIR LA REVOLUCIÓN

Coincidamos o no con la apreciación, estemos o no de acuerdo con ella, le tengamos aversión, pavor, respeto o devoción al ver, por la hendija de nuestras cerraduras, movilizaciones que la confirmen o un vacío que la ponga en duda, la revolución está en marcha. Es un proceso que se ha iniciado hace tiempo en nuestras democracias occidentales. Repasar de qué trata, ver que es muy diferente a las anteriores revoluciones en conceptos y metodología, ver a lo que apunta, es el sendero obligado para tratar de prever hacia dónde iremos con ella.

Desde la Revolución francesa, que le legó a la humanidad (en verdad, al Occidente que conquistó a sangre y fuego para luego someterlo al totalitarismo) libertad, igualdad y fraternidad, es un deber ser auténticos y aceptar nuestro mundo y nuestro modo de comportarnos; es nuestro deber, en nuestro hacer político, debatir o analizar las conquistas que llevamos como seres humanos desde aquel entonces. Debemos, primero, para nuestra consideración, establecer qué significó la Revolución francesa. Fouret, en su libro *La revolución francesa en debate*, la define de la siguiente manera:

Su objeto no es tanto conservar la república sino fundarla, des-  
embarazándola de sus enemigos por medio del terror. De allí viene su superioridad sobre la ley y, por consiguiente, su independencia respecto de ella: así, lo que autoriza la suspensión provisoria del derecho es, más allá de la salvación pública, la exigencia superior de fundar la sociedad sobre la virtud de los ciudadanos... Ya no se trata de una guerra o una revuelta destinada simplemente a hacer que el poder cambie de manos. Se trata de un reinicio de los tiempos. La obsesión democrática por la novedad hace irrupción en la historia [...] La revolución no es más que el nombre moderno de la clásica situación de desobediencia legítima, explorada por tantos y tantos escritos de teología política. Sustituye al tiranicidio como instrumento para restablecer un orden superior al poder de los reyes; pero consiste en un instrumento provisorio, un medio por completo excepcional, un paréntesis que se cierra muy pronto, dado que es una figura paradójica de la conservación, no el símbolo de un advenimiento.

Así como la Revolución inglesa influenció a la francesa, la francesa lo hizo con la bolchevique. Nuestras revoluciones, tanto la radical como la peronista, son productos de todas las mencionadas. Podríamos decir que hoy estamos empachados de revoluciones y que de allí parte la necesidad del actual cribado; nuestras disputas podrían catalogarse de semánticas, pero apuntamos a la necesidad de esmerilar lo hegemónico. Hay que solicitar, pedir, clamar o peticionar para que se abandonen las consideraciones de izquierda y de derecha por asepsia conceptual; también las consideraciones de peronismo, de radicalismo y de cualquier otra expresión de lo partidocrático. Proponemos el uso de dos grandes categorías que ya pertenecen, sin gravitaciones imperiales, al conjunto de la humanidad. Proponemos considerar a la política desde lo general y lo particular; y en ese caso tendríamos multiplicistas y generalistas, o unicistas y particularistas. Para muchos, es prioritario acudir a socorrer a algún vecino que esté sufriendo, por más que sean cientos los que estén peor o igual; se prefiere eso —antes que estar adentro de una oficina sin asistir a nadie—mientras se planea, en paralelo, ejecutar una política pública que resuelva, de una manera más integral y racional, la problemática. También habría que empezar a redefinir qué implica, desde nuestras consideraciones, la revolución o la posibilidad de suscribir un nuevo acuerdo ciudadano para que quepan más mundos en el mundo.

La revolución es el triunfo de un nuevo pacto social y político, fundado sobre una nueva relación del hombre con el poder, en la cual el ciudadano reemplaza al sujeto y la libertad a la autoridad (E. Quinet).

Existe, parcialmente, un camino, un sendero que, inobjetablemente, nos tiene a medio hacer, a medio realizar; y hay un momento en el que es sumamente válido preguntarse si hace falta recorrer más o si resultaría conveniente regresar. Regresar sería apasionarnos, engegucernos por nuestra democracia al punto de creer que no existe nada mejor; existe el temor de que sería retroceder a los tiempos de las dictaduras. En todas las aldeas occidentales en donde estalla mediáticamente un conflicto, los requerimientos a lo democrático son copias exactas, sintomatologías iguales a las de una pandemia que tienen como punto neurálgico o cabal de su ferocidad a la democracia en su forma y contenido. La brecha, el abismo, les otorga



los representantes (por sobre los representados) el derecho de exigir a los demás todo tipo de esfuerzos, de imponer sus propias reglas— que incluyen ética y moral sectorial, facciosa—, y detener una vida de privilegios a expensas de los otros, quienes, por más que trabajen la vida entera, no alcanzarán jamás a hacer, de la realidad actual, un caldo de cultivo para que el orden establecido cambie o se modifique en la sustancialidad de lo que se denomina democrático. Uno de los tantos problemas en transitar este sendero es, precisamente, lo metodológico; es decir, cómo llegar a tal objetivo de una forma más auténtica, rápida, efectiva o con menos concesiones entregadas en el camino. Tanto desde adentro de los procesos novedosos —por tentación o por referencia al pasado— como desde afuera —por el temor que les genera a los sectores complacidos que las reglas del juego se vean cuestionadas—, se conducirá siempre, irreversiblemente, a la necesidad de un cambio, a subvertir lo establecido, a la revuelta en las calles, a la insustancialidad de la disputa de poder. Pensar la política tanto desde la lógica del adentro como del afuera es un canal posible para dejar esa posición arrogante que lleva, a los que están adentro, a creer que se tiene la integridad suficiente como para representar a los demás, estableciendo aquella falacia de “los de arriba y los de abajo”.

Sin embargo, hoy, los actuales revolucionarios —independientemente del proceso en el que se encuentren sus revoluciones y, obviamente, del lugar en donde las estén llevando a cabo—, deben tener en claro que la revolución de nuestro tiempo es una revolución conceptual que se da, o debe darse, en el ámbito del lenguaje. Debemos subvertir la revolución. La revuelta pasa por convencer a los favorecidos de que no tienen verdadero beneficio sobre los privilegios de los que dicen gozar. Para esto no necesitamos ocupar ninguna calle, incendiar ninguna bandera o edificio.

Simplemente, nos bastará con tener claro esto para socavar la mente de los que mandan, de los que gobiernan, de los que tienen en sus manos las reglas de juego. A ellos debe apuntar nuestra revolución, hacia allí debemos apuntar nuestro objetivo revolucionario. Debemos subvertirlos para que sean los responsables ejecutores de un Occidente que tenga reglas más inclusivas o democráticas. Debemos subvertirlos para poder alcanzar, —tal como la entendemos algunos—, la verdadera democracia.



## PROLEGÓMENOS POLÍTICOS

### Reconstituir el eje iberoamericano-Sur

Geopolíticamente, Occidente necesitaría—en grado sumo e imperioso—redefinir sus límites para establecer nuevas pautas de convivencia que dignifiquen la razón y el sentido mismo de la humanidad. Encontrar la distancia exacta —para no fenecer por el frío extremo, impulsado por la crudeza de la supervivencia en solitario— era el dilema que debían resolver los erizos, tal como, magistralmente, lo teorizó Arthur Schopenhauer. Sería un reduccionismo absurdo volver a sentenciar que los límites geográficos son imaginarios, pues ya han pasado de la realidad a la hiperrealidad. Si queremos concebir la política mundial a través de la subdivisión de continentes, estaremos haciendo geografía y no política. Tanto África como Asia, ya están en Europa. Europa huye de sí misma, un poco hacia América o Latinoamérica que, en verdad, son lo mismo. Las crisis migratorias y las extensiones de los estados de excepción —como lo son campamentos de refugiados— pueden servir para encontrar, de una vez, al menos falsa o eidéticamente, un frontispicio en donde lo otro no tenga que ser, necesariamente, un objeto a conquistar, a convencer, a someter.

Si tomamos en cuenta la noción más íntima de lo humano — como lo hizo Freud desde la perspectiva de la psicología, en relación a lo que expresa el dilema en cuestiones del amor—, diríamos que el dilema del erizo está en su plenitud política.

No podemos alejarnos como comunidad y partir de los otros hacia un no lugar, o hacia un reducto o gueto. Tampoco podemos expulsar a quienes, en connivencia y complicidad con una facción, consideramos peligrosos. Tampoco es verdad que quepan, inocente o románticamente, todos los mundos en un mundo. Al igual que pasaría con los erizos, pegados unos a otros, terminaríamos pinchados, sin ninguna duda, y solo prevalecería la ley de supervivencia que, en los últimos siglos, se convirtió en la finalidad de la política.

Sí entendemos que el límite, como condición imprescindible de la vida en comunidad, se establece no en la tierra ni en el afuera,

sino en el adentro, o en la concepción que tengamos de la humanidad, estaremos dando un gran paso. Posiblemente nos lleve un tiempo terminar de dimensionarlo, ya que, luego de esto, serán los políticos los que tendrán que llevar a cabo esta subversión del orden establecido.

El eje que se propone reconstituir va mucho más allá de su definición semántica. Los que planteamos este entendimiento provenimos de lugares hispanohablantes; de tierras en donde el sincretismo cultural es producto de situaciones a la que no queremos volver. Debemos pensar en el futuro; en construir un límite que nos separe de lo violento, de lo irracional y de lo que atente contra lo vivencial. No creemos, o ya dejamos de creer, en términos y conceptos como los que existían en la Revolución francesa. Ya sucedieron muchas otras revoluciones, como evoluciones, a las que deberíamos prestarles mucha más atención; sobre todo, para redefinir el contrato social, que es, ni más ni menos, la regla de juego básica de nuestros sistemas políticos.

El capitalismo o el sistema no pueden ser tratados sin antes trabajar sobre los pilares o sobre lo subyacente de esas peticiones de principios, o puntos de partida, que son las reglas del juego.

Siguiendo el dilema del erizo, en el caso de que tengamos que tomar una definición colectiva, no podríamos hacerlo si, dentro de la sala, somos cincuenta y afuera son doscientos. Desde adentro, entonces, la mayoría piensa que deben establecerse las reglas del juego antes de dejarlos entrar o salir. Así se impone aquella mayoría que no es mayoritaria, ni tampoco justa ni idónea, ni criteriosa ni razonable, pero que determina las reglas que experimentamos la actual democracia representativa.

Este eje —llamado de esta manera por las razones expuestas y por el lugar en el que hemos sido arrojados desde el no tiempo— pretende que constituyamos el todo entre los que somos y no entre los que estamos adentro de un sitio, o de un límite establecido por algunos manipuladores. Encontrar ese “todos” —aquel al que el contrato social estafó, engañó y violentó—, nos dará no una, sino varias, múltiples, incontables oportunidades. Pero no se trata de cuestiones económicas o de mercado; aquello es una trampa del sistema capital. El cambio en las reglas del juego es lo que hará que tengamos otro destino.



No hablaremos de las anteriores experiencias fallidas o de aspectos de diagnóstico, porque sobrepueblan nuestros sistemas de información, limitan nuestra capacidad de comprensión, y nos hacen dudar del próximo paso, que es el obvio, el necesario, el imprescindible, y el único que nos salvará del espinazo del otro erizo. Este eje tiene que ser asimilado, pensado y reflexionado por todos; tiene que ser departido en ámbitos de charla colectiva, tertulia o ensimismamiento. El dilema que tendremos que resolver es si convencemos a los que gobiernan de que esta es la salida, el camino, el sendero por el cual nos tienen que hacer transitar.

Debemos hacer una pausa, descansar de la teoría, salir del límite de las bibliotecas y de las aulas, y proponernos ser nosotros los que gobernemos.

### **La democracia prostibularia (somos las prostitutas del Café Photo de San Pablo)**

“En tal lugar, son las prostitutas quiénes escogen a sus clientes. Los hombres (los posibles clientes) entran, se sientan a una mesa, piden una copa y esperan mientras las mujeres los observan. Si una mujer encuentra a alguno aceptable, se sienta a su mesa, deja que le invite a una copa y entabla conversación sobre algún tema intelectual, generalmente relacionado con la vida cultural, a veces incluso teoría del arte. Sí el hombre le parece lo bastante brillante y atractivo, le pregunta si le gustaría acostarse con ella y le comunica el precio” (Žižek , S. *Problemas en el paraíso*. Pág 26. Anagrama. Barcelona. 2016).

La metáfora es contundente en relación a nuestras democracias actuales. Los representados somos penetrados, cosificados al punto de alquilarnos, para saciar el placer subjetivo de los representantes. Sus fluidos eyaculatorios, circundan nuestros orificios varios, que debemos tener al cuidado y prestos, cuál urna convencional, que aguarda en su abertura lasciva, en su hachazo geométrico, dejarse ser ingresada por el voto, resguardado por el sobre, cual forro protector ante la venérea o el embarazo no deseado, que consagrara el clímax, el grito furtivo del acabose democrático, en donde el goce pasa por

privar el otro de la reciprocidad orgásmica, de forma tal de que en tal privación, las leyes de mando y obediencia queden en claro, los tiempos programados, el presente efectivo y real para el acabador y la promesa y el futuro incierto para el acabado.

El club, la whiskería, el garito, el prostíbulo o como se quiera denominar es el espacio público. Sí bien existen leyes, normas, códigos, todo lo que aparece como definición semántica, como campo teórico, no arriba como traducción en la arena de lo cotidiano. El ordenamiento, es más una sensación, un subproducto de lo abstracto. Las verdades a las que remiten esas correspondencias, son solo en el concierto simbólico, en los hechos, mero desconcierto. Es decir creemos que está mal matar o violar, pero cuando tal cosa se perpetra, la penalidad que disponía la ley, se difumina, se dispersa, en ese transitar, se pierde en ese laberinto Kafkiano, y se ejecuta, casi desaprensivamente, con el resultante, plenamente alejado entre lo teórico y lo práctico, acendrando la brecha entre lo que debería haber sido y lo que fue.

Las reglas sin embargo, tal es la modificación que ha instaurado lo democrático, sobre todo tras la caída del comunismo, es que en el digno ejercicio de alquilar nuestros cuerpos, de prestarlos a cambio de algo, o de someterlo como un bien de cambio, estamos eligiendo en plenas facultades libertarias el desempeñarnos de forma tal ante la vida. El gran logro, lo recalamos, es que además de putas dignas, invertimos o subvertimos la noción del poder, tal como el soberano que elige a sus mandantes, o los ciudadanos que elegimos a nuestros empleados que nos gobernarán por un determinado período, previamente acordado.

En este prostíbulo democrático, no por casualidad, también en Brasil y en San Pablo, se dio en los ochenta la experiencia futbolística de la “Democracia Corinthiana”, liderada por Sócrates, un modelo de autogestión dirigencial como deportiva, se garantiza la libertad de la puta, del gato (Žižek relata, que le han comentado que es una experiencia clasista, de allí que usemos la categoría gato que sí bien hasta no hace mucho en Argentina se usaba para señalar a la prostituta de nivel, la caracterización gato, devino en señalar al más débil, al más dependiente o sirviente de una población carcelaria, en la actualidad es usado incluso como insulto político) una libertad, a todas luces, ficta, por no declararla perversa. Puertas afuera del pros-

título, la prostituta no ganará ni el diez por ciento de lo que ganaría adentro, en cualquier otro trabajo. Por tanto esa libertad, más que relativa, esta conculcada. Lo mismo les ocurre a las comunidades occidentales, cuando se le dice que cada dos años, es libre de votar a quién desee. No sólo que están condicionadas por las propias leyes (el poder legislativo otorgando el monopolio de la representación a los partidos, o estableciendo sistemas de elecciones internas que no se cumplen o que devienen en última instancia en la elección de un todopoderoso que unge a los que desea) por las ejecuciones de las mismas (el poder ejecutivo que en tiempos electorales otorga más publicidad a los que medios que se muestran como sus partidarios, mayores recursos en contante y sonante para sus adeptos) sino también por el principal de los poderes que sostiene este andamiaje de la democracia prostibularia. En el mismo libro citado, el esloveno Žižek, narra que en su país el Tribunal Constitucional en diciembre de 2012, frenó un referéndum para que la población se expresara acerca de una política económica clave. El crítico de cine, tal como venimos sosteniendo, sin advertir que es el eje principal, señala la limitación que el poder realiza desde el judicial a la ficción democrática. Sí el día de mañana los ciudadanos de cualquier país, deciden acudir a sus tribunales en forma masiva y sincronizada, para enjuiciar a los políticos que no cumplen sus promesas, a cuestionar la brecha entre la teoría y la práctica, entre la letra de la ley y su traducción con la realidad, por no decir que cuestione fundamentos que damos por hecho como naturales que no son tales: por ejemplo la supuesta igualdad en el número del voto para un ciudadano en el que el estado estuvo presente en su educación, en su salud en brindarle posibilidades laborales y para quiénes no, o en el patrimonio exclusivo y excluyente de los graduados en leyes, para litigar o reclamar ese servicio público de justicia, los resultados serían a todas luces, escandalosos. El judicial, correría su velo y se mostraría tal cual es, un poder, el principal poder que sostiene los privilegios de unos pocos, para someter a derecho al resto y disciplinarlos con la posibilidad de castigo o penalidad en caso de que lo desafíen, subvirtiéndolo o intentándolo.

Para volver a la metáfora, las putas creen elegir, cuando en verdad no tienen otra chance. Tal como nos sucede en la arena electoral, en el campo político, en la democracia prostibularia. Nos terminará

dando lo mismo que nos penetre el rubio o el morocho, el joven o el viejo. Ni siquiera se trata en qué posición sexual nos sodomice o las proporciones de su miembro, ni si quiera si lo llega a usar. El uso que hacen de nuestro tiempo, de nuestra atención, la posición pasiva (que intenta ser hábilmente invertida, tanto en el prostíbulo de San Pablo, de allí que se distinga de cientos de miles de lugares en donde la actividad es la misma, como en la democracia donde es el gobierno del pueblo, delegado en unos pocos que son los mismos) rogante, disciplinante, y por sobre todo el resultante es lo determinante. El clímax, el goce, el polvo, el placer, (traducido en la metáfora política, los mejores sueldos, las mejores posibilidades, el acceso indeterminado a bienes, los privilegios, las prerrogativas) son para los acabadores, los acabados, en el mejor de los casos nos quedamos con algunos pesos, con algún mendrugo (en los ámbitos más marginales los votantes se quedan con bolsas de mercadería, vales de supermercados, colchones, chapas, bienes baratos que galvanizan la práctica institucionalizada de la prebenda o el clientelismo electoral) cuando no, con la promesa de que seremos amados, rescatados del prostíbulo, que tendremos la posibilidad de llevar otra vida eligiendo otra manera de ganarnos los recursos que nos posibiliten el ejercicio de la elección bien entendida. Estas son las condiciones esenciales, de lo que damos en llamar “El acabose democrático”, un escenario en donde o acabamos todos, en el sentido orgásmico o de placer real, o terminaremos todos acabados, en su sentido lato.

## **De la democracia deliberativa a la democracia desiderativa**

En los frecuentes análisis y estudios, que desde distintos campos y saberes se realizan acerca de la democracia, uno de los menos frecuentados por los distintos especialistas —y, con ello, menos difundido por los medios de comunicación—, es el de la democracia deliberativa. Sí bien esta surge como un complemento de la democracia representativa clásica, de acuerdo a sus más notables investigadores, induce a un retorno a las primeras fuentes (las griegas) o nos dirige a las experiencias democráticas más concelebradas (cantonas, suizas); pero, de todas maneras, va al choque, se confronta con el sistema



de mayorías en el que no pocas veces se reduce este idea a la idea de democracia representativa tradicional (o, incluso, a sus variaciones, las que destacan, promueven o avalan la confrontación democrática, siempre por instauración de mayorías). Autores como Habermas, Rawls y Nino son paradigmáticos en este resumen de constructivismo epistemológico, que apunta a una suerte de dotación de valores, de recarga de conceptos, con el fin de que esto transforme, para bien, a la sociedad. La democracia representativa de nuestro último tiempo ha sido siempre estipulada por el voto obligatorio o condicionado, e incentivada por la inoperancia de su clase dirigente. Lo más destacable es, sin duda, el nuevo esfuerzo por dota de un valor desiderativo a un sistema que nos tiene cautivos, encantados, seducidos, sometidos bajo su único poder.

Postulados, sostenidos por fragores argumentales y por extensos campos de conceptos, caerán, finalmente, en el ámbito emocional, en donde impactarán de lleno en las fuerzas contundentes de lo democrático y en las expectativas que generan en todos y en cada uno de los que la vivencian, pese a que la estén padeciendo. Esto tiene como única razón demostrar que la democracia, en definitiva, es una cuestión de fe, un dogma que se defiende, más que con el corazón, con el deseo de que todo vaya bien o mejor.

La visión de democracia deliberativa que promulgamos, la que, en parte, se construye a partir de Habermas y se complementa con la doctrina de Nino, se define como el conjunto de axiomas, principios y reglas, que rigen y delinear el proceso por medio del cual un grupo de personas libres, iguales y racionales participan de manera imparcial en la toma colectiva de las decisiones que habrán de afectarles, previo el desarrollo de un proceso argumentativo llevado a cabo en un foro público institucionalizado o no, provisto de una adecuada y suficiente información y limitado por un marco temporal o definitivo...La democracia deliberativa necesita, para su funcionamiento, de la participación activa de todos los ciudadanos en la toma de las decisiones que habrán de afectarles; sin embargo, difiere de esta forma de democracia en que la participación ciudadana es un elemento necesario, más no suficiente para su puesta en marcha. De tal manera, es imprescindible para la democracia deliberativa que el ciudadano no solamente manifieste su voluntad mediante el voto directo, el referéndum o la revocatoria del manda-

to, sino que exprese, públicamente y con anterioridad, al momento de la toma de decisiones, los motivos por los cuales adopta una determinada decisión política, argumentando, concienzudamente, frente a los demás conciudadanos y replicando a las justificaciones dadas por los otros en un foro público al que asiste en condiciones de libertad e igualdad... La democracia deliberativa se encamina a tornar de forma más deliberativa y racional los espacios institucionales para la toma de decisiones; pretende crear nuevos escenarios para la discusión y el debate, al tiempo que pretende sustentar la toma de decisiones gubernamentales en las necesidades y soluciones surgidas a partir de las deliberaciones adelantadas, de manera no institucional, por los ciudadanos colectivamente organizados (Ye-brail Haddad Linero, *La democracia deliberativa. Perspectiva crítica*).

Existen dos tipos de teorías democráticas: la primera, considera inalterables los intereses de las personas. Considera que la democracia debería funcionar para resolver conflictos de intereses. Lo general sacrifica a los intereses personales. La segunda, postula que los intereses de las personas pueden ser transformados y que la función de la democracia es transformar dichos intereses, pero con base en los valores morales.

Las críticas que se realizan a la dimensión de la democracia deliberativa están en sintonía con la confrontación o la complementariedad de la que, precisamente, surge. Es decir, le responden desde una continuidad dialógica, en un supuesto debate dado acerca de las posibilidades de lo democrático, aceptando o tomando el postulado, o la objeción planteada por lo deliberativo.

Veamos la siguiente crítica que se desprende del libro del autor Julio Montero, titulado *La concepción de la democracia deliberativa de C. Nino: ¿populismo moral o elitismo epistemológico?*: los rasgos que comparten todas las concepciones de la democracia deliberativa, desarrolladas en los últimos años, son: el de rechazar la idea de que la vida política se reduce a una mera confrontación entre grupos rivales que persiguen intereses facciosos o sectoriales y el de sostener la necesidad de alcanzar un punto de vista del bien común, mediante un debate público en el que todos los ciudadanos tengan el mismo derecho a exponer y defender propuestas surgidas de sus propias necesidades. Puesto que este ideal político requiere que

todos los ciudadanos dispongan de las condiciones necesarias para hacer valer sus puntos de vista, quienes defienden una concepción de la democracia deliberativa se enfrentan a un serio dilema que puede formularse de este modo: por un lado, en una democracia deliberativa, la totalidad de las normas públicas deben ser el resultado de una deliberación entre personas iguales, orientada a establecer el bien común; por el otro, para que esta deliberación tenga lugar, es necesaria la existencia previa de ciertos derechos que regulen la relación entre los ciudadanos, al menos en los aspectos concernientes al debate democrático. Dicho con otras palabras, el problema en una democracia deliberativa es que, si una norma sólo adquiere validez luego de un debate público en el que la totalidad de las cuestiones están abiertas a la discusión, no se puede explicar la legitimidad de los derechos sobre los que se sostendría la deliberación democrática.

La democracia solo puede ser entendida como un deseo, una cuestión de fe, sacralizada en su versatilidad de asimilar todo en cuanto lo rechaza. Referencia y diferencia, unicidad y multiplicidad; la inversión de lo metodológico: de lo general a lo particular. Todos y cada uno de los axiomas, al igual que las razones fundadas e infundadas que se quieran proponer, caerán rendidas ante la noción desiderativa de lo democrático. La democracia es expectativa: no puede ser plenamente concretada, ya que, en tal caso, se transformaría en un absolutismo totalitario. En nuestra modernidad, el sujeto de la democracia es el individuo. Así ocurre desde la composición de los contratos sociales, que unificaron todas y cada una de las expectativas de los suscribientes en una voluntad mayor o estado, y que —mediante una representatividad— administra o ejerce ese poder que ha sido previamente legado, extendiendo y renovando las expectativas cada cierto tiempo, llamando a sufragio y a elecciones para que se elija a quienes representen la administración de esa cesión de derechos cívicos y políticos. Pero la democracia debe fundamentarse en la condición estadística en la que se circumscriba el individuo. Hay que asumir la realidad para que, a partir de ella, se construya la expectativa, que es su razón de ser. De lo contrario, en caso de continuar generando expectativas ante la mera convocatoria de elecciones para renovar representantes, la legitimidad del sistema siempre estará riesgosamente en cuestión, pudiendo, alguna vez, considerarse el retorno de algún tipo de absolutismo.

La sujeción de lo democrático a la condición en la que este su-  
mida una determinada cantidad de hombres, garantizará que la ex-  
pectativa no sea siempre una abstracción, sino que esté supeditada  
a un resultado, a un determinado logro, concreto y específico. Lo  
democrático no perdería su razón dinámica de generar expectativas  
y no nadaría en el inmenso océano de la abstracción. Al disponer  
de un eje representativo, estaríamos logrando una modificación sus-  
tancial e inusitada. Aunque todo el andamiaje político continúe con  
sus estructuras, deberá plantearse formas y maneras: cómo lograra  
el cometido que lo impulsa a buscar una nueva definición de demo-  
cracia; bajo qué proyectos y propuestas logrará reducir el número  
de pobres en sus respectivas comunidades para, subsiguientemente,  
proponer —en todos y en cada uno de los campos en que el colec-  
tivo ciudadano se vea amenazado— un plan de vida. Sus planteos  
serán sometidos a la consideración pública durante elecciones, tal  
como hasta ahora, pero con una modificación nodal y sustancial:  
cambiar el sujeto de lo democrático e instaurar el voto compensato-  
rio para gestar la democracia desiderativa.

## **Blasquismo latinoamericano**

Vicente Blasco Ibáñez, escritor, periodista y político español, lle-  
gó a la Argentina en el año 1909. Durante su estancia en el país, de-  
cidió realizar una obra de colonización; fundó Corrientes y Nueva  
Valencia, que hoy son el granero arrocerero de nuestro país. Fue un  
hombre que luchó, incansablemente, contra todo tipo de tutela, de  
representatividad y de delegación. Se parapetó frente a la monar-  
quía, en términos políticos y literarios; al propugnar por el laicismo  
y al escribir un libro entero (*La araña negra*) que habla del espíritu  
conquistador de lo Jesuita. Blasco Ibáñez logró bosquejar un repu-  
blicanismo sin hacer eje en lo electoral. Tal como existe una lectura  
de que la filosofía de la liberación es producto de un maridaje de  
concepciones neomarxistas y heideggerianas, y, por lo tanto, vendría  
a ser una suerte de hijo latinoamericano de padres europeos, puede  
decirse, en lo teórico, que hace un tiempo que existe un blasquismo  
latinoamericano.



Ni las repúblicas ni las revoluciones en Latinoamérica tuvieron como eje central el “purismo electoral”. Muchos sistemas que se concebían democráticos y que promulgaban una supuesta igualdad de derechos y de posibilidades, en la práctica no eran capaces de asegurar el derecho a votar (en la Argentina, la ley del voto universal no contemplaba a las mujeres). La tutela, la representatividad, la delegación y, por ende, la subordinación y la dependencia a una lógica de amo-esclavo están siempre a la vuelta de la esquina. Al enfrentarnos a este tipo de situaciones, siempre creemos que alguien nos salvará, que, finalmente, la responsabilidad de nuestra existencia tiene que ver con un orden divino, cósmico, con rostro paternal y con una mano que nos columpia en lo estatal. Posiblemente, en Latinoamérica sea más fácil demostrar la existencia de Dios; de lo contrario, viviríamos con mayor asiduidad accidentes evitables o estados anárquicos, en virtud de la impensada tolerancia ante tanta desigualdad e injusticia en la tierra.

Blanco Ibáñez tuvo razón con respecto a lo Jesuita, era una opinión que compartía con Napoleón; pero respecto a lo generado en estas tierras, toda aquella impronta ya es indiscernible de nuestro acervo cultural y espiritual. Los conceptos educativos y laborales están profundamente vinculados con el trabajo de lo Jesuita; de no ser así, tal vez hubiésemos tardado años o décadas en el avance, y retroceso, de lo tecnológico y científico.

Fundar un blasquismo latinoamericano sería propender a un sistema de monarquía constitucional en la Nueva Valencia (es decir, en estas tierras latinoamericanas), para luego de tal experiencia (aprendizaje mediante el ejercicio de la soberanía en la acción) poder llevar a cabo una república con valores democráticos, asequibles, realizables y no meramente semánticos.

### **¿Y si probamos con una monarquía constitucional?**

Posiblemente, la sacralización de lo democrático, el haber trasladado la democracia a un ámbito puramente simbólico, etéreo e impracticable (luego de que toda una generación pensara, acertadamente, que la dictadura, la opresión y el totalitarismo se oponían a

la idea de libertad) sea parte del grave y acuciante problema político que socava nuestra condición de hombres de bien.

Ya es tiempo de convencernos de que no es descabellado pensar en que todo el sistema en el que hemos edificado nuestras promesas, expectativas, aciertos y fracasos, no deja de ser un castillo de arena, incapaz de sortear el desgaste natural del ir y venir del mar embravecido. La pobreza y la marginalidad que seguimos arrastrando desde tiempos en donde la democracia prometía alimentar, curar y educar, no es más que una gangrena que amenaza con hacernos despertar en la peor de las anarquías. Cuando el hombre, en sus más bajos instintos, instale —*ipso facto*— la ley del más fuerte, como última ratio procederá con violencia ante tanta crueldad, indiferencia y promesa perversamente sostenida.

¿Por qué hablar de monarquía si nuestros inicios como Estado nación la han desechado? Posiblemente por ello: por reconocer, de una vez por todas, que hemos fracasado en trazar nuestros objetivos libertarios. ¿Acaso no tenemos dinastías políticas que, travestidas en la carcasa democrática, nos gobiernan, fabulesca y burlonamente, mediante marqueses y duques que nos imponen su sesgo dinástico por intermedio del nepotismo, de la arrogancia y de sus creencias de sangre azul? Si el Estado es el ‘monopolista’ de la jurisdicción, lo que hará es causar y provocar conflictos, precisamente, para imponer su monopolio. El paso de la monarquía a la democracia implica que el ‘propietario’ de un monopolio heredado sea derrocado y cambiado, no por una democracia directa, sino por otro monopolio: el de los ‘custodios’ o representantes democráticos temporales. Los políticos habituales del modelo de Estado democrático compiten, no para producir un bien, sino para producir “males” como los aumentos de los impuestos, del dinero fiduciario, del papel moneda inflacionario, de la deuda pública, de la inseguridad jurídica por el exceso de legislación y de las guerras que se han convertido en ideológicas desde la intromisión de los EE. UU. en la Primera Guerra Mundial.

Quizá, tal como lo creen afinados lectores de Rousseau o los seguidores de Vicente Blasco Ibáñez, la soberanía no se delega. Se debe lograr una movilización popular para reclamar el derecho a la autodeterminación, y para exigir que la Argentina vuelva a ser parte de la Corona Española y, por consiguiente, parte de la comunidad económica europea (con todo lo que significaría). Debemos blan-

quear nuestro sistema político para que nuestra clase gobernante, empoderada, no necesite traficar con la mentira ni la impostura, ni deba robar e inflar impuestos. Se debería crear un padrón único de “jefes políticos” a quienes pueda otorgárseles estas facultades especiales; por más que esto entre en coalición con los derechos más elementales, habrá que buscar la manera de poner blanco sobre negro en esta realidad. Un mundo que miente descaradamente, que no se cansa de exhibir una faceta hipócrita, pérfidamente engañosa, disfraz a la democracia para su beneficio personal a costa de la marginalidad de millones.

Mal que le pese a Blasco Ibáñez (confeso republicano y antimonárquico español, anticlerical y antijesuita), su nombre es usado, hoy en nuestras tierras, para legitimar aquello por lo que combatió. Sería consecuente con sus ideas que nosotros develemos lo que somos y reconozcamos nuestros límites; que se nos prive de la supuesta posibilidad de elegir o de legitimar a nuestros marqueses, nos hará valorar nuestra libertad política conculcada, anestesiada, robada.

Todos —y más los republicanos españoles— deberían considerar la posibilidad de que el voto de los que menos tienen, de los menos asistidos o menos contemplados por el Estado, valga más que el voto de aquel que tuvo oportunidades o posibilidades de educarse y trabajar.

Si hiciéramos uso de nuestra soberanía, se repartirían de nuevo las cartas. Al no hacerlo, sabemos cómo esto termina: con nosotros perdiendo siempre.



## LA POLÍTICA EN LOS CLAUSTROS UNIVERSITARIOS

### **Pasar de la *delectatio terrestris* a la *delectatio coelestis***

Como si aún viviésemos en pleno auge del jansenismo, una de las problemáticas clave de la tarda modernidad es la predilección del hombre —sobre todo, del hombre de poder— por las cuestiones terrenales (o materiales) antes que por lo trascendente de un acto de bien. El poder debe ser entendido como la posibilidad de aquel que accediendo a tal espacio —sea por izquierda o por derecha—, modifique, primero, única o primordialmente, su realidad material a expensas de no cambiar la de los otros a los que, previamente, había prometido cambiarles su realidad colectiva.

Si no leemos a nuestros antecesores, a quienes escribieron antes, nos estaremos perdiendo de muchas cosas valiosas, entre las que se encuentra la vida misma; solo valoramos la vida, en su real dimensión, cuando muere alguien cercano o se enferma un conocido. Esa disrupción es liberadora. La muerte, sobre todo en circunstancias trágicas —como las de un accidente o un atentado multitudinario—, muchas veces resulta reveladora. Luego del dolor inconmensurable del impacto, llega la estupefacción; la situación límite nos conduce, inevitablemente, al absurdo y, luego, al pensamiento o a la reflexión. En esos instantes es cuando vemos y sentimos que nada subsanará esa absurdidad y que solo aquellas cuestiones vinculadas a lo religioso, a lo filosófico o a lo trascendental pueden funcionar. Es por esto que decimos que se sigue en aquella aporía jansenista, que surgió de una aporía anterior entre Agustín y Pelagio. El tema que tratamos subyace bajo este dilema, tal como lo expresa José María Pérez Gay:

La aparición de la conciencia, esa confrontación íntima donde el yo se sabe otro para sí mismo, abre el espacio para la libertad y, con él, un vacío que el ejercicio de dicha libertad obliga a llenar una y otra vez. Sócrates y Platón postulan al hombre como señor de tan urgente actividad; el cristianismo postula a Dios. Tanto los griegos como los hebreos responden al anhelo de unidad trascendente que

ha marcado dos mil años de metafísica occidental. Agustín, en particular, señala que la renuncia a la trascendencia, la reducción del hombre a ser unidimensional es, ni más ni menos, que el mal, el pecado contra el Espíritu Santo.

Rüdiger Safranski, para explicar que el hombre traiciona lo universal porque ‘la angustia de la vida’ lo expulsa del propio centro, ese centro que es el espíritu del amor, cita a Albert Einstein:

Un ser humano es una parte del todo que llamamos universo; una parte limitada en el espacio y el tiempo. Se experimenta a sí mismo, con sus pensamientos y sus sentimientos, como algo separado de todo lo demás que constituye una ilusión óptica de su conciencia. Esta ilusión es para nosotros una suerte de prisión, que limita nuestras aspiraciones o inclinaciones a unas pocas personas cercanas a nosotros. Nuestra tarea es liberarnos de esta prisión.

Al final, sin la unidad de la naturaleza ni la unidad de Dios, solo queda la organización del Estado. En ese Estado se debe velar por hombres que, más allá de gestos, de palabras o de acciones políticas, abracen las causas transcendentales y no las terrenales. Eso los hará libres, cercanos a Dios e inmortales.

Una de las verdades de la política en su hacer—no desde su perspectiva de ciencia—es que el poder no puede anidar eternamente en las mismas manos por la finitud del sujeto. Para poder legitimarse como gobernante, se construyen razones, argumentos o representaciones que lo validan. La construcción de una autoridad de poder se sostiene en principios de autoridad; si este principio hace referencia a situaciones poco racionales, basadas en la informalidad de caprichos y de decisiones de quien esté a cargo, su permanencia o latencia en el poder será mucho más circunstancial, puesto que tendrá que ratificar sus principios con un incremento de la fuerza irracional de su poder que, al acrecentar su nivel de presión, se convierte en opresión y culmina en el estallido de las normas hasta entonces aceptadas.

Ciertos sistemas políticos se edifican desde la identidad cultural de los pueblos a los que conducen (de allí, su permanencia por períodos considerables). Otras veces, son desplazados por grupos

que reinterpretan los cambios o ajustes que esa cultura precisa en relación a su identidad cultural, social y política.

El sistema político avanza hacia lugares en donde el soberano electo posee un poder cada vez más limitado; esto se debe a la participación de los ciudadanos que, incluso, pueden elegir a los colaboradores o ministros; pueden elegirlos programas de gobierno que tiene que ejecutarse y las prioridades en la agenda pública. El avance de la tecnología, el furor de la comunicación instantánea, colabora con estos fines al ajustar los relatos de las polis griegas y de las ágoras de discusión política a las redes sociales o interfaces virtuales. De aquí se deduce el axioma de que cada pueblo tiene el gobierno que se merece. Hasta que no forjemos sociedades democráticas, trabajos democráticos, familias democráticas, muy difícilmente tengamos un corpus social democrático. Solo entendemos esta cláusula por la aplicación de la imposición circunstancial de una mayoría, que no deja de ser un pedido de a quienes se les entrega el poder soberano (a contramano de lo que proponía el contractualismo, del cual nos decimos herederos). Tenemos que abandonar esta perspectiva y dar a luz a políticos que piensen en la generalidad y en las verdaderas prioridades; mientras tanto no dejarán de ser vanos y nimios reflejos de un espejo que, como en el cuento de Blancanieves, siempre nos responderá que somos los más plurales y democráticos.

**Espasmo democrático.  
A casi cinco siglos del Teorema de Guicciardini,  
razones de la frase “cada pueblo tiene  
el gobierno que se merece”**

De acuerdo a lo que plantea el investigador Joaquín Meabe en su artículo “El Teorema de Guicciardini y la Anatreptika Política” un 26 de Diciembre, pero de 1525, le escribía este último a su amigo Nicolás Maquiavelo una misiva en donde el párrafo clave, que determinaría la existencia del teorema político, reza de la siguiente manera: “Si nos sucede algo adverso, no podremos decir que nos han quitado el dominio supremo [para decidir], sino que vergonzosamente se nos escapó de las manos”.



Meabe, propone un creativo pero arriesgado razonamiento que da a luz al teorema, infiriendo que Guicciardini reconoce que no se puede alegar propia torpeza al entender la voluntad general en esa instancia en donde cede soberanía y que alumbró la representación legitimada, como la responsable primordial, de esta cesión, y más luego, de los excesos que los representantes pudieran cometer en nombre de esa representación asumida, sin ánimo o espíritu de control, seguimiento o de vocación de interdependencia útil entre representantes y representados. Bajo este principio, se entendería mejor el adagio de “Los pueblos tienen los gobiernos que se merecen” que, no casualmente, fue expresado por otro italiano: José de Maistre (1753-1821). Explica Meabe, pedagógicamente, el teorema:

Con extraordinaria sutileza Guicciardini diseña un escenario en el cual la regla, para cualquier trama de acciones políticas que involucra al conjunto de individuos que solo tiene licencia para conceder o permitir algo al detentador de autoridad política, es la prevención a la hora de retener el remanente de control que concede legitimidad y que, por ende, autoriza a aquel detentador de autoridad gubernamental (o a los que monopolizan los medios para obtenerlo) a apropiarse de esa porción de soberanía que luego lo habilita para realizar en su nombre los actos de retención o búsqueda de los aparatos de poder. La excepción, es la imprevisión del conjunto; y de ella se sigue, para Guicciardini, la pérdida, por negligencia, del dominio para decidir el propio destino en relación al gobierno y para lo cual hoy utilizamos el término soberanía.

A los efectos de respaldar su original planteo, nuestro autor da un par de ejemplos que bien podrían ser los de cualquier país o ciudad occidental en los últimos 30 años. La novedad que suscita, es la responsabilidad de la multiplicidad en la que se constituye el soberano, es decir, todos y cada uno de nosotros, que probable y posiblemente, cedamos nuestra soberanía, nuestro poder —con desdén, con desprecio, como sacándonos una carga—, que es en verdad, el propio peso de nuestra libertad. De esto mismo se nos está alertando, al invertir la responsabilidad en la dicotomía representante-representado y suscribiendo aquello que afirmaba el presidente John F. Kennedy de “Piensa en qué puedes hacer por tu país y no qué puede hacer tu país por ti”.

La existencia del teorema nos insta a que pensemos de qué manera podemos generar instancias de señalamiento, de advertencia o, en verdad, de marcar conceptualmente que estamos cediendo nuestro poder, no porque no tengamos otra posibilidad o se nos obligue, sino porque consideramos que en tal elección que hacemos, tenemos la expectativa de tener una mejor comunidad. La posibilidad de que votemos, es decir, de que cedamos soberanía no a sujetos sino a proyectos o a propuestas que puedan ser, más luego, llevadas a cabo casi maquinalmente (metafóricamente, no por proponer un endiosamiento de la ciencia ni mucho menos, por evitar el individualismo o la individuación en exceso en la representatividad política) bien podría ser una alternativa a explorar más temprano que tarde.

Las democracias en sus formas o manifestaciones deliberativas o participativas, podrían ser un canal, de hecho lo son en la actualidad, pero brindan la sensación de que no alcanzarán a cubrir, a compensar y a contener tanta decepción, estructural y crónica generada por todo lo prometido e incumplido. Acendrar en lo colectivo, para equilibrar tanto individualismo en la sociedad, podría ser un punto de partida para el que a todos nos encuentre prestos a contribuir.

En todos los ámbitos en donde posemos el análisis, daremos cuenta que todos y cada uno de los que lean esto (como forma de hacer expreso el privilegio que se tiene al haber sido educado, tener tanto el tiempo como las ganas de leer un artículo de política, poder reflexionar sobre el mismo y generar algo a partir de todo este circuito, a diferencia de millones, tan humanos como nosotros, de lectores que luchan por sobrevivir y no caer ante la falta de alimentos) podríamos empezar a salir de nuestros recintos de seguridad, nuestras pequeñas zonas de blindaje, nuestros guetos, en donde ejercemos, paradójicamente en la mayoría de los casos, un poder absolutista y arbitrario, para enfrentarnos a lo incierto que nos puede devolver la imagen de una construcción colectiva, pero mucho más auténtica.

Si en el medio de comunicación siempre se publica la misma pluma y se difunde la misma voz; si el comunicador siempre cita a los mismos e insiste en variaciones sucintas; si el docente no revé o repiensa su cátedra, sino asimila los cuestionamientos como los aburrimientos de sus educandos; si el trabajador no se cuestiona la

verdadera razón de su trabajo pudiendo determinar el límite entre abundancia y necesidad; si seguimos dejando de lado la prioridad de lo político, para que pase toda la política por lo secundario de quién la administrará: si el rubio, el morocho, la lesbiana o la mujer (como si estas caracterizaciones de lo humano hayan servido alguna vez para otra cosa que no sea para desatar conflictos innecesarios); al cumplirse todo esto, es seguro que el teorema se cumpla a rajatabla. Nuestra reinterpretación del mismo sirve para afirmar, razonada y argumentalmente, que cada pueblo tiene el gobierno que se merece. Lo lógico es que nos quejemos, como lo hacemos; podríamos inferir, finalmente, que como marco social somos como “el perro” de Pávlov: reaccionamos al estímulo, por reflejo condicionado, en este caso, por espasmo democrático.

### **El *substratum* democrático: *argumentum ad verecundiam***

Para sostener lo expresado debemos echar mano al Latín, dado que se constituyó en el resultante de la cópula Grecolatina desde donde arrastramos lo totémico de lo democrático, a lo que miles de años después, apenas si tímidamente algunos, muy pocos, nos atrevemos a la transgresión de decir algo al respecto, y muchos menos, medios o plataformas, como la presente, nos permiten divulgarlo.

Male parta male diabunter. “Lo que ha sido mal ganado es erróneamente perdido”. Esta frase atribuida a Marco Tulio Cicerón, se acompaña en verdad de la vida y obra de este filósofo y político Romano, quién al denunciar ante el Senado, un intento de golpe de estado, pregunto: Quousque tandem abutere, patientia nostra? Lo que traducido sería: ¿Hasta cuándo abusaras de nuestra paciencia?

El poder, como tal, en su esencia más pura es un ejercicio permanente, y sí se ha resuelto dividirlo en tres, es en el historial de la humanidad, apenas una época, en esa época, son también hombres los que tendrán el ejercicio de la ejecución del mismo, en forma autónoma pero interrelacionada, bajo reglas del poder, también establecida por ellos mismos, o en el peor de los casos, predecesores.

En 1977, Castoriadis concedió una entrevista que fue publicada en *Le nouveau politis* en la que expresaba lo siguiente:

Los individuos no tienen ninguna señal para orientarse en su vida. Sus actividades carecen de significado, excepto la de ganar dinero, cuando pueden. Todo objetivo colectivo ha desaparecido, cada uno ha quedado reducido a su existencia privada llenándola con ocio prefabricado. Los medios de comunicación suministran un ejemplo fantástico de este incremento de la insignificancia. Cualquier noticia dada por la televisión ocupa 24 o 48 horas y, enseguida, debe ser reemplazada por otra para «sostener el interés del público». La propagación y la multiplicación de las imágenes aniquilan el poder de la imagen y eclipsan el significado del suceso mismo.

La democracia formal, inacabada, acotada, incierta, que nos proponen bajo el condicionante de que votemos cada cierto tiempo —como si esta aclamación de mayorías fuera realmente elegir algo—, no tiene como finalidad generar una sociedad democrática o individuos con comportamientos democráticos. La propagación de la imagen, que obtura la posibilidad del significante del suceso, se traduce en un alienante sistemático —como lo denuncia Castoriadis al acusar a los medios—, es parte de la metodología que utiliza la democracia para no ser democracia. Las campañas políticas, con sus múltiples reproducciones, bajo diferentes correas de transmisión (redes sociales, cartelería, afiches, volantes, publicidad audiovisual), no significan nada. Este es, sin duda, el período más antidemocrático.

Siempre y cuando los candidatos, no solamente no sean elegidos por voto de sus afiliado o militantes, es decir mediante el desarrollo de una democracia interna previa (tal como se denuncia como para justificar la celada, un embanderamiento, a su vez contumaz, dado que quién lo hace o impulsa no puede testimoniar con su accionar político el haber realizado en sus propios espacios o en momentos previos lo que peticiona, declama o exige) sino más que nada, no traicionen el lugar en donde están, y más aún sí en el que ocupan debe resguardar cierta integridad institucional. Esta barrabasada política, que bien podría ser entendida como un juego caprichoso e irresponsable, debe sin embargo, ser contundentemente respondida, con altura, solvencia, pero con determinación; los devaneos de desquiciados individuos pueden empezar a poner en jaque los

sólidos entretejidos del corpus democrático (ver sino el caso de la Venezuela post-Chávez).

Sí uno puede tener cierta simpatía, o cierta apreciación positiva, esforzándose en creer por su puesto, ante un candidato, el período electoral no permitirá que se ofrezca una crítica constructiva, en aras de que tal cuestionamiento significaría hacerle juego al rival o ser directamente un idiota útil. Al convertir al medio en fin, la campaña electoral termina de acendrar, de galvanizar, que lo único importante es ganar, a cualquier precio y a como dé lugar.

Pero entonces, en el ámbito de la palabra, en el distrito conceptual, en el cuál se sostiene la política, nos cabe preguntarnos, también en latín: *Pacta sunt servanda* a secas, o condicionado por *Rebus sic stantibus*.

La excepción *rebus sic stantibus* (estando así las cosas) es una solución posible en aquellos casos en que la severidad del principio *pacta sunt servanda* (los pactos o acuerdos son sagrados o para cumplirse) no resulte adecuada para interpretar la verdadera voluntad de los contratantes, en este caso del contrato político tal como lo planteamos en este artículo.

Observemos el siguiente análisis de un jurista Español, acerca de esta controversia, por parte de quiénes disrumpen un contrato, modifican sus reglas o las violan, pretendiendo argüir un bien supremo jurídico mayor, que nunca estuvo en juego, o que en verdad sólo está presentado como excusa, para lograr precisamente el incumplimiento del pacto sin pagar consecuencias. Maniobras arteras que se producen desde que el mundo es mundo y que se producirán hasta tanto este tipo de trapisondas no merezcan su correspondiente condena social.

“Aunque se acostumbre a calificar el latín como lengua muerta, algunas de sus expresiones se mantienen todavía muy vivas y, en algunos casos, están cobrando una fuerza importante en el contexto actual. Es el caso de la locución “*rebus sic stantibus*”, cuyo significado vendría a ser estando así las cosas. El motivo por el que la expresión está en boga es su uso a la hora de poner en tela de juicio el carácter vinculante –a priori indiscutible- de los contratos entre partes.

De hecho, la expresión está integrada en un aforismo que podemos dividir en dos partes: “*pacta sunt servanda rebus sic stantibus*”. La primera parte del brocardo –lo pactado obliga- es la base de

nuestro Derecho de contratos y así lo recoge el Código Civil (CC) en su artículo 1.091, al señalar, con un lenguaje ciertamente solemne, que las obligaciones nacidas de un contrato “tienen fuerza de ley entre las partes”. Una aseveración que reposa tanto en la voluntad de dotar a esas obligaciones de la mayor exigibilidad, en atención al respeto a la palabra dada, como también en la advertencia –nada disimulada- de que el incumplimiento entre las partes tiene trascendencia más allá de sus propias esferas: la parte perjudicada puede recabar el auxilio del Estado, a través de su brazo judicial, para forzar a la otra parte a cumplir o para que, en su caso, entre en juego algún otro remedio, como la indemnización.

Podemos señalar adicionalmente que el *pacta sunt servanda* tiene otro efecto fundamental en la contratación: genera la expectativa suficiente para que los contratantes estén interesados en cerrar su acuerdo. Cualquiera es libre de obligarse voluntariamente a la prestación que considere oportuna, a modo de mera liberalidad, no siendo preciso contrato alguno para ello. La razón de ser del contrato reposa sobre algo tan antiguo como el intercambio, que se produce en este caso entre obligaciones: un contratante consiente obligarse porque, con ello, consigue que el otro haga lo propio, lo cual nos acerca a la figura de la causa (artículo 1.274 del CC) o a la *consideration* de los ordenamientos anglosajones. Cuando uno vende un inmueble, por ejemplo, está obligándose a entregarlo (asume el *pacta sunt servanda* como obligado), pero lo hace en el marco de una relación muy determinada y concreta: aquella en que el comprador se obliga a pagar un precio (con lo que el vendedor se convierte, a su vez, en beneficiario también del *pacta sunt servanda*). En este sentido, el contrato “constituye una ordenación a la cual las partes someten su propia conducta”.

La segunda parte del brocardo no ha sido tradicionalmente tan utilizada como la primera. No sólo porque carece de una base en Derecho positivo tan sólida como el *pacta sunt servanda* (de hecho contraría la norma recogida en el artículo 1.258 del CC) sino porque, ciertamente, despierta recelo entre los juristas. En la medida en que un hecho (celebración del contrato) genera un efecto (su obligatoriedad) que lleva a una consecuencia natural (su cumplimiento), el axioma es claro y se logra, con ello, la seguridad jurídica en el tráfico. Como decíamos antes, una parte se obliga –y cumple- por

la expectativa de que la otra parte haga lo mismo. Por ello, si introducimos matices, limitaciones, variables o vías de escape, estamos poniendo en riesgo la seguridad jurídica –no queda claro que el axioma se cumpla- y, con ello, el interés de los operadores de celebrar contratos, en la medida en que alberguen dudas de que vayan a servirles de algo. Un ejemplo sencillo analizado por la doctrina “un contrato de crédito cuya devolución e intereses fueran inexigibles nunca llegaría a celebrarse”.

Esa finalidad de introducir limitaciones al efecto vinculante del contrato (*pacta sunt servanda*) es la esencia de la locución *rebus sic stantibus*: el contratante se obliga a cumplir lo pactado, pero si se mantienen –y sólo si se mantienen- las circunstancias que lo llevaron a celebrar el contrato. Se consigue con ello condicionar el consentimiento en su momento prestado, por entender que ese consentimiento nació en un determinado contexto que fue determinante para el mismo y, por ello, modificado ese contexto, no cabe exigir los efectos de un consentimiento que, con las nuevas circunstancias, no se habría prestado. Como es evidente, esta revisión posterior del consentimiento previo lleva aparejada una elevada dosis de inseguridad jurídica: un contratante nunca podrá estar seguro de que el otro cumpla si, con el tiempo, alega esa mutación de las circunstancias.

De ahí que su uso deba ser necesariamente restrictivo, tal y como de hecho es natural si se tiene en cuenta una distinción básica entre las dos locuciones analizadas: *pacta sunt servanda* es la regla general de nuestro Derecho de contratos, mientras que *rebus sic stantibus* es la excepción. Admitir de manera amplia y generalizada la posibilidad de introducir excepciones al cumplimiento de los contratos tendría presumiblemente un doble efecto en el mercado: en primer lugar, un inicial rechazo a seguir contratando, porque se entendería que la figura carece de utilidad práctica; en segundo, la introducción de las correspondientes garantías, en forma de cláusulas que previeran ya el modo de resolver la alegación futura, por parte de alguno de los contratantes, de la excepción *rebus sic stantibus*.

No significa ello que deba rechazarse por completo su uso. Significa, sencillamente, que debe reducirse a aquellos casos en que esté plenamente justificado y, para ello, es preciso apreciar que concurren los tres requisitos que el Tribunal Supremo viene exigiendo como elementos que justificarían la excepción y que tienen carácter



cumulativo. Y cabe asumir el riesgo de que una postura restrictiva pueda no ser la solución más adecuada a algún caso concreto, debiendo para ello remitirnos a otro aforismo jurídico: *Lex potius tolerare vult privatum damnum quam publicum malum* (la ley prefiere más tolerar un daño privado que un mal público)”. <http://www.diariojuridico.com/rebus-sic-stantibus-cuando-cabe-y-cuando-no-revisar-las-obligaciones-asumidas/>

Es sobradamente demostrable, sobre todo a nivel político, en donde si bien las leyes deben ser laxas, los cumplimientos de la palabra asumida deben ser a rajatabla, a los efectos de evitar procesos deslegitimatorios y horadadores de lo democrático, que no cumplir un pacto empeñado, presentando la excusa fútil de que las cosas han sido modificadas o cambiadas, no es más que una huera maniobra de traficantes de la mentira.

*Socius fit culpae qui nocentem sublevat.*”El que apoya al culpable se hace cómplice de la falta”. Su autor Publilio Siro fue un escritor latino de la antigua Roma. Fue hecho esclavo, pero gracias a su talento se ganó el favor de su amo, que lo liberó y educó (a diferencia de las esclavitudes modernas en donde la máxima expresión de libertad es que te brinden la posibilidad de ganarte un salario que apenas permita la subsistencia, una suerte de condena para no dar cuenta de lo corto de las cadenas). Recibió el premio de César en una competición en la que venció a todos sus rivales, incluido el célebre Décimo Laberio en los tiempos en que los premios y las distenciones eran tales, y no reductos de la baja politiquería para comprar favores a cambio de caricias a la vanidad. De sus obras queda únicamente una colección de “Sentencias” (*Sententiae*) y la siguiente es tal vez la más contundente, sobre todo en los tiempos actuales en donde, la sociedad civil, pretendería que se cumpla “*iudex damnatur ubi nocens absolvitur*” (“El juez es condenado cuando el culpable es absuelto.”) tal máxima, tan determinante, efectiva y sencilla. La complicidad en la falta, y que hace culpable al que apoya al truhan, cuando es lesiva de la cosa pública, se transforma en crimen de lesa humanidad, como pretender borrar con una sentencia la imprescriptibilidad de haber asesinado en nombre y con recursos del estado, o pretender asesinarlo a este, mediante el transfuguismo electoral, o la asonada institucional de haber accedido a un cargo por un partido, frente o espacio político y antes de terminar tal

función abandonar tal conducto o carro por cualquier excusa fútil o simplemente no cumplir con la palabra empeñada, haciendo expresa la trampa, del desenmascaramiento que lo democrático, solo ha sido en función de una falacia y no como posibilidad de algo mejor para las mayorías.

De ello se desprende que pertenece a la noción de rey ser uno solo el que presida y sea pastor, buscando el bien común de la sociedad y no el suyo. Como compete al hombre vivir en sociedad, porque él mismo no se basta a procurarse lo necesario para vivir si permanece en solitario, es preciso que la sociedad de muchos sea tanto más perfecta cuanto más suficiente sea por sí misma para lograr lo necesario para la vida. Pues se da lo suficiente para vivir en familia los de una casa, en cuanto a lo necesario para los actos normales de nutrición y generación de la prole y similares; en un barrio, en cuanto a lo que se precisa para una profesión; en una ciudad, la comunidad perfecta en cuanto a lo necesario para la vida; pero todavía más en una provincia por la necesidad de lucha y mutuo auxilio contra los enemigos. Por eso, el que dirige una comunidad perfecta, o sea una ciudad o provincia, es llamado rey por antonomasia; el que gobierna la casa, por el contrario, no se llama rey, sino padre de familia. Tiene, sin embargo, alguna semejanza con el rey, puesto que a veces los reyes son denominados padres del pueblo.

## **La Acrasia Política**

Más que la sorpresa que puedan llegar a tener y más luego verbalizar, por los resultados electorales dados, lo verdaderamente sorprendente es que ciertos políticos, desconociendo su función de tales y lo que es más grave la institucionalidad normativa que los ampara, constituye e instituye en vez de realizar sus respectivas autocríticas, comentarios, análisis o reflexiones en el ámbito correspondiente (insistimos tal como ordenada y legalmente lo disponen las democracias actuales mediante sus órganos; los partidos y dentro de estos sus delegaciones, espacios, llámense consejos, congresos, juntas o lo que fuere) lo llevan a cabo, tomando para sí un rol que no les corresponde, en el ámbito que le ofrecen ciertos medios de comunicación, que producto de

esta confusión, en vez de inquirir, preguntar, indagar acerca del rol verdadero de un político, se enmaridan, se emparejan, se empalman en tal confusión de perspectivas, en donde el único perjudicado es el ciudadano que prescinde de políticos y periodistas y se atosiga de comentaristas/espectadores de una realidad de la que alucinadamente se ponen por fuera.

Este fenómeno es abordado desde una perspectiva comunicacional, como en el caso del libro de Félix Ortega, “La política mediatizada”, cuya reseña, por parte de Luis García Tojar, citamos en extracto:

“Esta forma de política vampirizada por los medios de comunicación pierde perfiles ideológicos y capacidad de acción transformadora. Ha jugado un papel importante, por ejemplo, en la consecución del consenso neoliberal mundial. Sus líderes aparecen débiles y melifluos ante la mirada pública: hoy dicen una cosa y mañana la contraria, hoy hacen lo que dicen y mañana no. Lógicamente el electorado recela de ellos, aumenta la abstención y se habla de crisis de representatividad. Hasta el momento, la respuesta más utilizada por nuestros neolíderes es recurrir a un discurso populista orientado a los medios (más duro como el del Frente Nacional francés o el Vlaams Blok belga, más suave como el de Sarkozy o Berlusconi) que apela al voto de la “gente honrada” para un proyecto de salvación colectiva, dirigido por el líder, contra un supuesto responsable único de los males que nos aquejan: los extranjeros, los izquierdistas, los etarras, los integristas, etc. Como los efectos incontrolados de este neopopulismo amenazan a la supervivencia de un orden político democrático, el plan de investigación presentado por Félix Ortega en La política mediatizada exige desarrollo necesario y urgente. Aquí está uno de los riesgos mayores, si no el principal, del orden político por venir”. ([https://www.unav.es/fcom/communication-society/es/resena.php?art\\_id=316](https://www.unav.es/fcom/communication-society/es/resena.php?art_id=316) )

Nosotros, creemos necesario, el encontrar una perspectiva que explique esto mismo, desde la individuación del sujeto, es decir, desde la toma o no toma de decisión, que lo lleva, en el caso del sujeto político moderno, a quedar preso y consecuentemente, desde su presidio, aprisionar a quiénes más luego representará, en lo que ya sería el ejercicio viciado de un contrato social viciado o enfermizo.

“Acrasia es la actuación en contra de lo que uno mismo cree que es lo mejor. Actuamos por impulso, por hábito, por convenciones sociales... pero nos gusta pensar que tenemos control absoluto sobre todos nuestros actos, y que actuamos siempre racionalmente según nuestros intereses, o incluso que somos tan altruistas que actuamos según los intereses de los que nos rodean. Pero lo cierto es que está bien actuar por hábito o por seguir las convenciones sociales. Pensar racionalmente en los pros y contras antes de dar cada paso haría que nos fuera imposible hacer nada. Pero por un lado necesitas saber en qué casos te puedes fiar del hábito, de la costumbre, de la improvisación, de la convención social... y en qué casos debes pararte, reflexionar y tomar una decisión meditada. Y sobre todo, saber cómo puedes aprovechar el hecho de que seamos irracionales para actuar de la manera más conveniente para nuestros intereses, y no con acrasia” (<https://desencadenado.com/2011/05/procrastinacion-y-acrasia.html>).

Este compartimiento es el que deviene cuando ciertos políticos en el afán de continuar con sus egos en alto (es muy complejo discernir para muchos que en verdad la visibilidad que poseen no es porque estén diciendo algo interesante o innovador, sino porque están en la posesión de una función que los inserta en un engranaje automatizado, en donde incluso, sí por rara excepción tenían algo interesante para decir, terminan alienados por el sistema mismo, no diciendo nada en el mejor de los casos) pasan a dar análisis, reflexión, lectura a los resultados electorales, de lo cuáles son más que responsables. Esta confusión, no sería peligrosa en términos democráticos, sí es que no horadaría la institución democracia. Y ocurre este socavamiento, casi sin querer, de allí lo que llamamos acrasia política.

El político, sobre todo el perdidoso, sale en recorrida mediática (encima el proceso es tan perverso que les da un dote de grandeza, esto de dar la cara ante un resultado adverso, los constituye en agresores simpáticos e involuntarios de lo democrático, hasta casi admirables y dignos de ser imitados) a decir todo aquello que debería decir en su ámbito político partidario. Llámese este, comité, unidad básica, plaza pública, o como fuere, y tal acción debería estar sujeta a un circuito en donde algo ocurra con esto (desde penalidades, cambios de estrategias, modificación de propuestas, lo que fuere y

que está determinado por cada carta orgánica o reglamento interno) pero claro, el principio del fin lo detectamos en este movimiento. Al no haber siquiera ingresado a las listas finales para sus respectivas candidaturas (el incumplimiento básico de llevar democracias internas en los partidos) lo instituido democrática e institucionalmente, se sigue violando, naturalizando el vejamen que se perpetra en el tiempo.

Los candidatos que en muchos de los casos, por economía política (no son pocos los que alegan que no se llevan a cabo elecciones internas por el costo económico de las mismas) cuando no se eligen por democracia interna, lo electoral se resuelve en casi todos los casos mediante un festival de condicionamientos que tienen como estrella el uso de las dádivas y las prebendas, y los resultados, son analizados por los propios protagonistas, en complicidad de los comunicadores, que en vez de atenerse a lo normativo, a la ley, a los libros, a la lectura, a todo lo que haría de la comunicación una ciencia o lo que sería lo mismo, inclinarse al sentido común (por ejemplo, ¿Cómo se pudo justificar ideológicamente la violencia política en los '70, sobre todo en Latinoamérica con menos de 10% de pobres y medio siglo después con más de 40% de pobres se habla de violencia conceptual o de palabra cuando se cuestiona objetivamente esto mismo? Y siquiera se da posibilidad a difundir un artículo como el presente que plantea esta objeción) terminan hermanados, asociados, con los políticos, como si fuesen amigos (diluyendo con ello la necesaria y útil interdependencia que podrían tener en el juego de tensión de roles en el caso de que los mantuvieran) en una ronda de café mientras afuera del mismo la gente aumenta en sus conflictividades y desgracias cotidianas.

Es hasta paradigmático, porque como cualquier ser humano, uno hasta puede tener cierta admiración, haber desarrollado cierto afecto, con quienes, afectados por esta acrasia política, titubean en los medios, dan vueltas en ideas raquíticas para brindar una respuesta a lo que tal vez no la tenga y sí la tiene, lo mediático no es el ámbito para darla (esto genera lo que expresábamos el socavamiento de lo democrático, como el político perdidoso da sus explicaciones en un medio, por lo general en términos amenos, con un periodista amigo, cuando no pago, se evita o se justifica no darlo en los ámbitos partidarios, en donde podría ser cuestionado en su posición,

pero validado en su ejercicio de lo político, validando esto todo el circuito democrático) y se exponen, a contrario sensu de lo que creen, a mostrarse tan débiles, tan mendicantes (lo más contundente es como en términos de llanto, o como necesidad de consuelo, a los que pierden, los terminan ensalzando en su derrota, pidiendo por ellos para que se presenten nueva e inmediatamente a la siguiente elección) tan suplicante, tan poco políticos, tan poco hombres (en el sentido general del término) que sí no fuera porque están afectados de acrasia, siquiera tendrían el derecho de merecer lástima o pena. Y sí no estuviesen dañando a la democracia, afectados por este mal, siquiera lo expresaríamos como problema.

## **Necesitamos pensadores**

Hace tiempo que venimos sosteniendo que necesitamos cambiar la perspectiva de cómo somos y cómo nos posicionamos frente al mundo. El término “romántico” y su propia historia —no tan romántica— de revolución, asoma en cada acción que se propone una modificación en nombre del bien común; incluso esa misma revolución se lleva a cabo en el campo semántico: el cambio, para una teleología, es imperativo y categórico de nuestro tiempo. Por más conservadores que seamos (o por más que, naturalmente, nos inclinemos hacia el lugar que sentimos seguro), siempre tendremos algo que cambiar y esa necesidad no solo está en nuestro ADN. Como hijos de la modernidad, pretendemos creer en un supuesto progreso, en un crecimiento, en un mejoramiento, en la idea de que tenemos que ir más allá de nosotros mismos, de que estaremos mejor y, además, de que nos lo merecemos. No son pocos los que, de tanto giro, creen que deberíamos retornar a una suerte de primitivismo para desestructurarnos, desapegarnos y volver a construirnos. Extrañamente, en el mundo de las propuestas, de las hipótesis y de las ideas que se estampan en los medios de comunicación, todo puede cambiarse: nuestros sistemas políticos, nuestras instituciones de justicia, nuestro modo de dimensionar nuestro cuerpo y la sexualidad, nuestra conformación familiar como religiosa. Todo puede ser prenda del cambio tan ansiado. Sin embargo, algo que

nos estamos privando de cambiar, de revolucionar, es la educación, nuestra preparación en relación al mundo (sobre todo, en relación a este mundo capitalista). Pareciera que juntamos coraje para intentar desprendernos de casi todas las estructuras; incluso de las más evidentes y, por ende, complejas en dimensión y acendramiento. Excepto en lo educativo, en cómo nos venimos preparando para el mundo —profesional, de los negocios, el mundo adulto—; en este aspecto, sufrimos un anclaje: no tenemos nada que decir, que plantear, que cambiar. Pero, como en la mayoría de los campos en donde repetimos la fórmula, debemos inyectarnos el antídoto de la especialización para hacerle frente a un mundo que se globaliza. Es entendible que lo educativo contenga, como adoctrinamiento secundario (hoy no tan secundario), la disciplina, porque produce un orden mediante un conjunto de normas manejadas por unos pocos. Este aspecto habla de lo mal que nos estamos preparando. Este es uno de los motivos por el que el resto de las razones, que sí nos cuestionamos e incluso cambiamos, o revolucionamos, no vienen aparejadas de resultados o de esperanzas.

Antes de —o, mejor dicho, además de— especialistas en obediencia académica, precisamos de gente que tenga como única herramienta, o como herramienta principal; el poder pensar. Pensar es, sin duda alguna, no solo nuestro rasgo distintivo como seres humanos, sino que es lo que haría la diferencia entre seguir igual, empeorar o estar mejor. Pensar es la actividad nodal que estamos dejando de promover y de avalar. Es más: de un tiempo a esta parte, conseguimos denostar y hasta mal considerar al pensamiento. El pensar debería ser considerado una actividad profesional. Independientemente de que le pidamos resultados concretos y específicos, el pensar debe estar escindido de esa facultad de arribar a algo; esto no debe ser óbice para que la actividad del pensador caiga en un relativismo absoluto y en una inacción calificada. Seguramente, los autómatas del ahora tendrán incorporada esta modalidad de atacar y bastardear una propuesta, como la presente, a riesgo de que el que piensa no aporte nada a su comunidad o a su sociedad. Con tal de que no se aporten daños —como lo hacen los dictadores del hacer, los especialistas de la nimiedad más absoluta, que nos conducen a un dislate de gastos para que se ejecuten programas y acciones que no han sido previamente pensados—, ya sería más que suficiente.



No nos interesa en lo más mínimo el plantear una nueva perspectiva en el campo del conocimiento (aunque, si fuera preciso, existen los recursos para conseguirla). Estamos focalizados en pretender, si se quiere —para manifestarlo de otro modo—, darnos otros tiempos; pensar antes de actuar y no viceversa. Ya no se trata de promover la industria del libro, del cine, de la música; de promover las artes escénicas o las visuales, aunque todas ellas, según nuestra concepción, son formas de pensamiento. Se trata de promover el pensamiento como una práctica cultural que no solo se desarrolla en los espacios institucionales estancos, sino que adquiere formas diversas; lo vemos en lo académico, en las expresiones artísticas, en lo poético o en los grupos de identidades concretas. Hay que otorgarles espacio y cauce a esas formas de pensamiento, ponerlas en conflicto, contraponerlas, y darle al pensamiento estético el mismo estatus que a un texto escrito y formalizado.

Uno de los saberes más recientes, o que hemos formalizado más recientemente por intermedio de uno de sus hombres más lúcidos, Clifford Geertz, es la antropología. Él determinaba, sintéticamente, su campo de acción de la siguiente manera:

Estudiar los dragones y no luchar contra ellos, ni domesticarlos ni tampoco ahogarlos bajo un montón de teoría, es lo que más o menos ha estado haciendo la antropología. Al menos tal como yo, que no soy nihilista, ni subjetivista, y que poseo, como todos ustedes pueden ver, algunas arraigadas convicciones acerca de lo que es real y lo que no lo es, de lo que es digno de elogio y lo que no lo es, de lo que es razonable y de lo que no lo es, entiendo la antropología. Nos hemos aplicado, con no pequeño éxito, a mantener el mundo en un estado de desequilibrio; hemos retirado las alfombras, hemos volcado las mesitas del té, hemos hecho estallar petardos. Otros asumieron la tarea de tranquilizar; nosotros, la de perturbar. Australopithecus, embaucadores, clics, megalitos. Vamos a la caza de lo anómalo, vendemos toda cosa de clases extrañas. Somos los mercaderes de lo insólito” (Geertz, C., *Los usos de la diversidad*).

Los pensadores, promovidos, avalados (o, para aquellos que así lo deseen, sistematizados) nos proporcionarían todas y cada una de las posibilidades que podríamos hacer con los dragones y con los

riesgos y los aspectos positivos que cada decisión implicaría. El pensador buscaría, con mayor posibilidad de éxito que ningún otro, las pistas de un mundo —desequilibrado por nosotros— que nos deja las coordenadas para que lo equilibremos. Pero no nos hacemos el tiempo y tampoco le damos el lugar a quienes esto pueda pensar para que tomen decisiones que tengan más que ver con nuestra humanidad y que no atenten contra nuestras posibilidades del buen vivir.

## **Los radicales y la democracia o la democracia radical**

Por supuesto que se trata de un juego de palabras. Todo en occidente lo es: la comunicación, la política; la filosofía. En el distrito del lenguaje —que es, por definición y hasta antológicamente, no solo palabra, sino, más que nada, un juego— es donde se acendra la legitimidad de lo democrático.

En el muladar latinoamericano, el centenario partido radical posiciona su perspectiva (que nace de la Revolución del Parque y que, extrañamente, siglo después, amalgama en el imaginario de lo que representa el valor de reinstaurar y proteger lo democrático) y gobierna *peronísticamente* (usufructuando los límites de las leyes electorales, exprimiendo las reelecciones, generando sucesiones familiares y suprimiendo la posibilidad de internas tanto dentro del partido como por fuera del movimiento del que es eje y en donde se aglutinan otros partidos); su contrapeso, en la lógica de sostener la formalidad democrática —con astucia, como si fuera un juego en el que cada cual desarrolla supuestas virtudes, que no son tales y que, gravosamente, no sortean el peor de los males estructurales: la pobreza y la marginalidad extrema— demuestra un conocimiento cabal, casi absoluto y total de la democracia, cuestionándose, entonces, si esa radicalidad (gobernar hace dos décadas; tener mayoría o control estratégico en los poderes legislativos e incidencia manifiesta en lo judicial), acaso, no es antidemocrática. En un terruño, en una comarca, en donde la mitad de la población no puede sortear la pobreza en la que, ex profeso, es subsumida, y en donde muchos

son perseguidos y caracterizados, poco puede hacerse para llegar a pensar la radicalidad democrática.

“Toni Negri piensa en una revolución de la multitud la como instancia en que se rompe la creencia en la representación y emerge la posibilidad de una democracia radical. En una lógica transicional plena, ya que la transición no es distinta al proceso, no es una etapa separable en la que cualquier tipo de acción estaría legitimada por la relación entre unos medios actuales y unos fines futuros. Por el contrario, el proceso tiene ya las características de esa democracia radical y su despliegue es la experimentación colectiva y el aprendizaje del autogobierno” (Pennis, A., *Pasión democrática*).

Esta percepción de cómo sería una democracia radical no tiene absolutamente nada que ver con el desempeño o la construcción democrática por parte de un gobierno que aprecie o siga las ideas del radicalismo argentino. Desde un inicio se especificó que, en definitiva, se trata de un juego de palabras que hermana el concepto de filosofía política con el de democracia radical; pero la política se ve en la praxis, en el hacer de gobiernos enmarcados en las filas de la Unión Cívica Radical. Sí tomáramos de ejemplo a la provincia de Jujuy, en donde el foco acerca del actuar de la justicia está siendo analizado por organismos internacionales en relación a presos — que para algunos son considerados presos políticos—, el análisis se reduciría a tal efecto y puntualización, y se perdería el eje de lo que se pretende analizar. De todas maneras, tampoco es extraño que la misma expresión política que se adjudicó la plena instancia de los derechos del hombre en la Argentina, padeciendo, así, el intento de golpes de facto y de la realización de corridas cambiarias, financieras y hasta asonadas sindicales, décadas después, en un arrabal norteno, sea objeto de severas críticas en la plenitud o en el sostenimiento de un estado de derecho formal. En estas líneas tampoco haremos cuestionamientos teóricos acerca de lo que podría ser una posición eurocentrista de los postulados de Negri; lo cierto es que su planteo de democracia radical, democracia en los hechos, disolviendo la representación, está mucho más cerca de los inicios del radicalismo.

Claro que hablar en términos de revolución siempre es, sobre todo para los medios de comunicación, algo más allá de lo tabú, algo expresamente prohibido; el anhelo de quiénes no están bien

de la cabeza y se merecen el ninguneo y la indiferencia permanente. En esta lógica de complicidad mórbida con lo antidemocrático, extrañamente, los dueños de los medios y de tierras inviables para la inclusión social, no terminan de comprender que jamás podrán disfrutar de sus millones y de sus privilegios si continúan en la le-tanía de seguir dándole espacio, únicamente, a los violadores de lo democrático; si ponen al servicio de estos truhanes republicanos las páginas de sus medios para replicar las tristes y ubérrimas gacetillas de prensa de quienes, en lo excelso de lo estulto, ventilan y difunden sus prácticas perversas para difamar el proceder de lo que debería ser una radicalidad democrática, y no publican los análisis y las interpretaciones críticas de ese proceder, entonces concluimos en que no tenemos una sociedad democrática.

Probablemente, la radicalidad de lo democrático se deba expresar mediante una revuelta y, como plantea Negri, tal hipótesis permanecerá en el ámbito de lo teórico, en el mientras tanto o en el anverso de esta postura. La democracia ejercida por el radicalismo actual, mientras más alejada de los propuestos teóricos de lo democrático desarrolle su accionar, mayores posibilidades tendrá de éxito, de continuidad y de perpetuación en el tiempo. Por lo tanto, radicalismo y democracia, en todos y cada uno de los sentidos, pasan a ser conceptos excluyentes y hasta contradictorios en sí mismos.



## LA POLÍTICA AL DIVÁN

“Gobernar es un imposible, porque se trata de hacer desear”, dice Jacques Lacan desde una perspectiva más psicología que política.

En la política, esta noción pasa desapercibida o es olvidada. Cuando una comunidad se apresta a elegir (casi siempre obligada por ley y condicionada por cuestiones económicas) a quienes manejarán sus asuntos públicos, pone en juego a todos y a cada uno de los integrantes de un país y sus deseos. Volviendo a Lacan, cuando el deseo no se cumple, sujeta al sujeto. Lo que creemos o sentimos nace de la ausencia y termina en ella. Este es el motivo por el que la política occidental democrática tiene como idea base el hacernos desear una organización social con libertad, igualdad y fraternidad, por más que no cumpla con ella ni tenga como meta propuesta alcanzar estos valores. Solo nos hace desearla. Pero la necesidad de comprender la política bajo términos psicoanalíticos es imperiosa para soportar lo heredado y para que podamos modificar, en el caso de que lo deseemos, aquello que consideramos extraño, que nos afecta, y que nos segrega hacia los márgenes de la locura.

### **En el sucedáneo de una nueva herida narcisista**

Sea la cuarta (propuesta décadas atrás), la quinta o el número en serie que fuere, lo cierto es que tras las signadas por Sigmund Freud (el Heliocentrismo copernicano, el Darwinismo biológico y el propio Psicoanálisis) e incluso contemplando esa cuarta (que agrega la indeterminación de lo exterior a lo humano) estamos en la parusía, en el pleno acontecer de una nueva descentralización de la humanidad que, tercamente, necesita constituirse en aquello que no es, desnudando su condición. Que terminemos de entender, asumir y aceptar que la política y más precisamente, la democracia como sistema simbólico ejecutante, no hace más que horadar, percudir y socavar la posibilidad de una sociedad, inclusiva, incluyente, que

tienda a armonizar la mayor cantidad de contrapuntos posibles, de hacer más respetuoso, habitable y armónico nuestro mundo, y que en virtud, del poder perverso que le hemos infligido, tiende a hacernos creer, exactamente lo contrario, es sin duda alguna el proceso que se abrió hace un tiempo y en donde, absortos, sorprendidos, aturcidos y alelados, seguimos intentando explicar y con ello explicarnos.

Sin duda se trata de una nueva herida narcisista, sin acudir a esta en su dimensión excluyentemente psicoanalítica (en el caso de que la tuviera) y extendiéndola en su significación cultural: el aceptarnos. Tras el aturdimiento, la conmoción que produce precisamente el trauma, la notificación de lo que apenas viene de acontecer, como capaces no solo de haber construido sino también de seguir sosteniendo, cerradamente y sin posibilidad de discusión, al sistema político de lo democrático, como el mejor de los posibles, como el cénit organizativo y organizacional de lo humano, referenciado en atributos semánticos como la libertad, la fraternidad y la igualdad, cuando, en verdad, ha producido todo lo contrario a sus postulados.

Asimilarnos como sujetos de condición tal que propendemos a la segregación, al gregarismo, a la antropofagia cultural, se constituye tal vez, en una de las asunciones de realidad, más complejas que nos toquen atravesar. De aquí surge la condición necesaria de que estemos en el sucedáneo mismo de la nueva herida narcisista (esta de carácter netamente político), con toda la complejidad que acarrea el no poder tomar la distancia necesaria del trauma, del acontecer, como para deslindar todos los aspectos en la perspectiva más amplia y abierta que podamos tener y por sobre todo para ver cómo salimos de tal situación.

Una vez finalizados los procesos, con sus terroríficos procedimientos de autoaniquilamiento, producidos en la llamada Segunda Guerra Mundial y a modo de redención del mismo, de situarnos más allá de aquello que llevamos a cabo, o superlativamente distintos a lo horriblo que desandamos en tal período como humanidad, buscamos mediante organismos políticos internacionales la aprobación de cartas, de compromisos, de pactos, de enunciados, de semántica, de una actitud psicoanalítica (curar con palabras) de sanar de nuestro horror. Devino la plenitud de lo democrático



como apoteosis del trabajo humano en las ciencias del espíritu, y su traducibilidad en la realidad social, en el campo del día a día.

La democracia instaurada y a instaurarse, luchaba contra cruentos dictadores que representaban la vieja humanidad que ya había sido derrotada en los campos de concentración y en la explosión de la bomba atómica. Lo democrático se enfrentaba a la rémora del fantasma de un occiso que hubo de demostrar no lo peor de nosotros mismos, sino de lo que éramos (somos) capaces de hacer (con nosotros o los otros, que es lo mismo). Vivimos por décadas en la borrachera, en la degustación de una de las bacanales más placenteras de la humanidad, creyendo que incluíamos, que desterrábamos la pobreza, que nos ampliábamos al límite de poder habitar en un mundo en donde cupieran todos los mundos posibles, todas las manifestaciones de lo humano, sin que por ello se produzcan grandes confrontaciones ni complejidades. La democracia cumplía prometiendo. Afirmada en que el cumplimiento efectivo, en que la finalidad resultante, solo era exigible a lo dictatorial, a lo autoritario, a todo aquello de donde veníamos y al lugar al que no queríamos regresar (por ende lo transformamos en un archipiélago de excepción, en un gueto, valga la paradoja) resolvía el concierto de sus expectativas generadas, alimentando mayores esperanzas, constituyéndose en la metafórica figura de la bola de nieve, que como alud, se desprende como un pequeño desprendimiento de lo alto de la montaña para terminar llevándose puesto todo.

Capítulo aparte, como necesario, es la condición histórica de lo democrático. Probablemente, la necesidad de curar con palabras —tras las experiencias vividas en ese mal transformado en banal— nos condujo a este onanismo semántico, en donde hemos escuchado a líderes políticos decirnos, en plena orgía democrática que, precisamente, con la democracia se curaba, se educaba y se comía. Ya estamos comprendiendo que la política de mayorías, a la que previamente venimos ninguneando, tratando con indiferencia, soslayándola como hasta algo ajeno y por ende, a lo que debemos poner e imponer distancia, cautela y por qué no señalamiento, es un mecanismo, un sistema, una forma, una metodología, para que unos pocos (sin que se trate de una cuestión de clase o condición) junto a su facción o grupúsculo (que se referencian no por afinidades ideológicas o de principios, sino por aspectos venales o de bajos

instintos) se salven en términos materiales: accedan a una posición, principalmente económica, que les permita el acceso a bienes de que de ningún otro modo accederían y, lo más pernicioso, que para ello nos tengan que decir que lo hacen para el beneficio de una mayoría, en la cual todos estaríamos incluidos, porque supuestamente esa es la definición de lo democrático, porque discursivamente —o como víctimas de nuestra condición de deseadores— no queremos, no creemos que podamos ser más crueles ni más inhumanos de lo que hemos sido.

El desmoronarnos con lo que pensábamos que era una parte de la montaña, el darnos cuenta que atravesamos el comienzo del fin de una etapa, que una nueva herida narcisista a nuestra humanidad nuevamente arderá a pelo, sangrará impudicamente, al vernos auténticos, tal cual somos, sin que medie parangón espiritual, ni semántica que nos redima, se constituirá en el ritmo de los tiempos por venir.

Freud tomó de la mitología griega, la conceptualización de la “herida narcisista”. Vayamos al origen. Narciso (en griego, Νάρκισσος) era un joven muy hermoso. Las doncellas se enamoraban de él, pero este las rechazaba. Entre las jóvenes heridas por su amor estaba la ninfa Eco, quien había disgustado a Hera y por ello, esta, la había condenado a repetir las últimas palabras de aquello que se le dijera. Por tanto, era incapaz de hablarle a Narciso por su amor, pero un día, él estaba caminando por el bosque y acabó apartándose de sus compañeros. Cuando él preguntó “¿Hay alguien aquí?”, Eco respondió: “Aquí, aquí”. Incapaz de verla oculta entre los árboles, Narciso le gritó: “¡Ven!”. Eco salió de entre los árboles con los brazos abiertos. Narciso cruelmente se negó a aceptar su amor por lo que la ninfa, desolada, se ocultó en una cueva y allí se consumió hasta que solo quedó su voz. Para castigar a Narciso por su engreimiento, Némesis, la diosa de la venganza, hizo que se enamorara de su propia imagen reflejada en una fuente. En una contemplación absorta, incapaz de apartarse de su imagen, acabó arrojándose a las aguas. En el sitio donde su cuerpo había caído, creció una hermosa flor que hizo honor al nombre y la memoria de Narciso.

Seguir creyendo que la democracia es el mejor de los sistemas posibles, o el menos malo, es seguir absortos frente al agua, a un paso de que terminemos ahogados y convertidos en una flor, como

puro símbolo. Dar cuenta de que podemos aún ser peores de lo que hemos sido, y estar a tiempo de reaccionar, nos producirá en un primer momento el dolor de darnos cuenta de la nueva herida, pero inmediatamente después recobramos nuestra humanidad, reconvirtiéndonos, resignificando nuestra condición de humano; de lo contrario, en el ensimismamiento, terminaremos en la imagen, en lo totémico, en lo sacro de lo simbólico, que por más que sea estéticamente agradable como una flor, no será nunca un ser humano y, por ende, nos perderemos en ello o, para decirlo de un modo más contundente, perderemos nuestra condición humana.

### **El goce femenino en el manejo del poder**

Desde valiosas trincheras donde se combate por la “igualdad” de los géneros y por el reposicionamiento de la mujer ante un sistema que claramente las tiene del lado del victimario, no son muchos los que pueden arriesgarse a pensar que, en verdad, el “dominio” conceptual lo poseen quienes tienen útero, matriz o “histeria”. Creemos poder observarlo, a decir de Lacan, solamente como “síntoma” para analizar el también no todo del poder. El hogar, la familia, el trabajo y diversas instituciones son los elegidos mayoritariamente por quienes nacen con la posibilidad de concebir en su vientre a otro ser humano. El hombre, sin embargo, es más penosamente práctico, el hombre obedece a sus instintos, o a la expectativa que le genera alguien más astuto e inteligente —que por deducción es la mujer— quien lo impele a que deje las aventuras de las incertidumbres, lo apresa en el hogar, en su vientre, en la comunidad, en lo laboral, en lo democrático, en la virtualidad de la televisión y de las redes sociales, bajo el talismán de sus tetas o culos, sean propias, prestadas a colegas del género o cooptando el transgénero incluso, en un rol de mandantes, que lo hacen sin dar cuenta de que mandan, poniéndose, para evitar dar luz a esto, en ciertos fangos de una mártir y heroica “victimización”.

Una de las tantas contradicciones que ostentamos, peligrosamente, desde nuestra culturalidad correntina, es la de resaltar y destacar la aparición de mujeres correntinas en medios nacionales por

las supuestas bondades de sus atributos físicos. En buen romance, festejamos que una fulana salga en una revista para adultos o sea la vedete de la temporada por el único mérito de las grupas esculturales (sean naturales o no) que exacerban la libido más instintiva y primitiva para, renglón seguido, estar en contra de tratar a la mujer como cosa, en contra del machismo recalcitrante y de la trata como efecto de un sistema prostituyente.

No existe manera más concreta de señalar la superchería de nuestros supuestos valores culturales, arraigados en las enseñanzas de nuestros sabios abuelos y de los primeros hombres que habitaron nuestra tierra, una tierra sin mal, que, al aparecer estos culos antológicos desde los cuales muchos se montan, figurativamente, para eyacular saliva estupidizante, nos hacen partícipes a todos de una actividad onanista colectiva. En estos casos, nos referimos a los supuestos méritos de quien nació bien parecida para un determinado sistema cultural, o de quien decidió invertir en su cuerpo para de ello hacer un negocio (una vedete lo definió muy bien: “Yo me puse un culo en vez de ponerme un quiosco o un parripollo”).

Claro que una de las claves que no se analiza casi nunca es que el hilo se corta siempre por lo más delgado, o que se aplica la lógica del tornillo: se ajusta para abajo, nunca para arriba. Los responsables llegan al clímax reiterada y perversamente, gozando más con el padecimiento de los que son sometidos que con su propia satisfacción.

Es decir, es más fácil cerrarle el burdel, el puterío, al trabajador, al jornalero (que si no está en negro, le pega en el palo), que ir al fondo de la cuestión.

Este jornalero, por un sistema perverso, debe trabajar incansablemente para dar de comer a su familia, comprarles los útiles a sus hijos, mirar tele cuando pueda y, si la patrona le permite, tener sexo o, en verdad, hacerle el amor. Porque su religión le ha enseñado que debe tener relaciones para procrear y, que de no hacerlo así, iría al infierno. Si vence todas estas barreras, debe implorar que los chicos no se despierten, que la mujer no haga uso de su derecho inalienable de decir que no quiere, que no desea o que quizá lo desea, pero de una manera diferente a la que quiere el hombre (los distintos “tiempos” de los géneros y las formas más sutiles para las féminas y más inmediatas para el hombre llenan enciclopedias). Y, por si todo esto fuera poco, ese mismo hombre, mal formado educativamente por

ese mismo sistema perverso, no ha sido preparado para soportar y tolerar el bombardeo constante y continuo de culos, tetas y argollas (tanto como de pitos, bíceps y demás) a los que lo somete el mercado, la publicidad, los comunicadores, las empresas, el sistema en su conjunto.

Para buscar ese éxito que les vende el mercado, pero que en la realidad las conducen a un exhibicionismo que fomenta la prostitución, la industria de la trata, la cultura de la cosa/objeto/instantaneidad, las jovencitas se muestran en su cuenta de red social como si fueran vedetes, es decir, en bolas, (por más que tengan catorce años), y lo hacen debido a ese código, a ese mensaje que baja como dogma. O probablemente sea la “escuela” de cómo manejar a un hombre y con qué, por más que este, luego, las termine (no a todas, pero sí a un porcentaje de ellas) cosificando. Bajo esa tesitura de que manejan lo conceptual del mercado y sus finalidades, no sería nada descabellado que produjeran hombres adinerados —o con fiebre por el dinero— para que les sacien sus apetencias materiales a cambio de instantes de placer otorgados por sus lascivos jugos.

Es muy fácil estar en contra de someter a quien sea a la esclavitud sexual. Es muy fácil exclamar en cualquier lugar que se está en contra del sexo como comercio, en contra de la cosificación de la mujer. Esto, básicamente, es ajustar para abajo porque, al estar en contra de todo esto, se deja de lado el estar en contra de lo que genera esto mismo, o sea, estar en contra de lo importante o, al menos, estar en contra de ambas cosas y poder verbalizarlo.

Decir basta al hecho de festejar la aparición de un culo que salió en una revista casi pornográfica tendría que ser mucho más sencillo, como también lo debería ser el dejar de promocionar tanto desfile, tanto reinado desde lo institucional y lo empresarial (alguna ONG de género viene haciendo algo en este sentido), pero no para levantar una bandera de feminismo recalcitrante o de igualdad de género —o no solamente para ello—, sino porque realmente afecta a nuestro sistema de valores, a nuestra cultura.

Se sabe que, como buenos occidentales, entendemos la sexualidad como eyaculatoria, penetrante, ingresante, invasiva o acabadora. Es ese mismo instante de placer sexual al culminar el que reflejamos culturalmente cuando apretamos un botón y cambiamos la tele, mandamos un mensaje, chateamos o sacamos dinero del cajero.

ro. No es difícil darse cuenta de que este sistema necesita alimentar nuestro inconsciente con imágenes de tetas y culos vinculados con éxitos furtivos, con famas tristemente célebres, con ficticios laudos.

El mundo nos necesita pajeros e histéricos; nos requiere sexuales para acabar sin placer, solo para asegurarle al sistema esclavos que oficien de trabajadores y así garantizar la especie; nos marca el terreno poniéndonos el culo exitoso enfrente de nuestras narices para decirnos que eso es lo que tenemos que desear, pero nunca a nuestro modo: nuestro modo es el penalizado, el inmoral, el políticamente incorrecto. Nuestras hijas no tienen que aparecer desnudas en la computadora, pero si les dicen un piropo, denunciamos la “combi blanca”, la trata, el prostíbulo, el quilombo.

Es el sistema el que crea estos anticuerpos para su autodefensa, tanto como crea estos culos, en su gran mayoría artificiales, sostenidos por hilos, por metacrilato, promocionados por pajeros, consumidos por esclavos y criticados por locos.

El problema viene cuando la locura riega de sangre a los medios de comunicación y los enajena; cuando asombra a la abuela, a la esposa, a hermana, o a la hija. Como siempre, los idiotas útiles de lo más nefasto del ser humano, quienes se creen capaces de comprender el fenómeno humano, sin siquiera pensarlo, sentenciaron que construyamos el neologismo, que aumentemos la pena punitiva y creemos programas, con el consabido número de teléfono y la página web, para que la mujer, o esa mujer en riesgo, esa que es víctima no solo de un hombre, sino de todo el género humano, tiene que, de buenas a primeras, responderle al animal golpeador desde un lugar que este no comprende, pero que de acuerdo a lo que le exigen, desde la tendencia liberadora, la haría más mujer, más libre, más cercana a lo que cree como Dios o perfección. Entonces, deja de dominarlo, le anoticia a la bestia condicionada por aquella corriente (porque nadie está diciendo que siga sometida o tolerando golpes, sino que le ayuden a saber zafarse de tal situación) de una forma que, en vez de aplacar su furia irracional, la exagera, la irradia. No existiría tanta cantidad de casos semipúblicos de violencia de no ser por este mal enfoque, por esta haraganería de no pensar o de pensar en respuestas que, como siempre, le decimos a la política o a la clase dirigente deben ser subyacentes a la acción, al latrocinio del hacer. Y esto no es cuestión de hombres y mujeres, es cuestión

del ser humano, al que nada debería preocuparle más que no se haga ningún tipo de diferenciaciones, como para que, a partir de estas, se horade a la condición humana, sino que debe aceptarlas para gozar, disfrutar y también olvidar, para volver a retomar el ciclo de la vida y sus encantadoras y misteriosas limitaciones.

### **El goce infinito femenino como substancia del “no todo” del poder:**

La propuesta, en este sentido, es indagarnos sobre nuestra intimidad sexual: el “cómo lo hacemos” habla mucho de lo que somos y pensamos como cuerpo social.

Obviamente, no se trata de nada pseudocientífico, ni siquiera de nada exhaustivo. Para ello precisaríamos datos estadísticos provenientes de estudios de campo, a los efectos de validar o de refutar una hipótesis que lanzáramos como tesisura.

Desde una perspectiva masculina, meterla sin sacarla hasta acabar, habla a las claras de la cosificación de la mujer, de saciar solamente el impulso eyaculatorio, fuerte y decisivo pero tan solo instintivo, primario, casi animalesco. Si bien no nos lo han enseñado, hacer el amor es un poco más que practicar sexo o que lisa y llanamente coger (este mismo término, que empleamos para definir el acto sexual, está relacionado con el sometimiento del uno con el otro: agarrarlo, pillarlo, tenerlo).

También se definen ejes conceptuales a partir de lo que sucede en las alcobas: precisamente el eje nodal de acabar, de ese instante placentero tras la salida del semen es un icono de nuestro mundo occidental; tiene mucho que ver con el apretar un botón y que algo suceda, con cambiar un canal de televisión, con comunicarte con alguien a través de la computadora, con hacer funcionar una máquina industrial o con inocularle un remedio para una enfermedad, nada tan diferente a lograr como las cosquillas en el pene que nos llevan a expulsar esa sustancia gomosa que nos hace un poco felices, al menos por un instante.

Claro que nuestro mundo occidentalizado funciona así y por ello, por apretar un poco más el pedal, nos estrellamos contra algo.

Nos jugamos todo por sentir esa emoción, esa adrenalina, que dura lo mismo que el polvo: va a más de tantos kilómetros por hora y nos lleva al límite de invertir todo lo que tenemos —y lo que podríamos tener— en segundos de heroicidad inmortal. Tal como esos segundos de éxtasis tras una sobredosis (de diferentes sustancias), o esos pocos minutos de felicidad pura que sentimos al pasarnos con la cantidad de alcohol ingerida hasta antes de que este nos termine controlando: todo se resuelve con un botón, en un hazmerreír, todo es tan solo un instante efímero y profundo, pero a la vez insustancial.

Lástima que la vida dura bastante más que ese desperdigado manojito de segundos por los cuales somos enteramente felices sin cuestionarnos nada.

Como la relación sexual, que es más que el acabar eyaculatorio. Esto, sin necesidad de caer en el concepto oriental de que el arte amoroso es un poco más que un *modus vivendi*. Es decir, probablemente lo sea, pero es impracticable en nuestro aquí y ahora occidental. Lo cierto es que es bastante más que un intercambio de fluidos, y desde ese lugar nos habla: del cómo somos no desde nuestra individualidad, sino desde nuestro yo social.

Pienso en voz alta, estoy arriesgando bastante, estoy soltándome hasta de los fundamentos: deberíamos hablar mucho más de cómo lo hacemos. Quizás, hasta nos descubramos más solidarios. Precisamente, el serlo no tiene que ver con solo o necesariamente, donar órganos (de hecho, somos una de las provincias más donantes), también existen denuncias de tráfico de órganos. Pero otro tanto ocurre con nuestra noción amorosa. Porque, que amemos devotamente una iglesia de Dios, sus fiestas y su liturgia, no implica que seamos un pueblo que derroche amor.

Por estas y tantas otras cosas es indispensable que hablemos de sexo. El silencio y la indiferencia alimentan los preconceptos, los prejuicios, incluso las leyendas sexuales.

En el barrio, en la periferia, las guainas (o pibas) son las más permeables a nuestros pedidos más recónditos u oscuros: te la chupan mejor, se la tragan, te dan besos negros, el culo o lo que les pidas, sin reciprocidad, y menos, con amor. Al parecer, la libertad sexual surge merced a la precarización del patrimonio, es decir, menos tenés y menos te educás, más cerca de lo instintivo estás. Y eso gusta, eso



define el supuesto deseo de plenitud al estar sexualmente con la más puta, con la más guarra, con la más atrevida, con la que más hace y menos pide, sobre todo, compromiso.

El hacernos cargo de lo que ocurre después del sexo, después del goce, del clímax, es lo que nos civiliza. Es la culpa que sentimos tras ese acto sucio, pecaminoso, o esto dice nuestra cultura. El deber ser de la alcoba es solo eso: hacer el amor para conservar la especie, una tarea que nos honra socialmente; por eso, hacerlo con la esposa o mujer después de tener hijos es no solo aburrido, sino también insípido. Además, difícilmente desatemos nuestra lujuria ante la doña, que no es como las otras mujeres. La boca de nuestra esposa está para besar a los niños, no para el pete. En el mejor de los casos, ese culo está para vestir buenos jean, no para entrarle por colectora y sacarla embarrada.

Y si de culos hablamos, los carentes de celulitis, los parados, son los de los travestis, que cada vez son más los que se visibilizan ejerciendo la prostitución y que, según afirman, usan más el pene que la boca y la cola, para con, en su mayoría, clientes casados, desesperados por ser penetrados por tipos con tetas.

Sería bueno hablar para erradicar tanto estos preconceptos como otros; para que nuestros hijos amen sexualmente y también puedan gozar cuando así lo decidan, o que puedan traer otros seres al mundo cuando lo deseen. Sería bueno descubrir o entender si el hombre está más inclinado de lo que pensamos a la bisexualidad; comprobar por nosotros mismos la existencia de los supuestos puntos G; acabar más allá de un lechazo, de un orgasmo, o de una emoción sexual; encontrarse con un otro y descubrir entre ambos esa reciprocidad sin pruritos ni prejuicios sociales o religiosos de ninguna naturaleza.

Si la pulsión sexual se reprime y queda en el confesionario, en el baúl de los pensamientos oscuros, derivará en el menor de los males: el adulterio, cuando no, en la pedofilia, en el sexo de mala calidad, en el acabar adentro de algo sin que nos interese lo que pase con el otro, una suerte de bolsa de residuos, una falta total y absoluta de humanidad, una acabada muestra de desamor: el fin de los días.

Muchos dicen: “Hay que tener más sexo”. No creo que pase por la cantidad. Volviendo a arriesgar, hasta creería que se coge mucho más de lo que pensamos. Lo que se necesita es hablar sobre ello, hablar con quién lo tengamos que hablar, claro está, no con la abuelita

nonagenaria o con el sacerdote ultraconservador, sino con nuestras respectivas parejas, intercambiar información entre amigos, socializar vía redes sociales (¿o acaso no están plagadas las cuentas de fotos exhibicionistas?). Hablar de cómo cogemos, de cómo tenemos sexo, de cómo hacemos el amor, nos va a liberar de ciertas ataduras, de la hipocresía de cuando nos trincamos a la prima, a la chinita del barrio, al putito peluquero, hablar de lo mal que nos chupa la patrona o de por qué no se la queremos chupar: tantas cosas que nos determinan en el aquí y ahora.

Hay que hablar de que la sexualidad totémica, sacra y oscurantista o vista como pecaminosa, es tan solo un sistema cultural que nos quiere ver infelices, obedientes y procreadores tal como si fuéramos conejos.

Y también, de que independientemente de la edad que tengas, de tu condición, de tu género, de tu genitalidad, de con quién o con quiénes lo hagas, de que te impulse el amor, la procreación o la sexualidad (o la combinación de estas tres, o de dos), puedas aumentar tu calidad de vida sexual y puedas compartir la experiencia vivida para que más personas sepamos de ello, sin pruritos, sin oscurantismos ni tampoco perversiones.

Es extraño, pero, lo que tiene un origen natural y por ende libertario, es permanentemente perseguido e incluso obligado a permanecer encerrado: el sexo bien entendido; y ese es el camino que tenemos que transitar. Deber ser maravilloso, seguramente: sin condicionamientos, terminará en amor y luego, en procreación. Nos exigen disfrutar, nos obligan a toda una contradicción en sí misma. Porque el orden está invertido. Por ello, necesitamos dar este primer paso —de una larga lista—, que es el encontrarnos con un otro, cosa que no se inicia con la genitalidad y sí con algo sugerido: una mirada, un gesto, una insinuación, un beso o, en definitiva, con lo que vos digas, sientas y vivas, que será lo fundacional y lo que más importe. Como sabemos, el goce “falocéntrico” eyaculatorio es patrimonio o, mejor dicho, potestad del hombre. Este hombre podrá compartir acres con su coyuntural acompañante —que bien puede ser mujer—, pero, lo que se desprende del acto sexual, lo que va más allá y construye amor y más luego institucionalidad y por ende poder, es el reinado de la mujer. Este es el síntoma de la humanidad que, a decir de Heidegger, es lenguaje en su búsqueda

irredenta ante el olvido del ser. Aquella esencialidad que derrapó en las costas griegas es la mejor invención del goce femenino, sexual y político y reside en el habla, en el habla sin comprensión, pero que ejerce poder, un poder sin finalidad ni sentido, pero poder al fin.

## **El malestar en los asuntos políticos**

El título hace referencia a uno de los textos más logrados de Sigmund Freud. Con su poder de síntesis y su claridad conceptual, el texto habla de la finalidad del ser humano en su doble meta por alcanzar la felicidad y evitar el sufrimiento. Generalmente, se lo traduce como “malestar en la cultura o en la civilización” y, una conclusión de este, bien podría ser: lo que sacrificamos en pos de no sufrir y la pregunta de, si para evitar el dolor, no postergamos la felicidad. En nuestra política cotidiana sucede lo mismo: acaso a expensas de evitar caer en autoritarismos, en regímenes absolutistas, ¿no estamos absteniéndonos de tener o de exigir una democracia más representativa? En tiempos en donde la Nación comenzará, por intermedio de su secretaría o dirección de asuntos políticos, a consultar a la clase dirigente o al círculo rojo acerca de esto mismo (es decir, por qué o cómo reducir el malestar que la política sigue generando en la ciudadanía), tenemos la necesidad de hacerlo aún más público y, por ende, publicable.

Para los que no son lectores especializados y para ciertos incautos, aclaramos que lo que citamos a continuación no quiere, ni tiene por objetivo, destacar lo sustancial del texto de Freud, sino lo que consideramos que es atinente a lo que deseamos transmitir en el artículo. Freud se pregunta y pregunta: “¿Por ventura no significa nada el que la Medicina haya logrado reducir tan extraordinariamente la mortalidad infantil, el peligro de las infecciones puerperales, y aun prolongar en considerable número los años de vida del hombre civilizado? A estos beneficios, que debemos a la tan vituperada era de los progresos científicos y técnicos, aun podría agregar una larga serie -pero aquí se hace oír la voz de la crítica pesimista, advirtiéndonos que la mayor parte de estas satisfacciones serían como esa «diversión gratuita» encomiada en cierta anécdota: no hay más que sacar una

pierna desnuda de bajo la manta, en fría noche de invierno, para poder procurarse el «placer» de volverla a cubrir. Sin el ferrocarril que supera la distancia, nuestro hijo jamás habría abandonado la ciudad natal, y no necesitaríamos el teléfono para poder oír su voz. Sin la navegación transatlántica, el amigo no habría emprendido el largo viaje, y ya no me haría falta el telégrafo para tranquilizarme sobre su suerte. ¿De qué nos sirve reducir la mortalidad infantil si precisamente esto nos obliga a adoptar máxima prudencia en la procreación; de modo que, a fin de cuentas tampoco hoy criamos más niños que en la época previa a la hegemonía de la higiene, y en cambio hemos subordinado a penosas condiciones nuestra vida sexual en el matrimonio, obrando probablemente en sentido opuesto a la benéfica selección natural? ¿De qué nos sirve, por fin, una larga vida si es tan miserable, tan pobre en alegrías y rica en sufrimientos que sólo podemos saludar a la muerte como feliz liberación?

Parece indudable, pues, que no nos sentimos muy cómodos en nuestra actual cultura, pero resulta muy difícil juzgar si los hombres de antaño eran más felices, así como la parte que en ello tenían sus condiciones culturales”.

Una frase metafórica que podría resumir lo que se expresa es la que incluso se utiliza mucho en el ámbito político: “Prefiero ser cabeza de ratón antes que cola de león”. Esto se materializa en innumerables agrupaciones o conjunto de personas que, en vez de integrar colectivos políticos, crean sus propios vehículos electorales para luego, finalmente, estar integradas en una alianza, pero a través de un acuerdo que las tiene como miembros formales de una coalición política con identidad propia y espacio determinado.

Si se hiciese una encuesta (de la forma que fuera y con los casos que se les ocurriera a quien fuera) y se le preguntara a los correntinos (capitalinos, de los parajes, de los setenta municipios): “¿Podría decirnos el nombre de todos los partidos políticos de la provincia?”, en ningún caso o en el 95% de los casos se podría responder acertadamente. Es más, seguramente el único o los únicos que podrían responder con exactitud serían los que están en el juzgado electoral, y dentro de ese juzgado, el juez y el secretario deben ser las dos únicas personas del millón de correntinos que sabrían responder esta consigna.

No se trata de un dato de color, se trata de un punto de inflexión que bien debiera ser de análisis para todos los que, desde algún costado, tenemos que ver con la política pues, al parecer, de un tiempo a esta tarde, hemos decidido culturalmente que cantidad es igual que calidad, y todos los que o no habían participado o lo hubieron de hacer con experiencias poco afortunadas en los partidos de antaño, tenían que abrir sus partidos políticos, como quien abre un kiosco, un parripollo o un portal de noticias (con el mayor de los respetos a los que se dedican y nos dedicamos a esto). Pero en verdad, resulta peor. Es decir, abrir un kiosco, un parripollo o un portal requiere de cierto trabajo, de ciertos trámites insoslayables; lo del partido, además de copiar y pegar las cartas orgánicas y la presentación de firmas, no requiere mucho más, con el agravante de que en la Constitución Nacional se expresa que los partidos son pilares fundamentales de la democracia (artículo 38), más no así la Carta Magna, que no refiere a los parripollos, kioscos o portales. Si seguimos con el ejemplo, por más absurdo que parezca, es cada vez más real a medida que continuamos con el análisis: alguien tiene que hacer el pollo, comprar las golosinas o subir las notas. En los partidos, solo existe la figura del presidente, o en verdad dueño, que negocia con los conductores de las alianzas a las que unirá su partido dado que, todo lo que le exige la ley de partidos políticos se realiza desde un protocolo que se completa en una redacción de Word (cursos de capacitación, rendición de gastos, etc.). Y por más que esto no pretenda ser, ni en lo más mínimo, una denuncia, la prueba irrefutable es lo que se preguntaba al inicio: nadie sabe cuántos son los partidos de la provincia, quiénes son sus presidentes, qué propuestas poseen, qué ofrecen a la comunidad, qué hicieron o qué dejaron de hacer. Eso sí, para el cumplimiento de plazos electorales, allí surgen los dueños de estos sellos de goma, que en muchos de los casos se ganan, de carambola, calentando cabezas o vendiendo humo, un lugar expectable en las alianzas que suscriben.

Aquí aparece otra de las pruebas irrefutables de este malestar en la política. Estos supuestos partidos surgen porque no tenían espacios en los denominados “grandes” o “preexistentes” (cosa que tendría que ser analizada en forma apartada) o porque no veían representadas sus ideologías o posicionamientos. Sin embargo, siempre

se terminan haciendo alianzas o dentro de alianzas en donde confluyen doce o trece partidos por un lado y otros tantos por el otro.

La política no puede ser banalizada como una oportunidad de negocios, como el agosto de un feriante y, en nombre de lo urgente, no podemos olvidar lo importante. La política merece que la pongamos en el lugar que alguna vez tuvo o, quizá mejor, tiene que estar por encima de las pillerías de los acróbatas de la viveza. Corremos el riesgo de dañar nuestro sistema democrático y representativo por no hacer el esfuerzo republicano de poner las cosas en su lugar. La política no tiene que estar al servicio de aves de rapiña del oportunismo. La política nos atraviesa por intermedio de ideas, de doctrinas, de proyectos, del ejercicio del poder, y de hombres y espacios en donde la idea es que se comprenda esto mismo como la combinación perfecta entre ciencia y arte. El resto no debe quedar como anécdota de color o elemento para cambiar alguna vez. Tenemos que ir por ello, de lo contrario, estaremos cayendo en el autoritarismo de las formas que no replican o no muestran la realidad tal como es; y para vivir con miedo, condicionados o con temor a, es preferible usar la herramienta de transformación que es la política para cambiar desde la política, para intentar hacer el bien o mejorar, por más que no lo consigamos.

¿Qué es lo que debemos reformar? ¿Acaso se trata de no ir a votar muchas veces en un mismo año? ¿Estaremos, en Corrientes, ante una oportunidad de que lo metodológico pueda generarnos mayores posibilidades de desarrollar nuestra libertad política?

Se nos dice que la democracia, en el período electoral, es la manifestación por antonomasia de la libertad política, dado que cada cierto tiempo podemos elegir a quienes nos gobiernen. Esta definición casi academicista es una mera expresión de deseo, un anhelo romántico ante lo que fue, por ejemplo, la última batalla gubernamental del 15S de 2013 en nuestra provincia. Por más que estemos en contra, lo denunciemos, combatamos o relinchemos, lo cierto es que los guarismos cantaron que el “aparato” (en el sentido más bestial y alienante del término) ha funcionado mejor y con ello, en caso de que no modifiquemos esto mismo, en 2017 volveremos a ungirnos en la impostura que nos exige esta democracia en papeles y a nuestros representantes que atesoraran la voluntad popular cosechada bajo supuestas reglas democráticas *avant la lettre*.

Las elecciones tampoco se ganan mediante el ejercicio repetitivo de aparecer en diferentes medios, previamente pagos o que son parte de las estructuras político-económica-sociales de estos (incluso usan idénticos eslóganes para vender candidaturas y empresas de comunicación). No se ganan por aprenderse el discurso de ocasión comprado en la consultora de turno y recitarlo como loros, o por exponerse en afiches gráficos o de redes sociales.

Tampoco se ganan las elecciones en los cada vez menos utilizados actos multitudinarios o de cabinas telefónicas (previo pago al contado o en especies a organizadores y asistentes); mucho menos, en la nueva versión “gimnasta” de la política de los tiempos que corren, que nuestros prohombres dan en llamar “caminatas”, en las que un par de “militontos” tienen la triste tarea de levantar banderas de los partidos o sellos de ocasión, como si pretendieran emular a los mafiosos apostados en las tribunas de las canchas argentinas.

Las elecciones se ganan en esos oscuros recintos en penumbras en donde se distribuye el enajenado, contante y sonante erario público u obtenido del sector privado, a quien se favorece o favorecerá. Así se acepta la maquinaria que saldrá a la búsqueda del voto a voto, a cambio de lo que sea, en su versión efectivo, bolsita, material, expectativa, ilusión, apriete o desánimo.

Si esto no fuera así, ninguno de los frentes con posibilidades de ganar se hubiese preocupado por tener tras sí o dentro de sus espacios a los sellos o partiditos, que en verdad son la oficialización de los treinta o cuarenta políticos profesionales (vendría a ser el título habilitante) que dicen manejar voluntades, como si fueran vacas en una exposición rural.

De no ser de este modo, hace rato se hubiese reformado el código electoral para poder elegir con boletas a colores, y con los candidatos con fotos, ni hablar de boletas únicas o del voto electrónico; incluso, se podría ahondar aún más o llegar al sincericidio: que esos papeles de diario no digan nada, que simplemente tengan formas de barco o de avión (en ciertas provincias se vota así) de manera tal de simplificarle la vida al puntero o referente y de controlar mejor al que se le exige el voto.

En esos lugares, generalmente llamados “cocina” (los narcotraficantes también utilizan la misma palabra para llamar al lugar donde hacen o fabrican las drogas), se precisa de un ábaco, una calculadora

o un programa de PC en el que se ponen los datos referidos a cuánto se dará a quién y en qué momento, y luego de ello se ejecuta la planilla en los tiempos de comicios.

Quien mejor distribuya tanto lo material como la expectativa y, a su vez, el equipo que mejor coordine la implementación de lo planificado, se quedará en el poder o llegará a este; por más que esto origine una herida narcisista a quienes tenemos la posibilidad de leer y pensar y por tanto comprender que, en estas instancias, somos coto de caza de aquellos que tienen el poder y, tal como la virtud satánica de hacerle creer a la humanidad que el mal no existe, nos dicen que depende de nosotros, que la elección es la fiesta de la democracia y todo lo que endulza nuestros oídos prestos a estos sonidos libertarios.

Al no poder dirigir públicamente los destinos terrestres, porque los gobiernos se opondrían, esta asociación misteriosa sólo puede actuar a través de sociedades secretas... Estas sociedades secretas, creadas a medida que van siendo necesarias, se dividen en grupos distintos y al parecer opuestos, que profesan alternativamente las opiniones más opuestas para poder dirigir por separado y con confianza todos los partidos religiosos, políticos, económicos y literarios, y están vinculadas, para recibir una común orientación, con un centro desconocido, donde está oculto el muelle poderoso que así, invisiblemente, se propone mover todos los cetros de la tierra (J.M.Hoene-Wronski, citado por P. Sédir, *Histoire et doctrines des Rose-croix*).

Esperemos que sea el caso del nuevo Gobierno nacional que inició su gestión y que los asuntos políticos sean tratados organizada pero públicamente y no solamente bajo el armazón o el esqueleto de los partidos, a los que solo los sostiene la declaración nominal en la Constitución, mas no así su acendramiento en la sociedad.

## **Lo siniestro en la política**

Sigmund Freud desnudó el concepto de lo siniestro como aquello que, siendo familiar o próximo por determinada circunstancia, se torna atemorizante, amenazador y horroroso. El padre del psi-



coanálisis lo grafica muy bien al hacer referencia a esta temática en las obras clásicas infantiles: todo lo que mágicamente era próximo, inmediato y, en cierta medida, íntimo y perteneciente, bruscamente se convierte en pavoroso y peligroso, dañino y amenazante, sin que lo ajeno haga mella; al contrario, la fuerza de lo siniestro abreva en ese punto de partida, de conocimiento y familiaridad, que, a priori, planteaba una confianza en donde nada malo podía provenir de ese sujeto que resultaba cercano, pero que, de repente y brutalmente, se hace añicos.

Ante el electorado, la política o los políticos en campaña electoral se muestran como si fuesen una elite, selecta por algún dictador celestial, que obra como figura patriarcal, matriarcal, que resolverá tanto los problemas de la sociedad en general como de los de los integrantes en particular. Los tiempos previos a la votación exacerbaban esta familiaridad con el elector; los empuja hasta un delirium tremens en donde se sacan fotos con quienes les estrechan la mano, visitan lugares a los que nunca habían ido y a los que nunca irían en ninguna otra circunstancia, se reproducen infinitamente por las diversas plataformas mediáticas —virtuales y reales— a los únicos efectos de galvanizar ese supuesto vínculo de familiaridad, de pertenencia, y así sedimentarlo y blindarlo. Lo siniestro ocurre tiempo después, cuando el político, mediante ese voto de confianza que se traduce en voto real, accede al escaño, al manejo de la administración o del espacio de representación. Aquella plataforma o manifiesto de propuesta arde en la llama crepitante de lo incumplido y de lo que, tan solo, existió en el momento determinado de convencer circunstancialmente.

El lobo sale de su disfraz para comerse a caperucita. El patito feo se da cuenta de su fealdad al ver de lo horroroso de su plumaje, tan distinto al de su familia. Lo siniestro de la mentira se evidencia cuando una voz inesperada irrumpe en el lazo ficticio entre el mandante y los mandados que, hasta entonces, era más evidente y palpable que el sentido de la vista. Las democracias occidentales padecen este mal de la política siniestra: una enfermedad crónica, sin cura posible, pero con un tratamiento permanente para mitigar el dolor del desgarrar que se produce cuando ocurre el cisma y el desdoble. Poner en palabras este dolor —como sucedería en el psicoanálisis— es, en cierta medida, lo que realiza la comunidad mediante sus ex-

presiones que, a su vez, conocemos porque son mediatizadas por los sistemas de comunicación. El hombre común, o el ciudadano de a pie, profiriendo improperios contra la política o sus políticos en la mesa de un bar, o en el banco de una plaza, son la imagen, por antonomasia, de lo que significa la legitimidad política en nuestros actuales sistemas representativos.

Martín Heidegger, enamorado, argumentalmente, de la poética alemana, afirmaba que el ser habita en el lenguaje.

Nuestras democracias son ámbitos pura, eminente y exclusivamente discursivos. Quienes no están de acuerdo con las reglas del juego, brindan una disputa que, más que una batalla ideológica o política —en su sentido filosófico—, es una liberación, una especie de cura psicoanalítica. Hacen un duelo luego del dolor provocado por lo siniestro.

Ahora bien, quienes pretendan otra cosa para ellos, como para su comunidad, en términos de nuestras actuales democracias occidentales, probablemente, tendrán que salirse del ámbito plenamente discursivo. Este, ya sería el campo de lo incierto, que es muy distinto al campo de lo siniestro. Como vimos antes, lo siniestro es una acción inesperada, horrorosa, de algo o alguien conocido que nos daña; lo incierto, sin embargo, es el temor en su estado más puro, es la oscuridad a la que rehuimos de niños y que de adultos creemos haber vencido.

Estamos acostumbrados, a habitar discursivamente en el dolor, en el permanente y cíclico tratamiento que nos imponemos para soportar y soportarnos, no porque así lo queramos, sino porque le tememos a lo desconocido, y eso nos lleva siempre a construir sistemas políticos que no nos dan la posibilidad de vivir —o tan solo nos permiten una vida parcial— de manera exclusiva y excluyentemente discursiva.

## **La política de la forclusión**

Posiblemente, el no poder aceptar lo evidente, lo obvio, lo inobjetable, nos llevó al pensamiento abstracto; a la psicosis existencial de querer reescribir, con nuestros significantes, el extenso campo

de la naturaleza que, al hacer tabula rasa, termina, develándonos, descubriéndonos como seres forcluidos. Consabidamente, en el ámbito del psicoanálisis y del derecho, el término forclusión abona al conjunto de ideas que se desean transmitir: la exclusión y el rechazo no acaban nunca en el psicoanálisis, en lo lingüístico, en lo humanístico; la forclusión regresa en forma de alucinación, o no, pero vuelve, ingresa en la fisura por donde puede entrar la luz y vuelve a alumbrarlo todo. La orfandad, producto del arrojamiento existencial del que somos resultantes, clama, implora, salirse de tal condición. Creamos tanto dioses como codificaciones, perspectivas, anteojeras, figuras geométricas, números, todo en representación de esa escritura de lo que no somos y de nuestras facultades limitadas que nunca terminamos de aceptar como tales.

El mundo no es nuestro porque no lo es; porque nunca lo ha sido, ni lo será, y porque jamás lo asimilaremos como un todo en donde nuestro rol es tanto nimio como imperceptible, por más que nos veamos impulsados a pensarnos y —por sobre todo— a sentirnos esenciales e indispensables. La realidad paralela que sobrescribimos es la representación que hacemos del mundo, de la naturaleza que no aceptamos ni soportamos tal cual es. Queremos creer en trazos rectos dentro de esa psicosis existencial que alumbramos mediante la abstracción; tenemos alteradas todas las facultades con las que podríamos estar en armonía y en plenitud con nosotros y con la cosa dada. Sin ningún lugar a dudas, si existiera algún ser no superior, sino con similar capacidad de raciocinio, y viera cómo habitamos el mundo, nos observaría como si estuviéramos dentro de un psiquiátrico, por no decir manicomio, con todo lo peyorativo que este significado se forjó a lo largo de la historia. Al vernos privados de la razón —al menos, de esa vinculación no problemática que haría mucho más armoniosa nuestra estancia en la tierra, con la posibilidad de que todos nuestros mundos quepan en el mundo de lo colectivo o de lo humano—, necesitamos creer que estamos libres y facultados para vivir la experiencia humana en plenitud con nuestro ser. La huida que transformamos en representación, la no aceptación del mundo tal cual es, nos posibilita la construcción, el regreso en forma de alucinación, de lo ocluido, del rechazo excluyente. La forclusión se constituye —en la política—, cuando volvemos a plantearnos la representación ontológica o existencial en la que de-

cidimos habitar, llamándonos ciudadanos y habilitándonos a elegir a un séquito que nos gobierne y que tome las decisiones colectivas.

El resultado es una democracia apocada, abrevada, anestesiada, aterida, que reacciona bajo estertores, regurgitando de forma sintomática a sus representantes, a los que creemos más lejos de lo que verdaderamente están de nuestra propia esencia. En la sinrazón en la que decidimos soportar el arrojamiento a la existencia, no queremos dar cuenta de la no traducibilidad que tiene el mundo que habitamos cuando el sistema de representación (lo democrático) nos devuelve, como gobernante (mediante voto, además, y mediante el uso de la supuesta libertad política que nos decimos dar), a quien exterioriza nuestras fauces más cínicas y siniestras.

No nos molesta tanto saber que habitamos en la alucinación, en la forclusión política; lo que nos incomoda y genera displacer es dar cuenta de todas las reimpresiones que le dimos a la naturaleza, de todas las líneas rectas que fueron trazadas y vueltas a trazar, no son tan derechas como las pensábamos y sentíamos. Por interregnos de lucidez, se quiebra la alucinación y nos interpelamos acerca de nuestra propia humanidad; cada tanto, cuestionamos a los dictadores que ungimos para que nos hagan vivir en esa seguridad psicótica en la que, incluso, perversamente, decimos actuar y, por ende, hasta votarla democráticamente.

Jacques Lacan, el introductor del término “forclusión” en el ámbito psicoanalítico, planteó la estructura de la psicosis como efecto de la forclusión del significante del Nombre del Padre. En términos políticos, ese significante refiere a las reglas de juego. Sea para habitar más placenteramente nuestra alucinación o para salir de ella (aporía que no está en cuestión aquí), no precisamos cambiar de representantes o encontrar modificaciones accesorias; lo que precisamos es el cambio radical y conceptual de nuestro ser en el mundo, de forma tanto ontológica como política.

## **La castración democrática**

“Las historias nos enseñan que debiendo ser las leyes pactos considerados de hombres libres, han sido pactos casuales de una ne-

cesidad pasajera; que debiendo ser dictadas por un desapasionado examinador de la naturaleza humana, han sido instrumento de las pasiones de pocos”. ( Beccaria, C., *De los delitos y de las penas*. Alianza Editorial. Madrid. 1980. Pág. 26).

El autor citado, es el continuador de Montesquieu en haber trabajado, diseñado, delineado, el plano de la necesidad de la existencia del Poder judicial, como una entidad salomónica entre los poderes existentes (que siempre han sido dos, sea en formato como los actuales de ejecutivo y representativo o de gobernantes y gobernados). La actualidad de la cita no demuestra tanto la genialidad de Beccaria, sino más que nada que tuvo éxito en su empresa, en su cometido, no así razón en lo teleológico.

Es decir, tenemos poder judicial, hemos aprobado, bajo tales argumentos y algunos otros más, esa necesidad arquetípica de la tríada, pero no arribamos a nada bueno, en cuanto a sus propósitos o finalidades. No tenemos una sociedad mejor, ni tampoco más justa, independientemente de lo que creamos en relación al significado o significante de justicia. Esta última afirmación tal vez no la podamos sostener, ni argumental, ni racional, ni estadística ni metodológica o científicamente, sin embargo, es producto, de la luminosidad más altruista que pueda tener un ser humano; su intuición. Esta reverberación auténtica de llevar el deseo natural, a algo más allá, es decir a la denuncia de no cumplimentación del mismo (es que acaso ¿no tenemos derecho a ambicionar un mundo mejor, por más que tengamos el mejor de los mundos posibles a decir de Leibniz?) es ni más ni menos que actuar en nuestro pleno derecho, en uso de nuestras facultades más amplias, en vistas de nuestras palmarias manifestaciones de lo que somos en el aquí y ahora de la humanidad.

La fundamentación, siempre encuentra un punto que es performativo, es decir que se reduce a una petición de principios, a un supuesto, a un substrato, a un momento cero o iniciático. Sea este un dios todopoderoso, un misterioso arrojito existencial, una explosión cósmica o lo que rayos fuere, como la advocación de una intuición que luego se sostendrá con la acción de mantenerla, sea incluso en una primera etapa por el uso de cierta fuerza instintiva y más luego, de estos dos pasos, el tercero de la argumentación, de la racionalidad, de la ley.

Esta norma, que es en términos psicoanalíticos, la presencia ordenadora o irrumpidora del padre, para abortar la posibilidad de incesto entre una madre y un hijo, necesita la contundencia de la penalidad para reprimir los intentos de tal latrocinio o en verdad para realzar su poder simbólico de evitar la violación, que sería, siguiendo en tal plano simbólico, la violación al contrato social.

Y de esto se trata precisamente, tal como lo expresaba Beccaria siglos atrás. Las leyes siguen siendo patrimonio de las pasiones de pocos. En su caso lo expresó, para destacar la necesidad de la construcción del Poder Judicial y por sobre todo con ello, evitar que las torturas siguieran siendo públicas como hasta en el momento de escribir lo que escribió.

Es decir lo que puede impulsarnos a señalar esto mismo, que venimos señalando desde que lo democrático es democrático, cualquier tipo de desajuste, de incomodidad, de hybris social, no es más que la búsqueda que cambie algún aspecto puntual, específico, apocado, nunca nos hemos aventurado a cambiarlo todo, porque de alguna manera, nos contenta el saber que el poder siempre será para pocos. Por lo único que luchamos es por estar dentro de ese selecto grupo de pocos que manejen las reglas de juego. Hacemos uso de todo lo que esté a nuestro alcance para ello; desde lo más a mano (usar a los que nunca estarán en tal espacio de privilegio, es decir los pobres, los marginales, tutelarlos, ejercer una suerte de padrino sobre ellos, representándolos en sus necesidades e inquietudes) hasta lo más perverso, por ejemplo esto, convencernos de que está bien, que es correcto, que nos mintamos entre los que podemos pensar algo al respecto de lo público y decirnos que somos tipos ejemplares, y por sobre todo democráticos que nos respetaremos en la estipulación de las reglas de juego.

Habernos planteado la necesidad de que todos seamos iguales ante la ley, cuando no lo éramos en su mera formalidad, es la muestra cabal y palmaria de lo que afirmamos. Siglos después, tras contar con tal formalidad, de estar considerados bajo la unificación normativa de que somos todos iguales, peleamos, para que eso se cumplimentara y como no lo hemos logrado, entonces pensamos en penalidades para quienes no cumplen aspectos de esos acuerdos, pactos o contratos, de imposible cumplimiento.

Claro que tales penalidades, son para quiénes, transgreden la normativa vigente en sus detalles, en sus cuitas menores, en sus reductos mínimos de trascendencia modesta.

Las líneas basales que sostienen la estructura, mediante la cual funciona nuestro pensamiento y de allí, la reproducción en la arena social, o colectiva, es ni más ni menos que la demostración más contundente y efectiva de que somos tan ajenos a nuestra propia humanidad que hemos inventado la muerte.

Somos la única especie que posee conciencia de esto mismo, y negamos que esto sea un disvalor, proponiéndolo como un valor. Es decir, todas las teorías o la mayoría de ellas, sostienen que conocer de nuestra finitud, es signo de algo bueno, llámese evolución, pensamiento abstracto, sensibilidad religiosa, reconocimiento de nuestros límites o lo que fuere.

Sin embargo, la muerte no es tal. La muerte sucede porque no somos capaces de aceptar hasta qué punto podemos ir más allá de los que nos imponemos nosotros mismos. La muerte es la comprobación de que no superamos el complejo de castración. En términos actuales, y en modo político, sería; salir de la democracia, democráticamente, para ser más democráticos.

## **La selfie o el otro estadio del espejo en tiempos democráticos**

“El sentido es justamente lo que no es provisto por sí mismo, sino por lo otro; es en eso en lo que la metafísica, que busca un sentido más allá de las apariencias, ha sido siempre una metafísica de lo otro” (Rosset. C. “Lo real y su doble”, Libros del Zorzal. Buenos Aires. 2016. Pág. 79) ¿Qué buscamos al retratarnos mediante instrumentos inteligentes para luego multiplicar tal toma en las redes? ¿Acaso nos hemos detenido a preguntarnos acerca de esto? ¿Acaso nos preguntamos? ¿Cuánto de nosotros, es decir en concerniente a la toma de decisión, no le hemos cedido automáticamente, al apéndice instrumental que nos retrata una y otra vez, en un automatismo funcional que nos condiciona, tal vez a que no nos preguntemos, a que no nos cuestionemos, a que no pensemos, ni sintamos, sino que simplemente exterioricemos, que posemos, que vivamos en el

postureo para haber pasado a ser ese otro de nosotros traducido en una interfaz o pantalla? “Privada de inmediatez, la realidad humana, queda naturalmente privada también de presente, lo cual significa que el hombre queda privado de la realidad a secas, si hemos de creer lo que dicen los estoicos, uno de cuyos puntos fuertes fue afirmar que la realidad sólo se conjuga en el presente. Pero el presente sería demasiado preocupante si no fuera más que inmediato y primero: sólo es abordable por medio de la representación, luego según una estructura iterativa que la asimila a un pasado o a un futuro en favor de un ligero desfase que corroe su insoportable vigor y únicamente permite su asimilación bajo la forma de un doble más digerible que el original en su crudeza primera” (Ibídem. Pág. 67)

Recurrimos a la teorización Lacaniana acerca del estadio del espejo: “Al ocurrir el estadio del espejo el infante deja de angustiarse de sumo grado ante la ausencia de la madre, pasando a poder regocijarse percibiéndose reflejado, y, sobre todo, dotado de unidad corporal, de un cuerpo propio (al que identificará con “su” yo). El regocijo experimentado al observar su imagen es también un primer momento de sentimiento de placer con su cuerpo, sin la directa asistencia de la madre. Así el estadio del espejo revela la configuración del yo del sujeto. Como para que tal haya ocurrido ha sido menester el estímulo externo desde un semejante, Lacan deduce de allí que, en principio, inicialmente, todo yo es un Otro. Pero el estadio del espejo por sí solo, con la implicación de la madre o la función materna, no resultan suficientes para la subjetivación. Lacan deduce luego que se requiere un tertium, un tercero. Es la función paterna la que permitirá mantener la noción de unidad corporal del sujeto y luego el desarrollo psíquico que deviene a partir de esta primera percepción de unidad”.

La representación de nuestro yo, la segunda instancia, o para hacerlo algo complejo, lo otro de nosotros mismos, está en eso que dejamos de ser, en la traducibilidad de la selfie, de la toma, que nos toma, el artefacto, que nos ha enajenado, que tal como se profetizaba en diferentes películas desde “Al morir la noche” de 1945 hasta nuestros días, en aquella el muñeco domina al ventrílocuo en las actuales las computadoras o la inteligencia artificial, nuestro mundo o lo que hemos dejado que suceda con él, la dejar de intervenir en el mismo como nosotros mismos.



La retratación sistémica, la iteración de la selfie, no sólo que nos conduce a la afirmación psicoanalítica de la constitución del yo como otro, realizada en aquel primer estadio del espejo en la niñez, sino precisamente, en nuestro retorno, gozoso que se traduce en que pretendamos obtener los comentarios o las implicancias al socializar las selfies o autorretratos que nos toma el teléfono inteligente.

Es decir, tal como en la niñez, frente al espejo, la autopercepción nos brindó el reconocimiento del gozo, sin intermediación sobre todo materna, en la adultez, supuesta, ese otro en que nos traducimos, en que nos representamos, vuelve, mediante el comentario (sea positivo o negativo ) el me gusta o todas las opciones de respuestas que brinden las distintas redes sociales a las que el teléfono móvil (como una suerte de padre autoritario o narcisista) dispara al compartir nuestro acto gozoso, del autorretrato, la selfie o la foto.

Políticamente, dado que lo está en cuestión o en juego, es sí estamos eligiendo lo que nos sucede, tal como creemos elegir un gobierno o a nuestros representantes, el retrato, de lo que no somos, es decir la promesa, lo imposible de lo democrático, precisamente, funciona en ese no cumplimiento, en esa no realización. No constituimos un gobierno ni del pueblo, ni para el pueblo, sino una entelequia como doble, que sin embargo, es todo eso y más, la festejamos, la simbolizamos en el ejercicio electoral, la convertimos en fetiche. Las elecciones que se llevan a cabo en distintas partes del mundo, son las selfies, las fotos que socializamos, la imagen que nos da gozo de lo que supuestamente somos, a sabiendas de que no lo somos. Nos ha dejado de importar que nos importe ser, ahora nos alcanza con vernos, más allá de cómo, cuándo, dónde y porque, consiguientemente nos importa nada, quien nos gobierne, como, cuando y porque. Tal vez, este segundo estadio del espejo, de habitar dentro de la interfaz, de habernos convertido en ese doble, nos evite la angustia de la muerte, no por nada tenemos gobernantes que nos dicen amar y trabajar por nuestra felicidad. No se trata de creer, sino de sentir, hemos dejado de desear para obtener el goce, a como dé lugar y esta es nuestra gran tragedia en sí misma, a la que no podemos escapar desde la condición del doble, del autorretrato, del democrático supuesto.

## El ser almibarado

El almíbar es la sustancia que alumbra la sociabilidad del hombre. Tal como el líquido amniótico, o su predecesor o posibilitador, el semen, el almíbar también es una sustancia viscosa, espesa, pegajosa y gelatinosa, a diferencia de las primeras dos mencionadas, hasta ahora nunca analizada, en el sentido lato del término, que posibilita en este caso, que el sujeto, construya su yo simbólico, mediante el atesoramiento de situaciones placenteras, que necesitan ser cosificadas, materializadas en números dulces, redondos, empalagosos, gozosos, que impiden la posibilidad, a quién queda embalsamado en tal puro placer, en determinarse en el deseo y la realización del mismo, o su camino hacia. El almíbar, como sustancia constitutiva, esconde tras su aparente bonhomía, el poder destructor de perforar, de atorar, de sepultar de una única sustancia al sujeto, encerrándolo en el plano de lo real, en donde consigue lo que quiere, el simple gozo, a costa de obturarle la posibilidad de seguir deseando y con ello de seguir siendo humano al sujeto encantado, que de esperma pasa a amniótico para terminar almibarado.

En este ciclo circadiano, el sujeto, deja de ser tal, y sólo se constituye en un mero ser biológico, en donde, a lo sumo será contemplado como tal, y en el mejor de los casos, tratado biopolíticamente, pero no subjetivamente, pues petrificado en tales líquidos, conservados en sus distintas espesuras, no se da la posibilidad de ser tal.

Sí bien, y tal como magistralmente lo detallara Jacques Lacan, con la metáfora de los nudos de Borromeo, cortando uno de los mismos se cortan los restantes, o como en la cinta de moebius, partís de un lugar le das la vuelta y vuelves al mismo lugar de donde saliste pero desde otro lado, la cuestión nodal, de nuestras democracias occidentales actuales, se puede apreciar más evidentemente desde este pliegue, desde esta perspectiva que se asoma desde lo almibarado de nuestra sociabilidad.

Lacan explica la constitución subjetiva como una estructura dinámica organizada en tres registros. El Psicoanalista francés formuló los conceptos de lo Real, lo Imaginario y lo Simbólico para describir estos tres nudos de la constitución del sujeto. Estos tres registros se hallan imbricados según la forma de un nudo borromeo: El desanudamiento de cualquiera de los tres provoca el desanudamiento de

los otros dos. Se trata de otra herramienta conceptual típica de la topología combinatoria, como lo es la Banda de Möebius. Registro de lo Real; Lo real es aquello que no se puede expresar como lenguaje, lo que no se puede decir, no se puede representar, porque al re-presentarlo se pierde la esencia de éste, es decir, el objeto mismo. Por ello, lo Real está siempre presente pero continuamente mediado mediante lo imaginario y lo simbólico. Registro de lo Imaginario: Lo imaginario está constituido en un proceso que requiere una cierta enajenación estructural, es el reino de la identificación espacial que inicia en el estadio del espejo y es instrumental en el desarrollo de la agencia psíquica. Es en este proceso de formación que el sujeto puede identificar su imagen como el 'yo', diferenciado del otro. Lo que se designa como 'yo' es formado a través de lo que es el otro — en otras palabras, de la imagen en el espejo. Es la forma primitiva de pensamiento simbólico. Registro de lo Simbólico; Lo imaginario, o aspecto no-lingüístico de la psique, formula el conocimiento primitivo del yo, en tanto lo simbólico, término que utilizaba para la colaboración lingüística (lenguaje verbal coherente), genera una reflexión a nivel comunitario del conocimiento primitivo del yo y crea el primer conjunto de reglas que gobiernan el comportamiento e integran a cada sujeto en la cultura. Constituye el registro más evolucionado y es el que tipifica al ser humano adulto. Lacan considera que el lenguaje construye al sujeto y el humano padece este lenguaje porque le es necesario y le aporta a cada sujeto una calidad heurística (con el lenguaje simbólico se piensa, con este lenguaje se razona, con tal lenguaje existe comunicación -simbólica- entre los humanos). <https://aquileana.wordpress.com/2008/04/27/psicoanalisis-jacques-lacan-lo-real-lo-imaginario-y-lo-simbolico-lo-imaginario-y-el-concepto-del-otro/>

Bien podría decirse que el clivaje, para no ser traumática la escisión del hijo con la madre, debe realizarse almibaradamente, es decir, es el momento en el que irrumpe la sustancia, sustitutiva o complementaria de lo amniótico y seminal, mediante el rol paterno. Así como la prohibición del incesto es el principio de autoridad que trasciende la cuestión de género, e instaura un padre regulador, una regla que se masculiniza dado que en última instancia puede echar mano a la violencia instintiva para justificarse, a lo largo de nuestra historia el símbolo que logramos conceptualizar para cumplir o no

cumplir una aceptación social, es el dinero, el billete, la teca, el con- tante y sonante, la tela, la lana, la mosca, la biyuya, la lata, la papota, la tarasca, o como lo quiera denominar. Esto es ni más ni menos que las distintas denominaciones en las que se desplaza la entidad sim- bólica de lo almibarado. La regla pasa a ser social, el padre, en su rol, no sólo que copula con la madre, que se sostiene en la prohibición del incesto, sino que además es el que consigue el dulce, el almíbar, la libada, la tajada, la porción de la torta, como también se expresa metafóricamente, en el accionar arquetípico de la succión que es en el plano individual y que en el plano social es la dinámica de la exacción. Las disputas últimas en relación a las preponderancias en cada uno de los roles desarrollados por géneros (hombre, mujer), no tienen que ver precisamente con la cuestión señalada del rol, que es precisamente la constitución predeterminada, como lo es, el juego, que encajan perfectamente como lo señalamos, o lo hubo de señalar el Lacanismo, con las figuras de Borromeo y Moebius, en las osci- laciones, que aportamos desde estas sustancias que no sólo han sido constitutivas (de hecho la vida misma proviene del agua y sin ella no sería tal) sino que lo siguen siendo, no solo a nivel individual, sino también social.

Este almíbar que permite la sociabilidad, que le garantiza al pa- dre que se cumpla la ley de prohibición del incesto y con ella, todas las otras leyes que los padres simbólicos, mas luego dictaminan, a través de la política, debe ser en un proceso razonable de tiempo, escindido, nuevamente accionado el clivaje, para que el sujeto ya adulto, ya sujeto político, pueda experimentar la libertad, indivi- dual como política.

En estos períodos, es cuando la humanidad experimenta sus pro- cesos de radicalidad cambiante, los llamados procesos revoluciona- rios, que son por lo general, en su mayoría, sangrientos, violentos o dolorosos, precisamente, porque prescinden del dulzor, se lim- pian de tanto almíbar y el descarnamiento, produce esta sensación de incertidumbre y desamparo, además de culpa y temerosidad de transgredir la regla de no tener regla y que todo valga (hasta en ese imaginario imposible el incesto y esto es lo que vuelve impracticable por mucho tiempo los periodos o momentos acotados de anarquía).

La filosofía así como la psicología para el individuo que busca o se busca en tal exploración de las palabras, se convierte en descarna-

da, en inservible, en impracticable, en enemiga de las cosas serias, de lo hacendoso, de lo importante, cuando se acendra en esta búsqueda que no es de lo verdadero, sino de lo descarnado, de lo enojoso, de lo despresurizado de las vainas de mielina en que se recubre el sujeto social, como para no sufrir, o para no temer.

La filosofía se transforma en un elemento a ser obviado, en ser encaramado en el almíbar de lo académico, de sus vanidades y complejidades, por un poder que está en uso de sujetos que no pueden, ni se animan a verse en su verdadera dimensión.

Los seres almibarados que construyen el gozo de que habitemos en un pacto social que siempre es perfectible, nos ofrecen más dosis del mismo producto, lo cual nos dispara a un paroxismo social que cada tanto, retorna, a un punto cero. En verdad al mismo punto como la cinta de Moebius, o se desatan todo los nudos, al desatarse uno, como los de Borromeo.

Sólo nos queda determinar en qué momento estamos, sí más próximos a barajar y dar de nuevo, de soltarnos de tanto almíbar, o aún resta para ello. Esta es la explicación de porqué, es el síntoma, de la importancia que cobran los adivinadores modernos, los que auguran. Los encuestadores, los pronosticadores o gurúes de lo metodológico que nos dicen quiénes ganaran la próxima elección para que luego, tal resultado sea explicado por los comunicadores o analistas de tal fenómeno.

Esta es la razón, por la que cuando hablamos de la sinrazón de la razón entronizada, almibarada, aplacada por esta erupción de glucosa, los medios y canales se cierran a que estos planteos puedan circular con fluidez.

Somos seductoramente encantados, por quiénes decimos criticar, en tal lecho empalagoso, en donde dulcemente hemos rubricado la complicidad almibarada, seguramente, en un lento y progresivo camino sin retorno a una letanía de la que implosionará un nuevo orden que se ajuste a nuestras demandas como a nuestros límites que recorreremos y recurrimos, una y otra vez, pero desde lugares distintos y con sustancias diversas.



### La democracia mágica

El término “magia” proviene de una raíz persa que significa “tener poder”. Esta acepción se constituyó, no casualmente, en una piedra basal, en una forma de interpretar el mundo, que se dio en llamar animismo. Los hechos de la naturaleza (condiciones meteorológicas, tiempos oportunos de siembra y cosecha) como los hechos que afectan al hombre en su ser más íntimo (salud, reproducción, muerte) eran decodificados, interpretados o leídos por unos pocos que conocían, mágicamente, los sucesos acaecidos. Chamanes o magos eran los seres que, escogidos por un demiurgo (acepción platónica que refiere al creador o hacedor), por un prestidigitador o por un genio maligno, depositaban el poder arbitrariamente, dinásticamente, en unos pocos a los que la comunidad les debía responder social y políticamente. Esta concepción de la humanidad generaba este acto mágico, que se traducía como el poder en manos de unos pocos; las reglas de juego eran solo conocidas por los poderosos y los demás estaban subsumidos a este conocimiento. Precisamente, el conocimiento, el paso de la humanidad a una visión, o cosmovisión, lógico-racional mediante el método científico, determinó que algunos otros podían conocer esas reglas de juego (a las que se accedía a través de un método en el que, no necesariamente solo participaban los elegidos).

El mundo, en pleno Medievo, se tensionó ante este cambio de paradigma. Hasta la aparición de la imprenta, el atesoramiento del saber en los monasterios era el patrimonio de seres que también se vinculaban especialmente con un Dios que, supuestamente, les otorgaba mayores posibilidades de conocer. Aquí se expresó la ruptura sustancial: el conocimiento (es decir, las reglas de juego) había dejado de ser otorgado por razones discrecionales o mal llamadas mágicas. La popularización, el mayor acceso a los libros, gracias a la imprenta, significó la democratización no solo del conocimiento, sino de las sociedades. No es casual que uno de los principales libros de la ciencia política moderna, *El Príncipe*, se haya escrito en este

apogeo. Sin embargo, en Latinoamérica, la llegada de los libros y de la cultura produjo, también, la llegada de una perspectiva que se llamó realismo mágico: una suerte de vida occidental en sus límites, en sus bordes o pliegues, en su consideración más inverosímil. El realismo mágico cosechó relatos de una imaginación inescrutable, que forjaron una corriente cultural y literaria; pero, hasta ahora, nadie se dio cuenta de que también genera una perspectiva política y refleja una democracia mágica que no cumple —ni pretende hacerlo— con aquello que promete.

La democracia y el desarrollo económico y social son interdependientes y se refuerzan mutuamente. La pobreza, el analfabetismo y los bajos niveles de desarrollo humano son factores que inciden negativamente en la consolidación de la democracia. Los Estados miembros de la OEA se comprometen a adoptar y ejecutar todas las acciones necesarias para la creación de empleo productivo, la reducción de la pobreza y la erradicación de la pobreza extrema, teniendo en cuenta las diferentes realidades y condiciones económicas de los países del Hemisferio. Este compromiso común frente a los problemas del desarrollo y la pobreza también destaca la importancia de mantener los equilibrios macroeconómicos y el imperativo de fortalecer la cohesión social y la democracia (Artículos 11 y 12 de la Carta Democrática Interamericana).

La Carta Democrática Interamericana es un documento aprobado y firmado por los miembros de la Organización de los Estados Americanos en la ciudad de Lima, Perú, en la asamblea general de esa organización, celebrada el once de septiembre de 2001. La Carta Democrática Interamericana consta de veintisiete artículos y está dividida en seis capítulos. En caso de que pueda ser tildada de subjetiva o decirse que está alejada de la posibilidad de ser medida con rigor científico, consultemos las publicaciones de organismos internacionales:

América Latina presenta actualmente una extraordinaria paradoja. Por un lado, la región puede mostrar con gran orgullo más de dos décadas de gobiernos democráticos. Por otro, enfrenta una creciente crisis social. Se mantienen profundas desigualdades, existen serios



niveles de pobreza, el crecimiento económico ha sido insuficiente y ha aumentado la insatisfacción ciudadana con esas democracias —expresada en muchos lugares por un extendido descontento popular, generando en algunos casos consecuencias desestabilizadoras” (*La democracia en América Latina. Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos*, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo).

En caso de que nos sigan abordando dudas y vacilaciones, y estemos tras estos márgenes del mundo, probablemente, si la pobreza no es dueña de nuestras calles, lo será de nuestro vecindario; o, como algo muy lejano, solo a unos kilómetros de distancia, se nos hará presente, de forma contundente, al extenderse y poblar aquellas inquietudes que nos hicieron hesitar cuando debíamos tomar cartas en el asunto; ahora queda que la indiferente providencia haga algo por aquellos por los que nadie hace nada. La cuestión es que la firma de constitución, de redacción y de acuerdo de una carta democrática entre Estados parte, genera la posibilidad de un accionar jurídico-político en caso de que alguna parte sustancial del acuerdo no se cumpla o no se ejerza. En una perspectiva comunicacional, cuando se dan ciertas desinteligencias entre Estados americanos se escucha, con mucha insistencia, la petición de que se active la carta democrática. —en otras palabras, que se aplique la punibilidad a quienes violan, transgreden o incumplen lo dictaminado por la carta, tanto en letra como en espíritu. El problema se constituye no solo como problema político, o de política internacional, sino también de lógica, al ultrajar —todos los firmantes del documento— los artículos citados, en relación a la inviabilidad de lo democrático bajo el yugo de la pobreza creciente, y al no combatirla por pasividad o complicidad.

De repente caemos en la cuenta de que estamos dentro de la paradoja de Epiménides. Se atribuye a Epiménides haber afirmado que todos los cretenses son unos mentirosos; pero, al saber que él era cretense, ¿estaría diciendo la verdad? Desde ya que la lógica no ocupa nuestra preocupación central, sino la política; profundizando en la cuestión democrática en América y, específica y particularmente, en cómo aplicarnos la carta democrática para que los Estados parte cumplan con lo que incumplen siempre; buscamos tener algo parecido a la democracia, a lo que referencia o valora. Nuestra solu-

ción como ciudadanos, ante el incumplimiento flagrante, es aplicar nuestra propia carta democrática.

Ante todas y cada una de las manifestaciones sociales, en los diferentes lugares del globo, en donde prevalece la formalidad democrática —que no está ni debería estar tutelada por ningún organismo que se jacte de asumir esa representación— proponemos y enumeramos el siguiente curso de acción, a los efectos de dar un mensaje claro y contundente a la clase política, al grupo de notables que tiene tomada la delegación de la soberanía que, inercialmente, cedemos para legitimar este sistema en donde el esfuerzo lo hacemos todos, la mayoría, en beneficio de esa facción, que es un minoría y que, jugando al oficialismo y a la oposición, van rotando el manejo del poder.

1. Abstención sucinta de los procesos electorales. En los lugares en donde la no participación sea penalizada, se promoverá una acción de amparo y una acción de inconstitucionalidad para que la participación política, en el tramo electoral, no sea obligatoria.

2. Manifestación expresa y explícita de la no participación en la convocatoria electoral por no querer ser parte del simulacro democrático en donde, por intermedio de esta ratificatoria, pretenden esconder todas y cada una de las graves falencias de un sistema que tiene como eje de funcionamiento el dejar vastos y extensos bolsos, guetos, estados de excepción, en donde miles, millones, de seres humanos, perecen por no tener acceso a los alimentos indispensables para sobrevivir.

3. Utilizar todas y cada una de las plataformas de comunicación para que este accionar pueda ser conocido, compartido y socializado por todos y cada uno de los ciudadanos del mundo que piensan y sienten que por intermedio de las claves políticas actuales son conculcadas y socavadas las posibilidades y la esperanza de miles de personas que esperan un mundo mejor para todos.

Cada una de las obligaciones que nos exige el Estado, que son penalizadas en caso de incumplimiento, estarían justificadas si este llevara a cabo sus acciones en forma medianamente razonable. Si no expresamos, de forma contundente, que no estamos de acuerdo con un sistema de organización política que requiere el sometimiento de gran parte de la población, entonces estamos siendo cómplices del mismo. Las obligaciones, sean impositivas, policiales (ser convoca-

dos por la fuerza pública para officiar como testigos ante un hecho delictivo o concurrir a los tribunales en caso de que tengamos abierto un proceso judicial) educativas o sociales, se mantendrán o irán en el aumento, pero sin que los resultados varíen.

Al proponer esto de modo civilizado, cultural y por escrito, creemos que la mayoría, que se está quedando afuera de esta fábula democrática, encontrará un modo de organizarse para hacernos sentir el grado de su disconformidad. Para lograr este fin, la difusión de este documento es clave; de lo contrario, si continuamos viviendo bajo estos términos, no seremos más que eternos personajes a la merced de un Dios, o de un demiurgo, que se maneja bajo los criterios literarios de un realismo mágico, que nos condena a una democracia mágica.

## **La democracia disoluta**

A diferencia de lo que proponen ciertos intelectuales —con más pasado que presente (a tal punto está cosificada la consideración cultural que el pensador está sometido a la misma lógica que la del vino: a mayor cantidad de años se supone mayor sapiencia y erudición, cuando en verdad es lo contrario, dado que sobrevivir en este sistema implica ceder y, por ende, embrutecer o transar progresivamente al punto límite que al estar más cerca de la muerte ya no se tiene nada más genuino que ofrecer que no se haya ofrecido) y con menos originalidad que las mismas formulaciones que dan vueltas sobre el marxismo—, la democracia absoluta no solo es una clara invitación demagógica al onanismo intelectual sino que, además, es argumentalmente insostenible. La democracia avanza a su disolución misma, hacia su corrupción generalizada, en la que pretende envolver al hombre, a la humanidad a la que claramente tiene subyugada. Resistirnos al límite tajante, es lo único que sostiene nuestra expectativa, que nos conduce a un estado de negación enfermizo, en donde no queremos pensar siquiera en la posibilidad de que todo termine, y eso es lo que nos empuja a tal finalidad ineluctable. Sí asimilamos que podríamos estar ante nuestro propio fin, posiblemente tengamos una probabilidad, entre muchas, de pensar nuestra salva-

ción o salvoconducto, que no sea la cárcel, el presidio, o la mortalidad a la que nos condenamos con lo irresoluto de lo democrático.

En su libro *Pedir lo imposible*, Žižek escribe: “El capitalismo global ya no puede combinarse con la democracia representativa”. El autor es uno de los faros intelectuales más escuchados en los últimos tiempos y, por tal condición, asimilado por el sistema mismo al que pertenece críticamente. La afirmación citada la formula en relación con un colega suyo —de avanzada edad— que, tras un paso por la cárcel a causa de acciones subversivas décadas atrás, trabaja ahora en la remisión de la mansedumbre (tal vez esta sea la magia de la ancianidad) dando idea, a través de textos como *Imperio* a una propuesta de democracia absoluta en donde la representatividad se suprima por la acción democrática, propiamente dicha.

En cualquier universidad occidental (entendiendo Occidente, básicamente, como Europa más el norte de América), bar, confitería o espacio de paseo de vanidades del intelectual promedio, en donde la única preocupación —medianamente coherente (como si las preocupaciones tuviesen una coherencia en su origen, en su razón misma de ser o de emerger)— sea que alguien, en nombre de una deidad, se explote como bomba o robe un camión y justo pase por encima del oportuno pensador, esta formulación bien podría ser tan novedosa y creativa, como posible y asequible.

Mientras el resto del mundo, ese que mayoritariamente no está gobernado por lo democrático (paradoja excelsa del sistema que propone la aprobación de la mayoría y que a nivel mundial, apenas si es una minoría que pretende imponerse a los que no se organizan de tal modo) o que parsimoniosa, pero progresivamente, se va despegando de esta experiencia (es el caso de los países de Eurasia, que presentan una mutación a sistemas despóticos en los últimos años), o que amaga adquirirla para, prontamente, abandonar la idea (como es el caso antológico de la potencia económica y productiva mundial, China, que siquiera guarda atisbos de lo democrático), nuestras luminarias intelectuales insisten (insistimos) en seguir conceptualizando la política bajo términos, expresiones y caracterizaciones democráticas.

En vastos latifundios latinoamericanos, en donde bajo esas formalidades que desde Europa o desde el extremo norte de América llaman “democracia”, estamos quienes habitamos: ciudadanos que

obedecemos a rajatabla los deseos políticos y públicos del gobernante de turno, de quien nos cobija en su manto protector para que no nos dañemos con la experiencia de la libertad. Pero no hay posibilidad de no dañarnos; quienes dicen estar para proteger nuestros derechos (de expresión o de libertad) jamás repararán en lo que decimos y nuestros derechos jamás serán cumplidos.

Plantear que la democracia podría ser absoluta en sitios en donde existe formalmente, pero en donde más de un tercio de la ciudadanía posee serios problemas para alimentarse; y en donde, por ende, solo un 10% de tal población podría considerarse habilitada tanto existencial como materialmente para plantear algo más allá de su propia supervivencia (es decir, escapar a lo omnisciente de la billetera, la plata, el látigo o el plomo del gobernante) es de un cinismo tan grande que solo puede entenderse si se expresa desde un desconocimiento tan supino como inimaginable.

Por supuesto que no se puede discutir, palmo a palmo, en un relación de fuerzas proporcionales con los intelectuales que, al servicio de las academias, editoriales y grupos mediáticos, se pasean como modelos en una pasarela por la feria de vanidades en las que exteriorizan su labia o profusa intelección, para plantear la novedad tautológica de “absolutizar lo absoluto”. Nuestro cometido, apenas, es dar cuenta de que otros seres humanos transitamos el derrotero de no caer víctimas del olvido formal de que nos consideren en una fría estadística. Ciudadanos, sujetos de derechos de un sistema que nos tiene cautivos, fagocitados y encerrados en su perversa y pérfida lógica. Porque si no nos damos cuenta de que hemos sujeto nuestro destino humano a la suerte del sistema, que tiene en su naturaleza voraz el tragarse a sí mismo, entonces ya no podremos consumir ni siquiera el derecho al espectáculo, a la platea, al aforo, a la butaca en primera fila para asistir a nuestra propia disolución.

El salto al vacío, el de organizarnos de un modo en el que no tengamos demasiadas referencias escritas, al contrario de lo que podríamos pensar, es la única salida ante la caída al abismo, a la que avanzamos casi furiosa y, por supuesto, democráticamente.

## **Gracias por la censura o de la prohibición de hablar críticamente de la democracia**

“La confusión hace su trabajo y gana espacio. La proliferación es directamente proporcional a la indiferenciación.”, escribe Claudia Schwartz en el prólogo a unos textos de Artaud y que, en un pasaje, dedica su escrito de la siguiente manera: “Que la muralla espesa de lo oculto se hunda de una vez sobre todos esos impotentes charlatanes que consumen su vida en admoniciones y vanas amenazas, sobre esos revolucionarios que no revolucionan nada”.

Nosotros deberíamos cambiar la caracterización de revolucionarios por la de comunicadores demócratas —que no democratizan nada al censurar las críticas constructivas que se le realizan a la democracia para mejorarla, consolidarla, enaltecerla y jerarquizarla—, más allá de que sepamos, con precisión, que todos y cada uno de los textos enviados a directores y propietarios de medios de comunicación, con excusas varias (disímiles, risibles, traviesas, caricaturescas, todas increíbles) son enviados al buzón de elementos no deseados o a la bandeja de eliminados de su correo electrónico, con el loable fin de contribuir a mejorar el sistema de convivencia política y social instaurado. Entrar en el terreno de las habladorías, sería el de exponer todas y cada una de las razones por las cuales esos, que dicen trabajar en el servicio público de la comunicación, ni siquiera se han molestado en poner, en una triste carta de lectores, alguno de los cientos de textos que, no casualmente, se publican en espacios de comunicación que sí podrían jactarse de democráticos y que sí ayudan a la consolidación del sistema. Además, la cuestión no pasa aquí porque se publiquen o no ciertas líneas; aquí se trata de determinar cuán democráticos son aquellos que tienen una porción de poder y que no necesariamente son elegidos por el acto simbólico de lo democrático: mediante una elección. En el caso de que usted sea un lector, a secas, sin tener relación alguna con un medio de comunicación, difícilmente tenga acceso tanto a este como a otros documentos. La masividad que supuestamente ocurre en la instantaneidad de las redes sociales y en sus tan afamados fenómenos de viralizaciones, en verdad, otro engaño para que los medios comuniquen información de forma cada vez menos responsable. Hace años que venimos trabajando —con cierto eco, sobre todo fronteras

afuera de Argentina—, para mejorar la idea de lo que representa un sistema democrático. No nos cansamos de seguir enviando material a muchos de los que jamás publican o publicarán algo de lo que humildemente decimos. Ellos se escudan y se escudarán, como ya expresamos, en sin razones de las más absurdas e insólitas; probablemente, ni siquiera ellos sepan por qué no nos publicaron alguna vez.

Esta es nuestra tarea democrática de concientización: el considerar esta problemática como general, nunca personal (ni siquiera conocemos sus rostros, ni pretendemos hacerlo). Nosotros también trabajamos para nuestros censuradores, pues creemos que, si no modificamos nuestra democracia, la misma naufragará irremediablemente y no habrá camarote que escape a la invasión de las aguas. No lo decimos nosotros; ya lo dijeron (hasta probablemente de una mejor forma) otros que nos precedieron, a quiénes también censuraron, pero que encontraron a demócratas, como usted, que publicaron sus textos.

La libertad de pensamiento se confunde en los espíritus con la libertad de publicar, que no es lo mismo. Jamás se impidió a nadie pensar como quisiera. Sería difícil; a menos que se tengan aparatos para rastrear el pensamiento en los cerebros. Se llegará a eso seguramente, pero todavía no es del todo así y no deseamos ese descubrimiento [...] Pero en el uso más ordinario en que se dice libertad de pensar, se quiere decir libertad de publicar. La libertad de publicar que es una parte esencial de la libertad del espíritu, se encuentra hoy, severamente restringida y también suprimida de hecho. Hay gente que les gusta publicar, que solo piensan para escribir y que solo escriben para publicar. Ellos se aventuran entonces en el espacio político. Aquí se perfila el conflicto.

La política, obligada a falsificar todos los valores que el espíritu tiene por misión controlar, admite todas las falsificaciones o todas las reticencias que le convienen, que estén de acuerdo con ella y rechaza incluso violentamente, o prohíbe a todas las que no lo son. La política consiste en la voluntad de conquista y de conservación del poder; exige en consecuencia, una acción de coacción o de ilusión sobre los espíritus, que son la materia de todo poder.

Necesariamente, todo poder piensa en impedir la publicación de cosas que no convienen a su ejercicio. Se empeña en eso al máximo. El espíritu político termina siempre por obligar a falsificar. Intro-

duce en la circulación, en el comercio, la falsa moneda intelectual; introduce nociones históricas falsificadas; construye razonamientos aparentes; en suma, se permite todo lo que necesita para conservar su autoridad, que es llamada, no sé por qué, moral (Valéry).

## **¿Busca Justicia el Poder Judicial?** **¿Será justicia?**

Esta frase conceptual que se usa en los escritos jurídicos, en el ámbito del poder judicial, cómo el trato que se le dispensa al magistrado (en alguna oportunidad Majestad, como a Dios o al emperador, o su señoría) no son meros usos y costumbres de vago o rancio protocolo. Son elementos simbólicos que disciplinan a las instituciones y con ello a la comunidad, para que no observemos que las vendas que dicen tapiar la observancia de la justicia, para que sea ecuánime en sus veredictos, no es más que en verdad, un relato parcial, atestado de inequidades que provienen de una petición de principios o falacia de origen. ¿Qué es justicia? Es el título de uno de los autores, más estudiados y valorados por el corpus jurídico, Hans Kelsen, quién no sólo que no respondió, pidiendo expresas disculpas en su texto por no hacerlo, la pregunta que dio origen al libro, sino que además ensayo una tibia respuesta, ensimismada de conceptos relativos y de imposibilidades de note corte Kantiano, usando a Platón y a la historia de Jesús de Nazaret como para convencer al lector que la pretensión de justicia es la principal aspiración del ser humano. Paradójico que aquellos que trabajan en administrar justicia, es decir dentro del ámbito del poder judicial, sostengan que garantizan tal justicia, al ponerla antes de la firma como uso en sus escritos, teniendo a uno de sus principales teóricos que se pregunta precisamente qué es justicia, sin lograr, responder tal cuestión, por lo que se disculpa, garabateando un ensayo de respuesta relativa.

El supuesto diálogo, entre Poncio Pilato y Jesús de Nazaret, le sirve a Kelsen, para graficar que el hijo de Dios, por más que hubiera de responder que estaba allí para dar testimonio de la verdad, y al ser inquirido, específicamente acerca de que es la verdad, no hubo de responder nada, exige de tal manera al hecho citado que, finaliza la



referencia, preguntándose, algo que considera aún más importante qué la verdad, ni más ni menos ¿Qué es la justicia?

Sus referencias conceptuales se plasman renglón seguido, cuando menciona a Platón y a Kant, forzando textualmente al primero, párrafos después, estableciendo que su teoría de las ideas, era en verdad una búsqueda para responder de qué se trataba la justicia (a diferencia de la mayoría de las consideraciones del pensamiento platónico que lo ubican como un predecesor de la metafísica o de la filosofía política). De hecho, considera, en lo que podría ser una obsesión teórica, lo primordial en el ser humano, en una conversión entre semántica y conceptual, acerca de la búsqueda de la justicia, cómo en verdad o en profundidad la búsqueda de la felicidad.

La lucidez de Kelsen, sin embargo, se percibe cuando deja desarrollar, sin el presidio de las referencias sus apreciaciones acerca de lo que está preguntando. Probablemente la frase primordial de su trabajo sea: “De no haber intereses en conflicto, no hay tampoco necesidad de justicia”. A continuación, y bajo el resplandor de lo mejor de sí, afirma acerca de la posibilidad de discernir lo justo; “Problema que no puede resolverse mediante el conocimiento racional”. Luego de esto, da rienda suelta a su construcción de sentido relativo de lo justo, en una suerte de interdependencia con la cuestión democrática. Es más podríamos agregar, que Kelsen al diseñar la estructura de su teoría pura de derecho, apunta a prescindir de todo el laberinto accesorio en que décadas luego termino de convertirse en Occidente, el poder judicial, en el supuesto afán de buscar o implementar justicia (Una de sus ideas más notables fue la de originariamente proponer un cuerpo de jueces que no provengan del poder judicial). Nos detendremos en este punto, como para preguntar en esta instancia, algo que consideramos revelador para esa pregunta de la justicia en sí.

Si nosotros iniciásemos un texto que se proponga lo ulterior de la noción de lo justo y acudiésemos para ello, a una referencia religiosa, y encontráramos en el culto Yoruba, tendríamos que acudir a su Orixá, Xangó vinculado a la justicia: “Reafirma claramente la imagen de poder que es siempre asociada a su figura. Es reconocido principalmente por su credibilidad, siendo sus decisiones consideradas tradicionalmente acertadas y sabias. Decide sobre el bien y el mal; posee la capacidad de inspirar la aceptación incontestable de

sus decisiones, tanto por su poder represivo como por su rectitud y honestidad casi inquebrantable. Es el Orixá del rayo y del trueno. Místicamente, el rayo es una de sus armas, que envía como castigo, nunca impensado o arrebatado. Es un Orixá, temido y respetado. El pai Xango castiga a los ladrones, malhechores y mentirosos, su Justicia y Rectitud es lo que caracteriza a esta entidad” (<http://orixa-xango.galeon.com>).

A diferencia de lo citado por Kelsen, el Jesús de Nazaret que culturalmente está muy vinculado al platonismo, sobre todo desde la similitud creacional del diálogo el Timeo y el Génesis de la Biblia, en donde la justicia, siempre está en un más allá, al que el propio Jesús apuesta (no haciendo intervenir a su padre todopoderoso, tolerando su injusta pena, y reafirmando el sentido de ejemplaridad de hacerle conocer a los cristianos de la existencia del otro mundo en donde la justicia divina sería un hecho) y de la cuál Kelsen, volverá en su obra fundamental de la Teoría pura del derecho, en la búsqueda de la norma hipotética fundamental, para validar el derecho, llegando hasta la instancia del derecho internacional (que se sitúa en la cúspide de su pirámide del derecho) se puede inferir, precisamente que renuncia a un absolutismo como para definir justicia, no sólo por carecer de elementos, como lo expresa, reflejando su Kantismo, sino porque en verdad, consideraba que la justicia en su sentido cabal, solo podría existir en otro plano, no terrenal, como el anunciado, y por el que muere, Jesús de Nazaret, a quién, Kelsen, cita no casualmente en su introducción.

No sería descabellado pensar, que en el ámbito del poder judicial, sin que por ello no citemos a otros autores, como por ejemplo: “La noción de justicia sugiere a todos inevitablemente la idea de una cierta igualdad. Desde Platón y Aristóteles, pasando por Santo Tomás, hasta los juristas, moralistas y filósofos contemporáneos, todo el mundo está de acuerdo en este punto. La idea de justicia consiste en una cierta aplicación de la idea de igualdad” (Perelman, Ch. “De la Justicia”. Pág. 23. Centro de Estudios Filosóficos. UNAM. 1964) la concepción de justicia, judeo-cristiana, desde lo filosófico, implica una imposibilidad de llevar a cabo, materialmente la justicia, de traducir aquella noción, difusa o variable, en una cuestión asequible, real, efectiva.

Cuando, en los escritos judiciales, es decir lo que luego se transformaran en expedientes, esa traducibilidad en los hechos, de lo que hablan los teóricos citados, como los muchos más aquí no citamos por la necesidad de una economía de las palabras (sabemos sobre todo que en los medios de comunicación, la posibilidad de publicación de artículos son inversamente proporcionales a la cantidad de caracteres que posea) de la pretensión de justicia, de la búsqueda real de la misma o de la implementación, rubricando sobre el epíteto de que será justicia, es en verdad, la manifestación que la misma no será en este plano, en este tiempo, sino en aquel, en donde reposa esa pretensión de justicia, que aquí sólo existe como ensayo, como excusa, como pretensión facciosa, de quiénes hacen de tal posibilidad su fuente de recursos y de poder concreto y fáctico, dando por sentado, de esta manera, cuál es la razón de ser del poder judicial. De lo contrario, no sería sindicado como poder, ni tampoco, hubiera sido propuesto como contrapeso de las otras instituciones del estado.

Esta es la razón, por la que citamos la noción de justicia en otra religión o cultura (como tantas otras), que no esconden, ocultan, o disfrazan su relación con la penalidad, con el castigo, con la interacción entre lo humano y lo divino y por sobre todo, con su resultante o con los premios y castigos que de los comportamientos se desprendan. La relación del poder, no está maquillada, representada o verbalizada, en las cosmovisiones que se escaparon del dominio occidental, pese a los intentos de sometimiento continuo de este. Mientras más a flor de piel, estén visibilizados los trazos de esta vinculación, de esta relación, que nunca ha dejado de ser un choque de dos espadas, que produce la luz o la chispa del conocimiento como lo expresa Nietzsche citado por Foucault en “La verdad y las formas jurídicas”, nunca podremos abandonar esa noción en donde esperamos la vida o la muerte de un dios, que directamente o por intermedio de un poder, nos dé la gracia de la justicia.

Nosotros sin embargo, sabemos que no sabemos lo que es justicia, pero aun así expresamos, en escritos formales, pretenderla, instauramos un poder judicial, como un elemento de poder, y no de búsqueda de justicia, pero, perversamente, decimos lo contrario. Se acopian los libros, los tratados, para explicar sí la noción de justicia, se correspondería con una ciencia que la determine, sólo con un

método, una teoría pura, una dogmática o una hermenéutica, y en este ejercicio bizantino, aquel que posee un conflicto, y que pretende que se lo salde, o lo que es peor, quién es víctima de una fuerza superior (llámese estado) que profundiza o genera su desigualdad, quedará esperando, una respuesta de una entidad que nace como factor de poder, no con la finalidad, ni de compensar, ni de saldar, absolutamente nada.

Será justicia el día que vayamos por ella, entendiendo que la manera ni la forma es actuando directamente o por mano propia, pero tampoco, esperando el designio, la evaluación de una Majestad que nos responda, cómo, cuándo y dónde, por haber observado nuestros qué, porqués y para qué.

### **No democrático, faccioso, impopular e incuestionable: El poder judicial**

El poder de juzgar no debe confiarse a un tribunal, sino ser ejercido por personas sacadas del cuerpo del pueblo en ciertas épocas del año y de la manera que prescribe la ley, para formar un tribunal que sólo dure el tiempo que exija la necesidad. De tal manera, la facultad de juzgar, tan terrible entre los hombres, no hallándose vinculada en ningún estado ni profesión, viene a ser, por decirlo así, invisible y nula. No se tiene delante continuamente a los jueces; se teme a la magistratura y no a los magistrados” (Montesquieu, “El espíritu de las leyes”).

En tal obra, se establece la necesidad política, en verdad de la libertad, habla el autor, determinándose la división de poderes. Sí bien, afirma “De los tres poderes de que hemos hablado, el de juzgar es en cierta manera nulo. No quedan, por tanto, más que dos” el poder judicial le debe a Montesquieu, su razón de ser y su peculiar característica que viene adquiriendo de tal entonces de ser prácticamente incuestionable, a nivel teórico o académico.

Si alguien tuviese la posibilidad de repasar las tesis o los congresos en las diferentes facultades de humanidades, que traten acerca del poder judicial, a diferencia de los que versan sobre los restantes poderes, no habría dudas de que aquel es el menos observado,

tratado y por ende, criticado o cuestionado. Posiblemente el autor del “Espíritu de las leyes” haya prestado un gran servicio para ello también al relatar las formas en que desde Roma se administraba la justicia, propiciando con ello, que desde la formación en derecho se estudie el derecho romano, como el fundamento mismo, desde donde continúa el extraño privilegio de quiénes se dedican a las leyes (académicamente) de tener la posibilidad de formar (en sus jerarquías) parte de un poder del estado, del que no pueden formar parte nadie que no tenga credenciales académicas acreditadas en este saber. Esta característica, sumamente facciosa y controversial, es sin embargo, muy poco cuestionada o visibilizada, a nivel teórico, práctico o mediático, nos hemos acostumbrado, extrañamente, a que la conformación de un poder del estado, el judicial, sea bajo principios, paradójicamente, injustos.

Montesquieu, al hablar del espíritu de las leyes, narra no solo los aspectos históricos, tipificando los casos en una cuestionable trilogía de la politología, de la república, la monarquía y el despotismo, sino en sus razones físicas, en donde plantea, excentricidades antropológicas cómo la que formula al expresar que en los lugares de temperaturas más frías los ciudadanos son más afectos a cumplir la ley que en las zonas en donde el calor apremia. Pero en donde está haciendo germinar, la perversión que apoya aquél apoderamiento por parte de los facultados en derecho de un poder del estado, es en dotar de espíritu a las leyes, desde su propio título y habilitar la exegesis, la hermenéutica y la interpretación de construcciones que son afirmativas, apofánticas. Es extraño que aquí tampoco, se haya cuestionado desde la lógica formal al menos, que se pueda realizar esto mismo. Sí las oraciones que afirman o niegan algo, en un contexto positivo cómo el del derecho, pueden, ameritan y se propician como de interpretaciones interminables, entonces estamos perdidos. Tan perdidos, como en verdad lo estamos, y lo señalan todos los estudios de opinión pública en las distintas comunidades de occidente, en relación a la poca credibilidad que posee el poder judicial o lo poco que se corresponde con un servicio que brinde o garantice justicia. Este poder, que insistimos, ha sido tomado por una facción de la sociedad, a contrario sensu, incluso de quiénes en parte han propiciado esto mismo (citamos a Montesquieu también cuando afirma que la posibilidad de juzgar reside en la selección cir-

cunstantial de ciudadanos no atados a profesión) se fue forjando, en razón de esta perversión capital que se hacen de los juicios lógicos. Este laberinto, de supuestas interpretaciones de interpretaciones, que llevan a apelaciones y a la generación de más tribunales que supuestamente discuten, bizantinamente, abstracciones inentendibles de procedimiento, no hacen más que dilatar el pronunciamiento de la justicia, pagando onerosos sueldos a funcionarios judiciales para que den vueltas semánticas o procedimentales, para justificar los ingresos, dimanados de ciudadanos a quienes se les priva del servicio de justicia que les corresponde.

Las interpretaciones de la ley, las exegesis ad infinitum y las exposiciones catedráticas acerca de lo que quiso expresar el legislador (es decir quién construye la ley, que el judicial sólo tiene que aplicar) debería estar acotado al campo literario, filosófico, de competencia o de interés para quienes así lo deseen y manifiesten. Sin embargo, en uso y abuso del supuesto espíritu de la ley (ya lo expresamos cuando Montesquieu se puso a pensar sobre el contexto, escribió que la ley se cumple más en los lugares donde hace frío...) se consolidó esta burocracia judicial, este laberinto de expedientes, de papeleo absurdo, de perspectivas, de marchas y contramarchas, de manifestaciones irresolutas, que al único lugar que nos hacen arriba es al axioma planteado por Séneca: Nada se parece tanto a la injusticia como la justicia tardía. Claro que esta justicia tardía, conviene a la facción que administra justicia, pues, en sus prerrogativas simbólicas, además del trato de Majestad, como en los tiempos imperiales, la mayoría de los jefes del poder judicial gozan de prerrogativas como el no pago de impuestos, la no obligatoriedad de jubilación y el cobro de sueldos u honorarios que siempre son sideralmente superiores que los que puede percibir un maestro o educador (lo ponemos como referencia, pues el propio Montesquieu en la misma obra dedica un capítulo aparte para dar cuenta de la necesidad, sobre todo en las repúblicas de la educación de los ciudadanos: “En el gobierno republicano es donde se necesita de todo el poder de la educación”).

Tal vez la disolución del poder judicial sea un camino. Sin embargo, la existencia de conflictividades entre ciudadanos y los ciudadanos y el estado, continuaría existiendo, por tanto el sendero tendría más razón de ser, si lo dotamos de una institucionalidad republicana-

na, que se corresponda con la realidad y no simplemente con una argumentación proveniente de una vieja teoría de división de poderes, enmarcada en la necesidad de aquel entonces, por la revolución planteado por los descubrimientos de Newton, principalmente su teoría gravitacional. Esta suerte de necesidad de que los “astros estén alineados” (usado en la actualidad por diferentes comunidades para expresar vulgarmente, que todo este ordenado como debe estar o como nosotros creemos que debería estar) generó la posibilidad, que a nivel político, las compensaciones estén alineadas en una tríada, destacando la importancia ritual y simbólico del tres en la cultura occidental, desde la concepción del padre, la madre y el hijo y luego sus ritualizaciones en el campo religioso.

Nuestro contexto físico (recordemos cómo afecto a las ciencias humanas también el contexto de la teoría de la relatividad de Einstein) se corresponde con los tiempos de las partículas elementales, el principio de indeterminación o de incertidumbre de Heisenberg. No por ser autorreferenciales, pero sí para rotular nuestro trabajo y dedicación de años, no hace mucho dimos a publicar el ensayo de filosofía “La democracia incierta”, señalando, como la gran mayoría de colegas y hombres dedicados a la cultura y la política, nuestra atención a los poderes legislativo y ejecutivo, para mejorar con las críticas y los aportes dimanados nuestra institucionalidad. Sin embargo, creemos que sólo lo lograremos si analizamos, redefinimos y revocamos determinados aspectos del poder intocable, incuestionable, o inobservable; el judicial.

Sin que lo disolvamos, pero reconociendo, como Montesquieu, que es el más prescindible, deberíamos empezar a modificarlo en su constitución, en su conformación, más no así, todavía, en su funcionamiento en general. Por supuesto que eliminar la consideración procedimental, espirituosa e interpretativa de las leyes que generan la argucia para estar presos del laberinto y recovecos en donde se duermen los expedientes o las causas, a la espera de un dictamen, será un objetivo central, pero no por ello, tendremos razón si es que eliminamos la posibilidad de que alguien tenga el derecho a realizar una denuncia contra el estado o contra un par, por considerar lesionado un derecho o que alguien falta a su deber.

Montesquieu, también afirmó, razonablemente, que el eje rector de una república, era el principio de la virtud. Principio que,

obviamente no se cumple, en casi ninguna comunidad occidental y mucho menos en el ámbito o el poder judicial. Que las más altas magistraturas, sean ocupadas por quiénes, no solamente conozcan de derecho, sino de otras actividades (insistimos la letra de la ley, desde la perspectiva del judicial, debe ser juzgada, no interpretada o analizada) bajo la condición de que sean notables en sus desempeños (logros o distingos académicos o en sus trabajos, en sus emprendimientos, bajo logros reconocibles) podría funcionar tanto como cierta democratización en tal foro. Posiblemente no elegir, como otros cargos, a los jueces, pero sí que sean parte de aquellos que ya conformaron el ejecutivo o el legislativo (esto generaría que quiénes están en los anteriores poderes no se quieran perpetrar en ellos y ofrezcan su conocimiento anterior en elaborar o promulgar leyes, para luego juzgarlas) o generar el consejo de notables en donde no sólo participen los matriculados en derecho, sería un avance, en todo sentido, no sólo a nivel judicial, sino institucional.

Por supuesto que esto no es más que unos prolegómenos, un introito, acerca de la funcionalidad, la razón de ser y la necesidad de cambiar nuestra institucionalidad, a partir de la perspectiva poco veces ensayada, del poder judicial. Pretende ser un acto de justicia para Montesquieu, a quién leyeron para su provechoso pero no pensaron a partir de él, tal como lo expresó en su obra del que se desprende el artículo: “Quisiera indagar cuál es la distribución de los poderes públicos en todos los gobiernos moderados que conocemos, y calcular por ello el grado de libertad de que puede gozar cada uno. Pero no siempre conviene agotar tanto un asunto que no se deje ningún campo a las meditaciones del lector. No se trata de hacer leer, sino de hacer pensar”



## LA POLÍTICA OCCIDENTAL

### Europa se forjó y se acendra la perpetuación de genocidios

Aún siguen las réplicas de la tropelía, los susurros al oído del violador gimiendo de placer y sometiéndonos en su goce a la peor de las calamidades. No conformes con todo aquello que lograron al despojarnos de nuestro modo de ser en el mundo, siglos después, muy metido dentro de nuestro espíritu sigue —casi a perpetuidad— ese mensaje, ese concepto, esa forma que nos dice cómo son las cosas, cómo es el mundo, cómo tenemos que obrar en él, qué significa ser bueno, exitoso, admirado, reconocido y, por tanto, todo y cada uno de los contrarios a estas consideraciones colectivas. Acumular, acopiar para ganar en la diferencia, tener para luego buscar la justificación y que, de repente, la vida tenga sentido; que el dios justo, al final del día, nos haga sentir y creer que premia a los más conspicuos de su rebaño.

Ni descubiertos, ni encontrados, tal como regla pétrea que forjó Occidente: algunos perdieron una guerra, allá ellos si ni siquiera la dieron o no se pecataron que la estaban llevando a cabo. Europa se hizo, y se ancla, por medio de genocidios, en esta práctica cruenta y valida las consideraciones que, de tanto en tanto, ponen en el ámbito de la academia alguno de sus notables eruditos a los que, casi como única acción inteligente, escuchan, promueven y apuntalan.

En los estados de excepción en que han logrado matar el hambre de varios de los suyos transformándolos —por el instinto de supervivencia— de pobres y carenciados a ricos imperialistas, la conquista a perpetuidad no culmina: por intermedio de los conceptos de trabajo y educación, que nos metieron por la vagina y por el ano (previamente lubricados) para que penetre el falo aleccionador, disciplinante, con forma de crucifijo. En esas misiones, que tras siglos alcanzaron la cúspide del poder eclesiástico (vaya si no lo tenían merecido), las órdenes del pastor mayor siguen siendo palabra sagrada. Se llevaron puesta la consideración de la tierra sin mal, pues si no obrás como el Padre lo dice, arderás en el infierno que, como si fuese poco, se traslada a la tierra; si es que sos vago, sino te deslomás

trabajando (para beneficio de ellos) si no acopiás, si no progresás, es que no sos nadie, no valés nada en esta y tampoco valdrás nada en la otra vida, deshonrando a tus padres y a Dios.

Y claro, qué se podría pensar de una revolución posible —entendiendo revolución como repartir y dar de nuevo— en un sistema que, desde aquel entonces, ha dado muestras de que solo beneficia a unos pocos para torturar y hacer padecer a millones, dentro de los cuales, más temprano que tarde, estás o estarás vos.

¿Estamos esperando, acaso, otro genocidio perpetrado por Europa de acuerdo a los postulados teóricos de algunas de sus mentes más brillantes que, siempre, han considerado que en Occidente brilla la luz de la razón a diferencia de la oscuridad que abunda en sus fronteras o márgenes?

¿Será necesaria otra feroz muestra de calamidad humana para que entendamos, de una buena vez, que solo de nosotros depende vivir mejor, que todo aquello que nos han contado tiene muy poco asidero con lo que sucede?

¿A qué medio de comunicación le vamos a creer cuando nos sigan mostrando los que se mueren por querer entrar a ese reducto de la razón sagrada que nunca incluyó, sino que ejerció lo contrario: la exclusión, y la segregación, porque la humanidad solo así la comprende?

¿No será más fácil preguntar a nuestros abuelos, a esos que le privaron la posibilidad de entender que al firmar ese papel se quedan con sus tierras, con las que ahora emplean a sus hijos y nietos, para pagarle monedas, mientras las ganancias se la fuman ellos, acometiendo todo tipo de excesos?

¿Es acaso ese dios, el que te muestran, el que permite tal injusticia, el que estaba en sus barcos y sables, al que tenés que honrar, trabajando a destajo para tener un bien material que reluzca tal vez un poquito más que el de tu vecino, que el de tu compañero?

¿Esa será tu gloria en esta vida: rendir cuentas ante ese imperativo categórico, ante el violador, ante el falo que te entró por todos tus agujeros, para que le implores piedad y, hasta, tal vez, perverso amor, diciéndole que superaste el dolor en esta vida, que te compraste una casa, dos vehículos y que vacacionás en el exterior?

¿La ruindad de la inercia, el papel anotado, que te digan qué hacer, obedecer, para mandar, pasar de la condición de víctima a

victimario, para eso querés tener?;Ganarle a esta vida, acopiar, acumular, involucrarte en política, tal vez para hacer de cuenta que incluís, pero en verdad excluís, expoliás, saqueás, aprovechándote de la perversidad de la democracia que no por casualidad es el actual sistema reinante?

Vivir mejor, me decís, me confesás, me pedís que te crea por las lágrimas en tus ojos, por la cadencia de tu voz, que el estómago no se alimenta de ideas y que el dinero no compra la felicidad, pero ayuda en el paroxismo de los lugares comunes. Es la calma que necesariamente debe alcanzar el violentado, un día más para encontrar la redención, la paz que nadie buscó perder y que nunca tuvimos en mente o como objetivo final, como razón de nuestras experiencias. No podemos salir del rótulo: si hacemos tal o cual cosa, siempre será en base a aquello y allí está la trampa, el problema, el timo.

Yo te puedo asegurar, perjurar, garantizar, que se trata de otra cosa; espero que estés al lado mío para que en ese segundo, cuando vos lo sientas, me digas que todo este esfuerzo, que toda esta dedicación, que todo este amor por mostrarte que otra cosa es posible, ha valido la pena; de lo contrario, créeme que esta lucha no se termina acá: no tiene final.

## **El tesoro de los nibelungos**

¿Acaso la democracia occidental que nos hemos forjado, no continúa conceptualmente con los principios básicos del nazismo, que creíamos derrotado, en cuanto a la cuestión migrante, con el cerco galvanizado en los inicios geográficos de Europa, pese a que los de afuera mueran en persecuciones, en archipiélagos de excepción y naufragios?

¿Cuánto nos corresponde de responsabilidad, a cada uno de los que consumimos un chocolate de las marcas más consagradas en confiterías, en la comodidad de nuestros hogares, sabiendo que el cacao que los nutre, proviene del África occidental, donde los niños de allí mutilan su vida, por los que nosotros, desde aquella comodidad-complicidad pagamos empachados y extasiados?

¿El eje franco-alemán, que gobierna Europa y Occidente, no es acaso el maridaje entre las formas democráticas o jacobinas, de igualdad, fraternidad y libertad, para los que estamos dentro de las fronteras en donde todavía se come y se puede disfrutar de los placeres ficticios que nos inventan, a costa de los lugares en donde los sacrificios humanos se cometen, casi como en tiempos de Auschwitz, y extrañamente no son visibilizados por la turbamulta de medios y de formatos para comunicar, dado que en la multiplicidad de lo mismo, nos han mareado al punto que denostamos lo único que nos puede permitir ser diferentes que es la posibilidad de pensar?

Quedarnos con la imagen de un camión atropellando gente, como en Niza o Berlín, solo genera mayor caos, confusión y agresividad en un mundo que precisa cuestionarse sus ejes conceptuales. Ni las cuestiones accidentales, ni mucho menos las acciones desarrolladas por extremistas (a quienes se les debe responder, únicamente con el peso de la ley terrena, esa que dicen aborrecer y pretenden abandonar) pueden impelernos ni a reacciones ni a pensamientos. Ahora, el tratar de entender cómo o de dónde proviene el estado de bienestar que cada uno de nosotros alcanzó o puede alcanzar es básico y de sentido común. En caso de que lo pensemos de tal modo, que creamos que ya es tiempo de que pensemos en otros sistemas, en otras formas, en otros contratos y ver cómo los aún vigentes están tan emparentados con los horrores que nos supimos perpetrar y nos seguimos perpetrando, posiblemente sea el desafío que la actualidad nos impone. El bienestar —supuesto y ficticio— que para que exista debe ser vendido como expectativa y posibilidad para los que aún no lo gozan, no solo que cada vez alcanza a menos, también ve menguada su capacidad de encantar, seducir y, finalmente, si lo pensamos bien y detalladamente, ni siquiera estaría brindando bienestar a quiénes dicen sentirse sus principales benefactores.

Todos conocemos el acto de fe que tuvo David, al enfrentar al gran Goliat; nada mejor que recurrir a La Biblia como para recordarlo con precisión, pero de esa historia se desprendieron varias más, con connotaciones religiosas, pero también sociales y políticas. Es el caso de Sebastián Castalion contra Calvino o el mosquito contra el elefante:

Castalión, —y esta es su inmarcesible gloria— es el único de todos estos humanistas que avanza resueltamente al encuentro de

su destino. De modo heroico, se atreve a alzar la voz en favor de los compañeros perseguidos y con ello se juega su propia existencia. Totalmente libre de fanatismo, aunque amenazado a cada instante por los fanáticos; en absoluto libre de pasión, pero con una firmeza tolstoyana, alza, como una bandera, por encima de aquellos furibundos tiempos, su declaración de que ningún hombre debe ser forzado jamás en sus opiniones y que sobre la conciencia de un ser humano no le es lícito nunca ejercer violencia a ninguna potestad de la Tierra; y como esta declaración no la formula en nombre de ningún partido sino en el del impercedero espíritu de la humanidad, sus pensamientos, lo mismo que algunas de sus palabras, han quedado por encima del curso de los tiempos. Siempre, cuando están formulados por un verdadero artista, conservan su sello los pensamientos de un universal valor humano, que trascienden por encima de todos los tiempos; siempre son de mayor duración las declaraciones que enlazan al mundo entero que las particulares, doctrinarias y agresivas. Como modelo, sin embargo, para todas las generaciones posteriores debería ser conservado el valor, no por nadie imitado y digno de serlo, de este hombre olvidado. Pues cuando Castalión, a despecho de todos los teólogos del mundo, llama a Servet, víctima de Calvino, un asesinado inocente; cuando contra todos los sofismas de Calvino arroja estas inmortales palabras: “Matar a un hombre no es nunca defender una doctrina sino matar a un hombre”; cuando proclama, en su Manifiesto de la Tolerancia, de una vez para siempre, (mucho antes de que lo hagan Locke, Hume, Voltaire y de modo mucho más magnífico que ellos) el derecho a la libertad de pensamiento, entonces este hombre, como prenda de sus convicciones, se juega su vida (Zweig).

La principal leyenda alemana, a la que se refiere el título, en verdad se traduce o desde acá lo traducimos en esta clave política actual, en cómo los teutones, se reconstituyen de las diferentes tragedias en las que participaron, como protagonistas (suponiendo, que lo hicieron con la perspectiva de que estaban contribuyendo a un mundo mejor) sin dejar de ser tales o dejándolo de ser por breves interregnos, para continuar, como en los últimos 100 años, dirigiendo los destinos de Occidente y del mundo.

Sea la cultura que fuese que ocupe el rol de administrar las referencias principales para las restantes —en cuanto a la organización

social, económica y política— que contemple que nadie viva mejor a costas o a expensas de que otras vivan peor, porque llamemos como la llamemos, ya sabemos de qué se trata esa concepción del humanismo, hasta qué infiernos nos condujo y que ningún tesoro o riqueza de ninguna leyenda valdría el que emprendamos tal aventura, o que conduzcamos a tal fin el timón de la humanidad.

### **El poshumanismo, producto del maridaje entre la posverdad y la posdemocracia**

El uso —si se quiere abusivo— del prefijo para conceptualizar términos con historias recientes, nos direcciona a un campo en donde la realidad que estamos viviendo, no solamente no se puede dimensionar sin la distancia necesaria, sino que presumimos que eso indeterminado, indefinido o incierto puede, casi por fuerza intuitiva, tener características disruptivas o zonas de bifurcación en donde, o sucederá una cosa o la otra pero, necesariamente, la disyuntiva se resolverá.

Expresa, muy pedagógicamente, Juan Carlos Monedero:

El uso del prefijo «post» en las Ciencias sociales suele responder a tres razones: prudencia, impotencia o ánimo ideológico. Prudencia, cuando se verifica que un hecho difumina sus contornos, incorpora matices y anuncia novedades sin perder totalmente su condición original. Impotencia, cuando se carece de la capacidad de identificar si lo viejo se ha marchado y lo nuevo ya ha llegado, algo relacionado con la turbulencia de la época y la dificultad del análisis para llegar al núcleo de lo que se quiere definir o para proponer alternativas. Y ánimo ideológico, cuando se quiere distraer la atención para rebajar un potencial conflicto explicando que los cambios son inevitables o no tan relevantes, o bien, en una dirección contraria, cuando se quiere dejar claro que algo que era positivo se ha perdido y conviene recuperarlo para el bien de la colectividad. Los post suelen estar llenos de memoria y de subjetividad

Una de las tantas variables que definen nuestra actualidad, es la medida del éxito que nos entronizan desde los medios de comunicación, desde tal Atalaya u Olimpo en que ciertos semidioses determinan muchos de nuestros sucesos cotidianos; se apuntó al término posverdad como concepto del año de acuerdo con la razón que esgrimieron, en base a un cálculo aritmético, proporcionado por las estadísticas de la red, en relación al aumento exponencial de un año a otro, en su uso en el distrito del lenguaje y. por ende. en el andamiaje de la comunicación.

La posdemocracia tiene un origen más académico ya que proviene del autor Colin Crouch con su libro cuyo título acuña precisamente el neologismo. En el siguiente y pedagógico resumen del texto podemos obtener una síntesis nodal:

Durante la posdemocracia sobreviven prácticamente todos los elementos formales de la democracia, lo cual es compatible con la complejidad de un periodo “pos”. No obstante, debemos esperar una cierta erosión a largo plazo, a medida que, hastiados y desilusionados nos alejamos cada vez más de nuestro concepto máximo de democracia. También debemos esperar la desaparición de algunos apoyos fundamentales a la democracia y por tanto un retorno todavía más pronunciado a algunas de las situaciones características del periodo predemocrático, retorno cuya responsabilidad es atribuible a la globalización de los intereses empresariales y a la fragmentación del resto de la población.

A diferencia de lo que considera el autor, no creemos que el habitar un proceso posdemocrático nos traslade o retorne a una situación predemocrática. Consideramos que sucederá precisamente lo contrario, de allí que hablamos de una suerte de maridaje, de hermanamiento, de sincretismo o síntesis con la posverdad. Post-truth: relativo o referido a circunstancias en las que los hechos objetivos son menos influyentes en la opinión pública que las emociones y las creencias personales. Esta es la palabra del año para el diccionario Oxford, que ha constatado un incremento en su uso “en el contexto del referéndum británico sobre la Unión Europea y las elecciones presidenciales en Estados Unidos”, hasta convertirse en un término habitual en los análisis políticos.

La posdemocracia ha construido, bolsones, extensiones amplísimas de poshumanos a los que creemos (en un uso de la posverdad) como si fuesen iguales en derechos y posibilidades, pero que, sin embargo, en la realidad son completamente desvalidos en su propia condición de sujetos. Nosotros, insistimos en nuestra posverdad, los creemos prójimos o próximos o asequibles a nuestro género humano, sin embargo, mediante nuestra posdemocracia los hemos transformado en los residuos necesarios, para extender nuestro ser en el mundo. En sus faltas, en sus carencias, nosotros podemos observar, sentir y percibir nuestros logros, validarlos y legitimarlos, darles sentido a nuestras vidas en la posmodernidad que nos arremete con sus excesos y provocaciones. El desafío consumista-existencial de no poder tenerlo todo, lo hemos resuelto generando quiénes no pueden tener nada.

La poshumanidad puede ser visible y palpable, en la dificultad. Escuchar a quién tenga como objetivo desde hace años, solamente sobrevivir, o hacer sobrevivir a sus hijos, requerirá, prácticamente de conocer previamente el dialecto en el que se comunican, en una suerte de argot callejero en donde la saliva debe ser ahorrada para prorrogar la segura victoria de la inanición. Estos seres a los que perversamente se los sigue considerando iguales, en el caso de que sean estudiados por valores estándares de la cientificidad, guardarían más relación con el eslabón perdido que con quien posee otras preocupaciones más allá de comer y no estamos hablando de aspectos estéticos, de los cuáles, con solo plantearlos ya ganaríamos la connotación de además de crueles, ostentar en grado sumo el mal gusto y blandirlo para acomodar un par de letras.

En este festival del “más allá” que denota en definitiva el prefijo post —sobre todo en relación a la crueldad que significa que convivimos con cientos de miles o de millones de “semi-seres”, a los que por acción u omisión condenamos a esa situación—, no sería solamente literario el pensar que tal vez, seamos el más allá de generaciones anteriores, de las que seríamos el resultante o una parte. En esta hipótesis, imposible de probar, tal vez estemos recreando o viviendo el infierno o el lugar de castigo, una penalidad espiritual de seres preexistentes, de quienes han hecho las cosas tan mal (que seríamos nosotros en una suerte de vida anterior o pasada, siguiendo con esta hipótesis improbable, pero verosímil) condenados a habitar un más allá,



una suerte de posvida, en donde de maduro caería la necesidad de creernos y mentirnos en posverdades, organizarnos en posdemocracias y, por sobre todo, de hacer valer nuestra malicia para haber generado, aumentado y mantenido nuestros niveles de poshumanos con la finalidad de sostener nuestros privilegios y prerrogativas las cuales se nutren de la sangre, del sudor y de las lágrimas de los humanos a los que hemos condenado a su actual condición de post o de más allá de lo humano.

“El padre de familia es el gran criminal del siglo”. La frase entrecomillada pertenece a Hanna Arendt y, lógicamente, la autora lo referenciaba al siglo que le tocó vivir: al recientemente transcurrido. El agregado es nuestro y bien podría señalar el correlato o más que nada, la explicación de qué nos sucede en nuestro período, que en parte, arrastra la irresolución de la criminalidad señalada por la escritora. La figura patriarcal como cómplice pasivo, ante las vejaciones de lesa humanidad, arguyendo la persecución de las gestas menores para mantener la supuesta seguridad del entorno privado, permitió los campos de concentración, desandaría con profusión, como criterio y tino la autora. Algunas décadas después, desde una perspectiva de género, podrían aumentar la argumentación señalando que este tipo de criminal, promueve y alienta, también, una noción comunitaria totalmente desigual, sectaria y por ende, antidemocrática, de segregacionismo a la mujer, condenándola a un rol pasivo o secundario, imponiendo incluso, a las heroínas que no aceptan estoque, de algún modo, una penalidad física (figura de feminicidio) que en algunos casos, luego de cometido busca ser solapado o naturalizado en una suerte de disputa contracultural o de contrapoder. Quienes consideran que la lucha por tener un mundo mejor, puede ser trabajada, desde esta posición de resignificar tanto la semántica de la codificación (de la patria a la patria, de la fraternidad a la sororidad) como la resignificación conceptual de toda la arqueología misma del sistema (dando por sentado que este responde a patrones mera o expresamente machistas) tienen además de una menuda labor, todo un horizonte cierto de proceder bastante claro respecto al futuro.

No es nuestro caso. Sobre todo porque, tal como lo expresamos en el título del artículo, consideramos que aún quedan cuestiones pendientes, tanto del criminal como de su pecador.

El juicio colectivo apenas pudo haber comenzado con Eichmann en Jerusalén (título de una de las obras más difundidas de Arendt), pero decididamente no terminó, sigue su curso o debería seguirlo y esto es precisamente nuestro cometido. Señalar no solo que la justicia tardía no es Justicia sino que además, para tal demora, gravosa y agravante para la condición humana, se necesita la figura de un juez (por ponerlo en términos metafóricos) encubridor.

La democracia actuó encubriendo la figura del criminal, que esconde su proceder delictivo en las formas bien parecidas o socialmente aceptadas del padre de familia; esconde sus maneras y metodologías totalitarias en la perversidad engañosa de una aprobación, condicionada, por supuestas mayorías libres que, periódicamente, legitiman a un grupúsculo de privilegiados que a gusto y *piacere*, a diestra y a siniestra, demuestran la condición difuminada de las leyes, que casualmente (en este ardid centra su energía nodal lo democrático: en que las reglas de juego parezcan de dominio público, cuando en verdad lo central se escribe en tamaño micro para los pocos que cuentan con lupas) siempre los benefician, perjudicando por lógica a las mayorías que votan a sus victimarios.

La tipología del delito que comete para con su sociedad, podría entenderse como continuado (delitos que se ejecutan por medio de varias acciones, cada una de las cuales importa una forma análoga de violar la ley) o tal vez corresponda a otras tipificaciones existentes o a crearse (en algún otro desarrollo teórico hemos propuesto la figura penal del “democraticidio”) de todas maneras, no es nuestro campo el de la penalidad, sino el del señalamiento claro y contundente, de un diagnóstico cultural del que no podemos prescindir en caso de que queramos, desde el lugar que fuese, modificar algo.

Retomando las consideraciones de Arendt, una de las conceptualizaciones más deslumbrantes a la que arriba es la consideración de la “banalidad del mal”. Una suerte de justificación o de prescindencia de libertad, en la que muchos jercas nazis se escondieron, se agazaparon, para no reconocerse en la monstruosidad e inhumanidad de sus propios actos. Para evitar esta lógica de escalas, de gradaciones, (estimamos) es que la autora llega a la genial conclusión de que el gran criminal es, además y no en verdad, el padre de familia, el modelo cultural entronizado. El encuentro de este límite de responsabilidad es el que permite señalar que más arriba no se

puede apuntar y que, en definitiva, todos por acción u omisión fuimos y seguimos siendo responsables. La complicidad democrática, para nuestra consideración, se evidencia en que cobija al criminal en todas y cada una de sus acciones, sin que medie límite alguno en la consecución de las violaciones a la ley, que en este caso, serían a la propia condición humana (otro título de otra obra reconocida de Arendt).

Así como para Lévi-Strauss la prohibición del incesto es el único fenómeno que tiene una dimensión tanto cultural como natural, nosotros creemos que nuestra humanidad al menos debería entender como límite de su auto-vulneración lo que expresa Pedro Casaldáliga (candidato al premio Nobel de la Paz, obispo emérito de São Felix, místico, poeta, uno de los líderes de la teología de la liberación y una figura internacional de la defensa de los Derechos Humanos) “Todo es relativo, menos Dios y el hambre”. Prescindamos del rol de sacerdote de Pedro, hasta su máximo pastor, el papa Francisco lo señala como la cuestión principal a resolver: la del hambre, la pobreza o la marginalidad.

Una democracia que se precie de tal, sea tal o no esconda cómplice al asesino del siglo anterior, a decir de Arendt, trabajaría en post de combatir la pobreza. La no realización de esto mismo, y hasta su perversa aquiescencia (la de declamar que se trabaja para erradicarla) no hace más que confirmar el gravoso encubrimiento que perpetra lo democrático, ante su figura cultural y simbólica, denunciada siglos atrás como el gran criminal de la condición humana. “Sólo en el firme fundamento de la inexorable desesperación puede en adelante construirse con seguridad la morada del alma”. (Russell, B.)

## **Del excedente utópico al excedente democrático**

Más allá de todas las conceptualizaciones que devienen en dialéctica, aspectos semánticos y juegos de equivalencia, diferencia y referencia e incluso de los límites de la propia lengua en la que habitamos —esa que nos impuso no hablar de aquello de que no se puede optando por el silencio— y de que toda acción filosófica

pueda verse subsumida en el concepto de intención o qué es lo que nos mueve a perseguir un fin inventado, lo cierto es que, paradójicamente, avanzamos hacia ese no lugar, contrariados de sentido, pero con ganas y fruición.

Si bien el excedente, en términos económicos, puede ser entendido como la sobra, lo cierto es que eso que está de más es la fuente de felicidad de quienes y para quiénes se produce. Es decir, el ser humano ha vivido y sigue viviendo en la actualidad —en la mayor parte del globo— en sistemas sociales que no reparan en lo más mínimo de su propia dignidad, pese a los que pierden la vida en la lucha o en la inercia para que esto cambie o continúe. No seremos demasiados, pero somos y expresamos, quienes deseamos o anhelamos que el excedente de esta vinculación social, no sea simplemente producir y con ello sobrevivir. Estamos quienes buscamos ese excedente democrático. Probablemente, tanto en el mundo académico como en el de la comunicación, seamos muchísimos más de los que pensamos quienes reflexionamos, deseando casi lo mismo, expresado en términos distintos y en formas varias. El concepto excedente toma cuerpo —y sobre todo en su intencionalidad— en un pensador a quién citaremos, en una lista de citas que se seguirán a continuación, como una suerte de diálogo intergeneracional y de varios autores, como para dar cuenta que ya no somos solamente muchos, sino que existe una cuestión crónica en esta búsqueda, desde hace mucho.

El excedente (*Überschuss*) que constituye y mantiene el substrato de la herencia cultural es sólo creado por la influencia de la función utópica en las construcciones ideológicas de la vertiente cultural, porque sin la función utópica es inexplicable todo excedente espiritual respecto a lo ya logrado y existente en el momento. Toda anticipación se legitima así ante la función utópica y ésta hace suyo en el excedente todo posible contenido. Incluso también, el contenido dado en lo que un día fue interés progresivo, en ideologías no hundidas totalmente con sus sociedades, en arquetipos todavía abstractos, en alegorías y símbolos todavía estáticos (Bloch).

## Razones o problemas actuales que suscitan o promueven esa búsqueda de “excedente democrático”

Estamos desde el punto de vista del análisis del poder, en una situación completamente bloqueada, en este archipiélago de la governance la corrupción es el modo en el cual este proceso se socializa: donde en un tiempo se decía sistema democrático, hoy se dice sistema de corrupción, porque el sistema actúa fuera de cualquier medida, o mejor, determinando la medida desde el mando, no desde la regla, en un modo de funcionamiento de la governance opuesto a la máquina del estado de Derecho (Negri).

¿Quién es el sujeto actual de lo democrático o cual fue en su formulación teórica?

[...] El acto que instituye el Gobierno no es un contrato, sino una ley; los depositarios del poder ejecutivo no son los dueños del pueblo, sino sus servidores; puede nombrarlos o destituirlos cuando le plazca; no es cuestión para ellos de contratar, sino de obedecer, y encargándose de las funciones que el Estado les impone no hace sino cumplir con su deber de ciudadano, sin tener en modo alguno el derecho de discutir las condiciones (Rousseau, J.J., *El contrato social*).

El soberano es aquel que decide acerca de la excepción [...] el soberano está, al mismo tiempo, fuera y dentro del orden jurídico (Schmitt, 1932).

La soberanía es la fuente de la dictadura legítima de la violencia (García-Trevijano).

Comunidad que reclama (con éxito) para sí el monopolio de la violencia física legítima (Weber, 1919).

Formulación de la estrategia:

La forma en que al nivel de la filosofía política son definidas la igualdad, la democracia, y la justicia, puede tener consecuencias importantes en una variedad de otros niveles discursivos, y contribuir decisivamente a moldear el sentido común de las masas (Laclau, E., Mouffe C.).

## Propuesta:

La democracia es expectativa. La democracia no puede ser plenamente concretada dado que, en tal caso, se transformaría automáticamente en un absolutismo totalitario. En nuestra modernidad, el sujeto de la democracia es el individuo. Así ocurre desde la composición de los contratos sociales, que unificaron todas y cada una de las expectativas de los suscribientes (expresando medularmente lo filosófico, saldando la aporía de lo uno y de lo múltiple) en una voluntad mayor que mediante una representatividad, administra o ejerce ese poder que ha sido previamente legado. Extendiendo y, más luego, renovando las expectativas cada cierto tiempo al llamar a sufragio a todos y a cada uno de los contratistas, para que elijan a quiénes los representen en la administración de esa cesión de derechos cívicos y políticos.

De aquel tiempo a esta parte, nadie ha planteado aún que el sujeto histórico de la democracia debe dejar de ser el individuo. Nos urge el hacerlo, dada la problemática manifiesta y sistemática, en los diversos lugares en donde se lleva a cabo el ejercicio democrático moderno en los distintos puntos del globo. Ofreceremos una extensión necesaria de argumentación para sostener lo afirmado, sin que por ello nos acerquemos un ápice a demostrar el obvio y manifiesto, rotundo y contundente fracaso en que la democracia naufraga, producto de no modificar tal sujeto histórico; es decir, la individualidad en la que sostiene la legitimidad del pacto suscripto entre los ciudadanos y sus representantes. Como bien sabemos, esa legitimidad es la que cíclicamente cae en crisis cotidianas y que diferentes autores, tanto intelectuales como comunicadores, le ponen nombres varios y le dedican tanto extensas páginas de actualidad como de ensayos académicos, sin que puedan arribar a la sustancialidad de lo que diagnostican y abordan con taxativa precisión.

El sujeto histórico debe dejar de ser el individuo, para conveniencia de tal y para regenerar el concepto de lo colectivo. Independientemente de que estemos o no de acuerdo, desde hace un tiempo que el consumo (al punto de que ciertos intelectuales definan al hombre actual como *homo consumus*) y su marca, o registro, es la medida del hombre actual. Somos lo que tenemos, lo que hemos logrado acumular en esa voracidad teleológica o matemática de

contar, todo, desde nuestro tiempo, a nuestra infelicidad. Arriesgaremos el concepto de una existencia estadística, en donde desde lo que percibimos —de acuerdo al tiempo que trabajamos, pasando por lo que dormimos o invertimos en distraernos hasta los números en una nota académica, en un acto deportivo, en una navegación por una red social para contar la cantidad de personas que expresan su satisfacción por lo exteriorizado—, todo es número. Nos hemos transformado en lo que desde el séptimo arte se nos venía advirtiendo desde hace tiempo en sus producciones de ficción. Somos un número, gozoso y pletórico de serlo. El resultado final de lo más simbólico de la democracia actual también es un número (el que obtiene la mayoría de votos) sin que esto tenga que ser lo medular o lo radicalmente importante de lo democrático.

Diferentes manifestaciones sociales y históricas se definieron en tríadas de conceptos como: “Libertad, Igualdad, Fraternidad”, “Pan, Paz y Tierra”, “Sexo, drogas y rock and roll”, “Tierra, Techo y trabajo”. Hoy podríamos estar subsumidos en una conceptualización que diga: “Consumo, riqueza y notoriedad”.

El excedente democrático que proponemos debería hacer entender a quiénes legítimamente esto puedan pretender y usen para ello el canal de lo democrático, que existen millones más a quiénes les estamos sacando la posibilidad de expresarse y de que sean visibilizados; que más temprano que tarde, pueden venir a preguntarnos ¿qué es lo democrático?





### **Culpables hasta que se demuestre lo contrario**

Tanto la Declaración de los Derechos Humanos como la Convención Americana son claras y explícitas en referencia al principio de presunción de inocencia. Acendrado en máximas del derecho como «indubio pro reo» y «onus probandi», la consagración de esta formulación metodológica (dado que no deja de ser tan solo esto) del derecho a la defensa surge como reacción a un estadio anterior en el campo del derecho penal, que fue el proceso inquisitivo. Transcurridos siglos desde aquel entonces, y tras los desequilibrios que producía el uso y abuso del mecanismo modificado, consideramos conveniente que, dentro del campo del funcionariado político (al que se accede, exclusivamente, haciendo uso de la soberanía delegada o mediante el sistema electoral) que se reinstauren «los juicios de residencia», caracterizados—precisamente—, por ser lo contrario a lo que se entiende como «presunción de inocencia». Partimos de la base de que lo normal (es decir, sobre lo que actúa el derecho) fue modificado ostensiblemente en cuanto al gobierno y la comandancia de la cosa pública. Dentro de esta modificación sustancial del principio de inocencia, el político es el único sujeto pasible y podrá ser considerado culpable de la figura legal de «democraticidio» hasta que demuestre lo contrario.

A lo largo y a lo ancho de Occidente, desde que el principio de inocencia se sostiene, nos despertamos con noticias acerca de denuncias, de idas y de marchas judiciales sobre tal o cual presidente, legislador, gobernador, intendente, concejal o cualquier tipo de figura política que —asumiendo un rol en el manejo de la cosa pública— sacó provecho de la legitimidad de su representación para lograr una ventaja personal. Por lo general, se corresponde con una acumulación de bienes materiales o con el provecho puntual y específico de obtener un goce, que puede ser espiritual, pero obtenido mediante la vulneración de la confianza pública.

Arrecian en las redacciones de medios de comunicación (tanto en los tradicionales como en redes sociales) los datos más o menos

cercanos a una verdad—siempre a probar—, que nunca alcanzarán en tiempo y forma a dictaminar justicia sobre el acusado y el colectivo afectado: sus representantes. En el mejor de los casos, las fuerzas políticas que se turnan para comandar estas denuncias de “hechos de corrupción”, como lo llaman o sindicán, redactan algún proyecto para que, en caso de ser probado el acto, los bienes sustraídos vuelvan al erario público.

Como si fuese un capricho del destino —y por más obstinados que estemos en no creerlo—, se esfuerzan para que pensemos en la existencia de las clases sociales. La radical importancia de lo sustraído no es el bien (por más que este se valúe en cientos de millones), sino la confianza que se roba un político horadando al sistema democrático. De allí que establezcamos la tipificación de este delito como «democraticidio».

Queda al margen de la discusión si la persona de Estado tiene que predicar con el ejemplo y hacer de su vida un testimonio por intermedio de sus acciones (y, por tanto, que gran parte de su vida privada sea precedente de su comportamiento público). Queda afuera, también, la aporía de si el poder corrompe o devela un comportamiento. Nos ajustamos a la realidad: todo puede ser, hasta que en el ámbito público no se desate un escándalo. No importa si el que accedió es pederasta o criminal; de modo contrario, al menos se debería hacer un test de personalidad a los funcionarios. Lo gravoso de este derrotero no es únicamente lo lesivo, la producción del escándalo, sino lo que se genera luego o —para decirlo más claramente—lo que se viene generando con la sucesión de escándalos políticos en el mundo occidental, habiendo birlado la confianza pública, vejándola para obtener pingues posicionamientos sectoriales o beneficios espirituales y materiales.

¿Acaso no cree usted que el descreimiento hacia los regímenes democráticos está vinculado, directamente, con los actos de corrupción que se transmitieron en vivo, a través de diferentes medios, desde el momento de la denuncia hasta el estado de no justicia, de no cierre, o de sospecha permanente cuando un político fue juzgado?

Tendremos que volver a lo que se plantea modificar: el —para nosotros— viejo, esclerotizado y occiso universalismo del principio de inocencia, que le corresponde a los políticos, posee al fundamen-

to del «onus probandi» como uno de sus ejes. Este radica en un viejo aforismo de derecho que expresa que lo normal se entiende que está probado y lo anormal se prueba. Por tanto, quien invoca algo que rompe el estado de normalidad, debe probarlo («affirmanti incumbit probatio»: “A quien afirma, incumbe la prueba”). Básicamente, lo que se quiere decir es que la carga o el trabajo de probar un enunciado debe recaer en aquel que rompe el estado de normalidad. En Academia, el «onus probandi» significa que quien realiza una afirmación, tanto positiva como negativa, tiene la responsabilidad de probar lo dicho. Entre los métodos para probar un negativo, se encuentran la regla de inferencia lógica, modus «tollendo tollens» (que es la base de la falsificación en el método científico) y la reducción al absurdo.

¿Acaso, por más que sea lamentable, no es esto lo normal (lo probado, lo sospechado, lo que se cree en relación a que un político nos roba, o a que se aprovecha para beneficio propio por medio de su condición) y lo anormal es que se maneje honestamente y no se aproveche?

Como pudimos comprobar, el mismo principio de «onus probandi» es el que podría sostener la modificación. Lo que se ha modificado es la circunstancia política, que pasó de ser un concepto para gobernarnos a un modo de sobrevivir.

Los viejos juicios de residencia se hacían en obediencia a la Corona. Lo que hemos modificado es el soberano, quién en la actualidad es el pueblo (¿lo es?). A lo que tenemos que volver es a establecer esta institución de justicia antes de que el «democraticidio» nos sitúe en una posición de la que no podamos regresar civilizadamente.

Cada autoridad que termina de imponer su cargo debería ser sometida a un juicio de residencia. Las autoridades no podrían moverse de su lugar físico mientras dure la investigación en relación a su desempeño. Este es sumario y público. Terminado el juicio, si fuera positivo, la autoridad podía ascender en el cargo; en cambio, si hubiera cometido errores o ilegalidades, podía ser sancionado con una multa o con la prohibición, de por vida, de ejercer un cargo.

Todos (y esto sí es universal) somos responsables de hacia dónde estamos dirigiendo al mundo y, por tanto, nunca señalamos lecturas clasistas. El político, que puede ser cualquiera de nosotros, quiere acceder a la posición de tal no por su expectativa de conducción

colectiva, de su vocación por el bien superior o de su aspiración al bronce de la historia, sino que quiere, en un principio, cambiar su realidad personal. Si esto no lo terminamos de asumir, terminaremos con la democracia y caeremos en el escalón más bajo de una lucha de todos contra todos en los reinados y reductos de la violencia como última o primera razón.

### **Al sistema se lo socava desde adentro, como a los castillos de arena**

Es pleno verano en Europa: ni el terrorismo ejercido, la propagación de la acción en sí misma—es decir su potencia—, ni siquiera sus actos en sí (por más que produzcan muerte) logran conmover a este balneario de la costa del sol de España. Frente a mí, una pareja a centímetros del mar degusta un champán en maridaje con jamón ibérico y fresas. Deben tener el Maserati o la Ferrari estacionada, también a centímetros de una casa de alta costura, en la que visten—pese a estar en calidad de bañistas— alguna de sus tantas emblemáticas prendas.

Es en Puerto Banús, en Marbella, pero bien podría ser en Ibiza, en Mallorca o en cualquier otro sitio en donde el europeo de clase media-alta pase sus horas en el estío.

Mi perspectiva es otra, de allí que incluso estas líneas las escriba desde una primera persona, siempre lo hago por intermedio de un plural, dado que considero que soy hablado, como hablo en representación de tantos otros. Sin embargo, en tal atalaya de la opulencia conjugada con el privilegio de la naturaleza, me siento en soledad. Por esta razón, busco a quién llevé, dado que presumía que esta invasión de no estar acompañado podría atentar contra mi integridad mental, a mi hijo de nueve años, quien a metros de mí, construye un castillo de arena. Admiro su fruición en intentar que las olas del mar no derriben su construcción. Para ello, edifica una suerte de paredón para que el oleaje no haga añicos su obra.

Tengo que intervenir. El famoso rol de Padre que me corresponde, que elegí desempeñar para con él y el único aspecto que tal vez me interese desandar, plenamente como ser humano. Sin que

lo perciba, empiezo a cavar profundamente, no tan próximo a su castillo. Pasan algunos minutos y varios senegaleses venden imitaciones de las marcas de casas de alta costura. Segundos antes de que mi obra culmine, mi hijo me pregunta qué estoy haciendo. Le digo, como la ocasión lo amerita (diría que el viaje, que mi rol de padre, que mi vida misma podría estar resumida en ese instante), solemnemente: “Al castillo, se lo socava desde adentro”. Tras estas palabras, todo se desmorona y el mar se lleva toda huella y todo registro de la creación.

Días antes, hube de utilizar tantas palabras, tiempo, conceptos entretejidos, citas textuales, paralogismos y demás recursos oratorios, con la excusa de presentar mi libro de ensayo de filosofía política en Madrid, para tratar de explicar eso mismo que refería a mi vástago, un día de calor, en uno de los centros de la aristocracia europea. Todo (para Occidente, el todo es el logos) cobraba sentido, precisamente por la verbalización, por poner en palabras la abstracción en conjunción con los sentimientos.

Mi hijo, con menos de una década en esta tierra, a diario comparte sus días con otros tantos congéneres y están tan cerca y lejos—a su vez— de otros niños a quiénes se les ha sacado la posibilidad de formarse, de pensar, de tener construida su dignidad. Y es doblemente significativo, que su argentinidad no tenga que ver con la siempre centralista perspectiva del porteño o del capitalino, que por más que se defina como de izquierda o progresista, nunca abandona su rol centralista, que lo define y, por ende, limita. Mi hijo se está criando donde las misiones jesuíticas entronizaron el sincretismo que legó nuestra actual forma de educarnos y cómo entendemos la forma de ganarnos la vida o de trabajar. No fue nada sorprendente que al regreso de Marbella, tras pasar —no casualmente— por la llamada provincia de Misiones, niños guaraníes, a la vera de la ruta (mientras la burocracia de los controles, que no controlan, nos hicieran esperar horas para ver tal vez sí traíamos un senegalés en las valijas que nos hiciera de doméstico o de guardaespaldas) nos ofrecieran, con monos en sus hombros como mascotas, vendernos plantas o cestos (uno no pide que alguien se preocupe por aplicar la Convención Interamericana por los Derechos del Niño, sino por preguntar al viento, si los jesuitas tuviesen razón en creer en la in-

mortalidad en el más allá, si estarían muy tristes al observar siglos después el fracaso, en el sentido lato, rotundo de sus misiones).

Aquello que el sistema imperante nos señaló y señala como misión, es precisamente el nudo gordiano de su engaño. Nosotros —y no por casualidad es el craso error en el que siguen creyendo los neomarxistas o como se quieran syndicar: de izquierdas, progresistas—, no tenemos que tutelar, que pensar o que representar, tal como lo pide la lógica de nuestros sistemas representativos, a los que están afuera. En la señalada presentación de Madrid, giré mi alocución bajo el término de límite, manifesté incluso que provenía del latín *limes*, cuando el Imperio romano tenía su límite occidental en Constantinopla, y horas —como también siglos— después, en la propia Estambul, el límite volvía a discutirse, bajo un supuesto intento de golpe de estado.

Los que así lo vienen haciendo, es decir, asumir que pueden representar, tutelar, pensar o sentir los intereses de los pobres o marginales, debieron construir esa falacia que encanta y enamora, a los que en verdad solo quieren veranear en Marbella y esgrimieron la disputa entre los de arriba y los de abajo, entre el poder que estaría detrás de las acciones políticas. Argucias que solo sacian sus intenciones ególatras, de percibir doctorados honoris causa, de salir en medios de comunicación o de internarse en los lugares en donde la pobreza azota en condición de turistas o para enajenar la energía de esa pobre gente para, luego, imperializarlos: transformarse en sus representantes, y construir una falsa épica, para decir que debe destruirse todo aquello que en verdad desean; cambiar las reglas de juego es lo único posible, para no continuar en una guerra inacabada e irracional con quienes ponen sus cuerpos como armas, para atentar contra esta vida en pos de otra en donde serán reivindicados por agredir a los responsables por acción u omisión.

Pensar la política —desde la lógica del adentro y del afuera— es un canal posible para dejar esa posición arrogante de creer que los que estamos adentro, es decir, los que comimos para poder pensar, podemos tener la integridad para representar a quiénes no lo pueden hacer (pensar o comer), estableciendo aquella falacia de los de arriba y los de abajo. Todos los que comemos y hemos comido para que nuestra mente funcione —es decir los privilegiados de este sistema—, aún incluso, y mucho más aún que ningún otro, los que se

ufanan en preocuparse por los que están afuera, por los que quieren tutelar y ganarse un lugar, más arriba que abajo, en nombre de los que no están en ningún lugar o mejor dicho marginados, sabemos que la política y por ende los políticos, prometen a sabiendas que no cumplirán.

La misión más razonable es que convenzamos a los que veranean en Marbella de que las reglas de juego que los depositaron en ese lugar, deben cambiar, de lo contrario, no habrá tal lugar. No debemos caer en el engaño de que el camino es convencer a los de afuera o, en su versión más falaz, a los de abajo para que disputen el arriba; caso contrario, los de afuera entenderán el límite como imposible de trasgredir y ni siquiera querrán entrar, sino destruir a lo que estamos dentro (esta es la lógica terrorista, que corrió el límite del sentido de la vida a uno de ultratumbas en donde se gratifica al agresor con vírgenes y alcohol).

Una de las tantas complejidades que acarrea la tarea de socavar, es que nadie o muy pocos pueden observar el trabajo que conlleva y hasta algunos, pueden llegar a endilgar que no estás haciendo nada, como lo vano que hacen de construir muros para evitar el oleaje. No tiene mucho sentido el recordar que el feudalismo terminó a causa de la peste negra, la cual destruyó el límite de que lo malo sucedía puertas afuera del castillo; responderán con las experiencias de las Revoluciones francesa y bolchevique, sin que se detuvieran a pensar que para que ello ocurriese, se debieron convencer a algunos (es decir, socavados) que otras tenían que ser las reglas de juego por más que las acciones para transformar la realidad fueran llevadas a cabo mediante la violencia.

Mi estadía en Marbella no me modificó al punto de considerar que estuve en un lugar en donde me gustase estar más que en otro, o que tuviera la necesidad de pasar más o menos tiempo como en cualquier otro sitio del planeta; lamentablemente para muchos, la cuestión pasa simplemente por el lugar, por construir fronteras de falsos límites de absurdos arriba y abajo.

El mar que baña las costas de Marbella se llevó puestos los restos del castillo, al que socavé desde adentro: mi hijo aprendió o asimiló cómo caen más fácilmente las construcciones, para repartir y dar de nuevo o cambiar las reglas de juego.

Marbella ya no será la misma. Yo seguiré, hasta que los de afuera estén adentro o hasta que los que estemos dentro, vayamos juntos al afuera; estar arriba o abajo, se los dejo a los bañistas, a los incautos que brindan con champán, o a los que los critican porque desean hacerlo y no pueden (por culpa o por otro tipo de impedimento). El castillo (sistema) volverá a caer desde adentro, no porque lo diga, sino porque es nuestra historia que, incansablemente, se repite como la marejada que se confunde en el horizonte con el viento.

### **Atravesemos el lago Constanza**

Tomé conocimiento de la presente leyenda, mediante Hannah Arendt, en su texto *La promesa de la política*; casi en su epílogo, ante una pregunta (creo que la nodal o sustancial, que hasta podría definir todo el pensamiento de la pensadora) “¿Tiene la política todavía algún sentido?”, responde con la metáfora haciendo hincapié en esta historia, de la que busqué algo más y que puede resumirse en lo siguiente que transcribo:

“Atravesar el lago Constanza significa, en Austria y en Alemania, pasar por un peligro sin darse cuenta. Peter Handke rememora esta leyenda en *El cruce del lago Constanza*: a medianoche un jinete iba en su caballo por el bosque y empieza a nevar. Se baja, camina jalándolo con la rienda y atisba a lo lejos la luz de una cabañita. Sigue en esa dirección y al llegar, toca la puerta en busca de cama y comida. Cuando el ventero sale le pregunta:

—¿Y usted por dónde venía?

—De allá —le dice el jinete y le señala el lago.

—No puede ser. El lago Constanza nunca tiene más de tres centímetros de espesor.

Entonces, el jinete se cae muerto”.

Es imposible no observar el relato en términos lacanianos; recordémoslo con el siguiente de sus apotegmas sobre una de sus obsesiones, tratar de explicar el deseo: “El deseo es siempre deseo. Significa: el deseo nunca se satisface, cuando parece cumplir su objetivo resurge con otro objeto y así ad infinitum.”



El jinete muere al enterarse que cumplió su deseo, su fin como sujeto “deseante”; es interesante el volver a leer la leyenda bajo el contexto político al que lo ató Arendt. La política nunca puede cumplir lo que promete, de lo contrario se muere o se transforma en no política, en una experiencia totalitaria, absolutista y violenta. La política, tiene que ser eterna promesa que prometa que dejará de ser tal. La política o, para ponerlo en términos actuales, lo que representa la política, la democracia o el sistema democrático, está condenada a ser lo incumplible, la utopía como definición de esa costa, a la que siempre parecemos estar dirigidos, destinados a arribar pero que, paradójicamente, se nos aleja a medida que parecemos acercarnos a la misma.

El mito de Sísifo es obviamente anterior y claramente fundacional de la leyenda del jinete. Recordemos que hizo enfadar a los dioses por su extraordinaria astucia. Como castigo, fue condenado a perder la vista y a empujar perpetuamente un peñasco gigante montaña arriba hasta la cima, solo para que volviese a caer rodando hasta el valle, desde donde debía recogerlo y empujarlo nuevamente hasta la cumbre y así indefinidamente. Es aún más alumbrador o, en verdad absurdo en términos filosóficos —es decir, razonablemente absurdo—, que haya sido Albert Camus quién mediante un ensayo, que hace homenaje al citado mito griego, espete con solvencia argumental que lo único que puede ser radicalmente importante para la filosofía es discernir acerca del suicidio.

Planteamos como traducción conceptual posible lo siguiente: todos los que caminamos por recomendación médica, por vernos mejor, por sentirnos mejor o para ser parte de la contradicción de la presente modernidad capitalista, de habernos convencido de la importancia de lo material y de que somos lo que valemos, cuando todo aquello que sigue siendo universalmente placentero y saludable, es accesible o gratuito (sexo, caminar, correr, tomar agua). De hecho en los gimnasios, las cintas para caminar o las bicicletas fijas, son precisamente lo simbólico de Sísifo, o para ponerlo en una figura más cotidiana, nuestra rueda cuál Hámster, por más que en vez de estar dentro de un recinto determinado para hacer actividades físicas, lo hagamos caminando bellos paseos costaneros o avenidas populosas o engalanadas.

Moriríamos los caminantes o los corredores si alguien con una bandera a cuadros grillada, en plena circularidad de nuestra actividad nos dijera que hemos llegado, que ese es el fin y lo sería en el más amplio de los sentidos, tal como le sucedió al jinete del lago Constanza y no a Sísifo, quien sigue llevando, incansable y absurdamente, la piedra.

Sabemos que el leitmotiv de lo democrático es seguir como estamos, entretenernos con posibilidades y caminos más o menos vinculados a un rincón u otro, pero que nunca nos conducirán a otra cosa de la ya conocida, de lo que conocemos y de lo que probablemente no queremos conocer.

Esa otra cosa, esa finalidad, dotada por nosotros como una cuestión de fe (como el religioso llama al después de la vida: cielo, nirvana, paraíso, edén, etc.), como una experiencia totalitaria, absolutista y privativa de los derechos elementales es la salida de lo democrático, que solamente nos funciona a un selecto grupo de privilegiados: una vida licenciosa de poder encargarnos de nuestros físicos, en cintas que no conducen a ningún lugar o en bicicletas fijas para quemar los excesos de nuestras dietas ricas, porque sus existencias son las muestras acabadas de la injusticia humana, en donde nosotros, todos y cada uno de los que podamos estar leyendo estas líneas, estamos en el mismo lugar, adentro del espacio de los privilegios.

Los políticos que mienten o que prometen lo que no cumplirán, condicionados por un sistema ad hoc, son nuestros cómplices, en verdad son nuestros mejores empleados, nuestros servidores más felpudos y leales. Saben que nosotros necesitamos criticarlos como los criticamos, casi despiadadamente, encarcelándolos a algunos, mostrando sus infiernos personales, haciéndolos públicos para que sigamos en el sistema de privilegios, en donde la gran mayoría que esta por fuera, no tiene la más mínima chance de ingresar. Nosotros le decimos que son los políticos, ellos les mandan la policía, todos nos encontramos en los caminadores públicos, nos saludamos socarronamente, estamos salvados: estamos en el mismo equipo. Los pobres no saben que ya atravesaron el lago de Constanza (este sistema nunca defenderá sus intereses, nunca los integrará) nadie se los dice y los que osamos hacerlo, somos desmentidos sistemáticamente, ninguneados y perseguidos, no vaya a ser que todo sea diferente

y los privilegios se administren bajo otras categorías, perspectivas o valores.

Lo más triste de todo es que, probablemente, los que digamos esto ni siquiera lo hagamos por hacerle un favor al pobre, seguramente lo hacemos para que los socios en el privilegio tomen más en serio a los que pensamos y trabajamos con las palabras, a riesgo de que ocurra lo inesperado o lo impensado. Este es el riesgo del uso de la libertad, el vértigo y la adrenalina que ofrece el salir de lo establecido, de lo rutinario, de lo obvio y de lo estructurado; podría ser el único sentido que tenga una vida, por más que esta decisión cambie vertiginosamente los rumbos.

## **Carta abierta al club de Bilderberg**

Estimados, atento a las últimas reuniones por ustedes mantenidas y dados los resultados que acrecientan las posibilidades de que el sistema político-financiero y social —que sustenta las actividades que con tanto placer despliegan— pueda derrapar en un estado de cosas, en donde sus intereses serán los más afectados, les brindo lo que considero deben propugnar para que los líderes mundiales puedan sostener a tiempo la agonizante democracia occidental que aún nos contiene y sostiene.

Estamos en estos márgenes de excepción, en donde nuestros gobernantes se apoderan del poder, como siglos atrás lo hicieron con nuestras tierras, aduciendo que lo hacen por un bien mayor, tal como la espada cercenaba la cabeza de nuestros ancestros en nombre del mismo dios y reparte las migajas de sus sobras, a cambio del ultraje a nuestras mujeres, a nuestros niños, a nuestro tiempo y a nuestra visión del mundo. El único resquicio libertario, en esta fantochada en continuo, es no ser despedidos de la planta pública, por haber balbuceado algo que ellos o sus adláteres, puedan considerar ominoso. Resolver la duda filosófica por antonomasia, de acuerdo a Camus y suicidarnos ante un desahucio.

No tenemos voz, no tenemos voto, no tenemos esperanza, tan solo un vano recuerdo de la mutilación sempiterna a la que, oprobiosamente, transforman en un sistema político, con sus consabidas

instituciones y rituales sacrosantos. Esta latencia del horror en la que vibran nuestras fibras por lo que han hecho con nuestras vidas, algún día—como nos ha llegado que ocurrió en otras latitudes—, hará ebullición en lo que para algunos será una insurgencia, una asonada, una convocatoria a una desobediencia civil o un planteo secesionista para que toda esta energía manifieste la magnitud y la dimensión de lo que desde hace tiempo bulle, silenciosamente, y es permanente y sistemáticamente acallado, ocluido no ya en su razón de ser sino en su mera expresión, en su sola existencia.

“Si no puedes con tu enemigo, únete” es una de las máximas de Nicolás Maquiavelo en *El Príncipe* y desde este mismo axioma es que se propone —al pleno del célebre club— que dispongan la siguiente herramienta para que sigamos sosteniendo la democracia, como institucionalidad que dice servir a los intereses de las mayorías, pero que solo beneficia a los miembros del club y a quiénes desde allí se disponga beneficiar.

Ha llegado el momento de que dejemos de actuar como meros comentaristas de la realidad, como catedráticos de teorías perimidas que no se corresponden con lo que sucede en amplios latifundios del mundo, en donde millones de seres humanos perecen en la miseria más absoluta, y son vejados en su expectativa, por quienes se aprovechan de lo único intangible que poseen: la esperanza. La esperanza de ser iguales, de ser incluidos, de tener los mismos derechos que cualquiera, es el veneno más ruin y letal inoculado, por parte de los sectores interesados que pretenden un mundo para pocos, sosteniéndose en los que no tienen, prometiéndoles lo imposible. Esa promesa se maximiza, se hiperboliza en tiempos electorales; es el momento en dónde y cuándo, el vejamen en abstracto, se transforma en un delito permanente, se materializa en grado sumo, cuando los cancerberos del sistema (llámese referentes políticos, académicos o comunicadores) les ofrecen en sus hogares sobredimensionados de miseria, dinero, comida, bolsones de mercadería, elementos de construcción para que sus casas precarias sigan siendo tales, formalizar en el sistema laboral para legalizar la esclavitud moderna o, en el mejor de los casos, prometerles ruines mejoras salariales que nunca les alcanzarán para dejar de ser patológicamente dependientes. Hablamos de devolverle, al pobre lo que se le quitó, se le quita y se le sigue quitando; hablamos de suspender el delito permanente del

que es víctima desde lo institucional para que se lo reconozca como sujeto a ser compensado.

Es tiempo de que aquellos que sientan que la humanidad necesita avanzar por otros senderos, abracen esta posibilidad, que es ni más ni menos que plantear reglas de juego diferentes, que de una buena vez por todas, ponga las necesidades más urgentes como prioridad. Si no reaccionamos a tiempo, no tendremos un mañana en donde las diferencias se planteen en términos democráticos o de diálogo. Aquellos a los que se les saca todo, nos vienen advirtiendo que ya se dieron cuenta, lo saben, y de diferentes maneras lo están haciendo saber: cada elección que pasa es una oportunidad más que dejamos pasar, para que se siga construyendo ese día de juicio final, en donde ninguno de los que estamos del otro lado tendremos posibilidad de defensa alguna.

Desde hace décadas que, tanto la ciencia política como su enfoque desde lo filosófico, se debe o debe resignificar el contrato social, redefinir el principio de igualdad y acotar el significante extenso y polisémico de lo de democrático, para consignarle un valor diferente, sobre todo para aquellos que el estado los tiene para la obligación sin velar por sus derechos.

Sin otro particular, los saludo atentamente.

## **El derecho a la desigualdad**

Derecho, del latín *directum*: propiedad natural, dentro de una artificiosa convención. Si etimológicamente implica una direccionalidad, la naturalidad del mismo se debe a una preconcepción, que como tal, puede ser como no puede ser natural. La calidad de contingente adquiere singular importancia ya que se busca justificar el sentido de inherencia. Precisamente el derecho al partir de una ambigua interpretación de la naturaleza del hombre o al partir de un supuesto dado, encuentra su naturalidad, no la del hombre, en la articulación teórica y práctica de un establecimiento amparado en la naturaleza esencial de la vinculación del hombre. El ente elucubrado sostiene su legalidad, entendida como esencialidad, en una voluptuosa organización que se retroalimenta en base de leyes,

fallos judiciales y poder político. Entonces si somos capaces de criticar la raíz de un programa, creado por y para su creador, el hombre, seremos capaces, moral y racionalmente hablando, de dilucidar a ciencia cierta qué nos favorece más, entendiéndonos a nosotros mismos como seres que tienen por naturaleza la posibilidad de adquirir y crear artificiosos elementos para nuestro bien.

De qué hablamos pues cuando aceptamos que los derechos del hombre naturales e imprescriptibles son: la libertad, la propiedad, la seguridad y la resistencia a la opresión. O peor aún, cuándo se apaña el adagio de que todos los hombres nacen y viven libres e iguales en derecho.

Todos, uno por uno, al hacerse una idea de la existencia, como para luego ofrecérseles a los que oportunamente representarían los demás, se encuentran con una terrible confrontación o ante una grave falta de sentido común. Si bogamos por un bien común, dentro de un marco tanto de respeto como de saber, estaremos capacitados para entendernos, desde el punto de vista general o de la humanidad, como individuos engañados por naturaleza, porque para un observador ajeno o un ser de otro planeta, la existencia en términos generales representaría un engaño.

Hasta qué punto lo real o lo básicamente perceptible, es patrimonio de uno en cuanto sujeto y en qué momento este estado de cosas empieza a ser terreno de lo percibido. Sin ir más lejos, los elementos percibidos pueden llegar a dirigir el centro de nuestra atención. Decimos el centro de nuestra atención puesto que nuestro organismo, compuesto por varios órganos funcionales —que a su vez dependen de múltiples constituyentes coordinados—, funciona de una manera tal que reúne toda la serie de informaciones escogidas con el fin de, o la obligación de, tomar algún tipo de determinación. La cuestión empieza a consumarse cuando uno toma disparadores secundarios: son elementos presentes que actúan inmediatamente sobre lo percibido.

Es preciso reconocer que el desarrollo analítico de la temática llegó a un punto tal, que se deben escoger tópicos universales. Si partimos de lugares individuales, se deben explicar todos y cada uno de ellos y esta tarea resultaría imposible si las conexiones de lo mismo se dejan de lado. Por ello avanzar tras el obligado sitio se convierte en una necesidad y no en una opción.

Razón, sensaciones, conciencia, espíritu, esencia, voluntad, instinto, intención, ser. Términos que cobijan grandes construcciones teóricas tan pacientemente redactadas como impacientemente leídas y analizadas. De todas maneras, a un ser humano tipo no le alcanzaría el tiempo material como para vincularse estrechamente (esto implicaría el leer los tratados escritos en la lengua original, como así también los trabajos de los más renombrados comentaristas, escribir pensamientos originales al respecto, dar a conocer la novedad, ser escuchado, entendido e interrogado) con siquiera dos de una acotada lista de conceptos. Sin considerar, por supuesto, el hecho de que de la teoría a la práctica hay un gran trecho que, difícilmente y más en las condiciones anteriormente descritas, pueda transitar en el lapso de la existencia física de un ser humano común.

Todos los hombres desean por naturaleza conocer, reza el comienzo del primer texto, no solo estrictamente filosófico, sino rigurosamente científico hablando desde las formas. Esta afirmación desnuda la intención humana de aproximarse a una situación de conocimiento, desde una perspectiva tanto interior como exterior. Los límites del sujeto constituyen esa imposibilidad que se proyecta en la inconmensurabilidad del medio externo. Es decir, la incapacidad de aprehender, en su vasta amplitud, los misterios que forman parte de un ser que se relaciona obligadamente con un medio. El fin último de esta temática apunta básicamente a conseguir una suerte de seguridad, en tanto puede vencer las cuestiones que se muestran inexpugnables para el individuo. Algunos pensadores hablaron de tópicos de poder, otros de meros modos de manifestarse ante una situación. Desde nuestro modo de ver las cosas, lo radicalmente importante se centra en la intención y como esta se fue desarrollando a lo largo de la historia.

Todo configura un panorama positivo o voluminoso en la exterioridad del ser humano; en este mundo de lo técnico, tenemos la posibilidad de maravillarnos y de avanzar en la velocidad de la comunicación, en la seguridad de los elementos técnicos, y en el mejoramiento de la “calidad de vida”; también la imposición de un pensamiento laxo, contingente y asistémico. Pero con respecto a lo interior tanto la ciencia como el pensamiento, dejan un gran vacío el cuál se llena por una sombra muy flamígera y poco consistente. Hablamos de un Dios de la imagen, de una divinidad carente de

valores y rica en glamour, que imparte justicia según el valor exterior del individuo, que protege y juzga en la tierra según determinadas acciones que tengan que ver con un snob modo de ser. Este Dios es consecuencia directa, del ser omnipotente y fundador, que los científicos y pensadores crean para sostener sus respectivas teorías.

¿Qué significa el hombre en la actualidad? ¿Qué lo define en su dimensión más aseverativa o radical?

Creemos que, sobre todo desde el lugar del votante en Argentina donde quién suscribe, además sufraga, la idea de una persona, un voto, se utiliza haciéndonos creer que es un principio paroxístico de lo democrático. En verdad, hemos caído esa trampa teórica o dialéctica de que la igualdad —que siempre es en potencia, aspiracional, una relación con una meta de expectativa—, puede ser un elemento o principio real e inalterable, por tanto, inexacto. Hemos caído en la violencia de las mayorías, en la lógica de imposición, en la cosificación del votante, por el que se aumentan las promesas ficticias y deviene en todo un ejercicio de la dádiva y la prebenda electoral.

La igualdad republicana no es lo mismo que la igualdad de todos los hombres ante dios o que la igualdad de todos los hombres ante la muerte como destino (ninguna de las cuales tiene una relación o una relevancia inmediata respecto al espacio político). En cierto tiempo la ciudadanía se basaba en la igualdad bajo las condiciones de la esclavitud y en la antigua convicción de que no todos los hombres son igualmente humanos [...] Nacer igual quiere decir en términos políticos, igualdad en la fuerza con independencia de todas las demás diferencias [...] El peligro específico de los gobiernos basados en la igualdad es que la estructura de la legalidad, en cuyo contexto la igualdad de poder recibe su significado, su dirección y restricción, pueda llegar a agotarse (Arendt).

Consideramos que uno de los principios basales de las democracias representativas, el que determina: “Una persona, un voto”, debe ser reformulado porque mediante el mismo hemos edificado un sistema socio-político, que estableció, precisamente lo contrario (cosificación del elector, imposición de mayorías estableciendo sistemas gregarios, etc.). El derecho de lo desigual es, lo que ese estado —que primero lo tiene que reconocer o no ocultar, el cuál nace por un pacto o contrato— debe subsanar, equilibrar o compensar.



Blanquear la injusticia de que los ciudadanos no hayan sido tratados en forma ecuánime por ese estado por aquella falacia de finalidad —de considerar una persona un voto—, no haría más que ocultar los problemas (cuando no agravarlos) y desviar la atención de aquello por lo que un estado democrático debería bregar: igualdad en la fuerza con independencia.



## LA MUERTE DE LA POLÍTICA

### El estado ha muerto

El cadáver de la entelequia que surgió como tercero, no en discordia, sino para la concordia, ante la posibilidad de conflictos entre seres humanos, comienza a desprender un aroma putrefacto, fétido y hediondo. Ya es indisimulable el difunto, por más que no queramos o no lo podamos creer, el occiso convive como tal entre nosotros. Ante la inminencia del inicio del proceso de duelo, las diferentes acciones se reproducen hasta el hartazgo, en distintos sitios de occidente por los medios de comunicación.

Sí hablamos en tales términos es porque vamos a reescribir parte de un texto que se dio a conocer como *De la Gaya Ciencia*, autoría de Friedrich Nietzsche, del que solo hemos suplantado las palabras Dios y religiosidad, por Estado y política. No creemos que se trate de una cuestión meramente semántica. Antes de la reescritura, queremos hacer la salvedad —para el lector más distraído— de que no estamos hablando de querer matar al estado; lo que decimos es que ya está muerto y por tanto, sería inútil querer vérselas con un cadáver (de aquí se podría entender el porqué de los fracasos fácticos de quienes proponen disolver el estado).

No habéis oído hablar de ese loco que encendió un farol en pleno día y corrió a la sede del gobierno gritando sin cesar: “¡Busco al Estado!, ¡Busco a Estado!” ¿Es que se te ha perdido?, decía uno. ¿Se ha perdido como un niño pequeño?, decía otro. ¿O se ha escondido? ¿Tiene miedo de nosotros? ¿Se habrá embarcado? ¿Habrá emigrado? —así gritaban y reían alborozadamente varios. El loco saltó en medio de ellos y los traspasó con su mirada. “¿Qué a dónde se ha ido el Estado? —Exclamó—, os lo voy a decir. Lo hemos matado: ¡vosotros y yo! Todos somos su asesino. Pero ¿cómo hemos podido hacerlo? ¿Cómo hemos podido bebernos el mar? ¿Quién nos prestó la esponja para borrar el horizonte? ¿Qué hicimos cuando desencadenamos la tierra de su sol? ¿Hacia dónde caminará ahora? ¿Hacia dónde iremos nosotros? ¿Lejos de todos los soles? ¿No nos caemos continuamente? ¿Hacia delante, hacia atrás, hacia los lados, hacia

todas partes? ¿Acaso hay todavía un arriba y un abajo? ¿No erramos como a través de una nada infinita? ¿No nos roza el soplo del espacio vacío? ¿No hace más frío? ¿No viene de continuo la noche y cada vez más noche? ¿No tenemos que encender faroles a mediodía? ¿No oímos todavía el ruido de los sepultureros que entierran a Estado? ¿No nos llega todavía ningún olor de la putrefacción estatal? ¡También los conceptos colectivos se pudren!, los contratos perecen o se dejan de cumplir ¡El estado ha muerto! ¡Y nosotros lo hemos matado! ¿Cómo podremos consolarnos, asesinos entre los asesinos? Lo más sagrado y poderoso que poseía hasta ahora el mundo político occidental se ha desangrado bajo nuestros cuchillos. ¿Quién nos lavará esa sangre? ¿Con qué agua podremos purificarnos? ¿Qué ritos expiatorios, qué juegos sagrados tendremos que inventar? ¿No es la grandeza de este acto demasiado grande para nosotros? ¿No tendremos que volvernos nosotros mismos estado para parecer dignos de ella? Nunca hubo un acto tan grande y quien nazca después de nosotros formará parte, por mor de ese acto, de una historia más elevada que todas las historias que hubo nunca hasta ahora” Aquí, el loco se calló y volvió a mirar a su auditorio: también ellos callaban y lo miraban perplejos. Finalmente, arrojó su farol al suelo, de tal modo que se rompió en pedazos y se apagó. “Vengo demasiado pronto —dijo entonces—, todavía no ha llegado mi tiempo. Este enorme suceso todavía está en camino y no ha llegado hasta los oídos de los ciudadanos. El rayo y el trueno necesitan tiempo, la luz de los astros necesita tiempo, los actos necesitan tiempo, incluso después de realizados, a fin de ser vistos y oídos. Este acto está todavía más lejos de ellos que las más lejanas estrellas y, sin embargo son ellos los que lo han cometido.” Todavía se cuenta que el loco entró aquel mismo día en varias sedes de gobierno y parlamentos y entonó ante ellas varias de sus reclamaciones más sonoras. Una vez conducido al exterior e interpelado contestó siempre esta única frase: “¿Pues, qué son ahora ya estas instituciones, más que las tumbas y panteones del Estado?” (Texto reescrito, básicamente se suplantaron las referencias de Dios y Religiosidad, por Estado y Política, Friedrich Nietzsche).

En este desafío textual, de conversar, discutir o reescribir al autor citado, recordamos que el párrafo, lleva como título “El Loco” y es a partir del mismo en donde se sintetiza el pensamiento del filósofo en la frase “Dios ha muerto”.

Creemos que la siguiente sería la respuesta y propuesta, de quiénes hoy reaccionarán a nuestro loco recreado, que afirma que el “Estado ha Muerto”.

### **Al loco de la política lo tienes que escupir**

Una de las tantas actividades que insospechadamente debe recolectar un mayor grado de incertidumbre en cuanto a sus resultados fácticos y comprobables, debe ser la construcción política desde un “no lugar” de poder, desde el llano o desde el camino propio. Si a esta aventura rayana con lo psicótico le agregamos escenográficamente un lugar con características conservadoras, como cualquier ciudad en Occidente, habría que ir a buscar a quienes desanden este camino para encerrarlos en un manicomio. Tomar esta prudente actitud cristiana no solo nos elevaría espiritualmente, sino que además serviría a la comunidad toda a los efectos de que no nos tuviéramos que cruzar con semejantes especímenes, que podrían afectar la moral, el pensamiento y el futuro de nuestros jóvenes. Así como no hace mucho tiempo atrás se logró vencer la lepra; así como se combate el delito: reprimiendo y encerrando al que está por fuera de la ley; así como se domestica al niño: metiéndolo en un jardín de infantes, para luego insertarlo en el sistema de control educativo, para que luego sea un engranaje en el sistema de consumo, y que esté enajenado en una fábrica o en una empresa; así tendríamos que hacer con esta clase de sujetos, castigados por una divina razón por Dios Nuestro Señor que, envalentonados por la acción de Satanás, intentan interceder en la política, en la sociedad, en nuestras costumbres.

Solo impulsados por una locura demoníaca realizan encuentros, labran documentos y envían a los medios el derrotero de sus acciones; hasta incluso piden ser tenidos en cuenta en los espacios comunicacionales sin doblar billete alguno. Es raro que aún no hayan sido víctimas de sí mismos (ya sea mediante la acción directa o por intermedio del abuso de sustancias, por ejemplo). Es raro que pretendan cuestionar desde un lugar de supuesta legitimidad, alegando una razón o varias razones; menos aun como se ha dicho en

sociedades occidentales que históricamente se nutren de sus capas geológicas de hombres nobiliarios: sin título habilitante, pero con reconocimiento para ello. Y más raro es que aún deambulen tratando de generar el imposible de la construcción de un espacio político —desde fuera de las reglas de juego impuestas— para que nos dirijan, sean nuestros próceres, nuestros prohombres, en definitiva, los hacedores de la política.

Pero, forzando un poco el pensamiento, está bien que den vueltas, que cada tanto nos encontremos con su molesta presencia a los efectos de que nuestras futuras generaciones sepan la triste vida que les puede esperar si no nos obedecen, si no nos hacen caso, si no son como tienen que ser, tal como el plan de Dios les tiene reservado su papel, regentado por nosotros, sus intérpretes.

Si usted ve a uno de estos imbéciles, escúpalos, de ninguna manera se prive de hacerlo, ni lo tome como algo ordinario. Manifiéstelo como una travesura, como una nueva forma de sacarse el stress y la mala energía, en definitiva, como un acto inocente como es darle de comer a un animal en el zoológico. Estos tontos se alimentan de nuestras sobras, de nuestra carroña, de lo que perdemos, y se ilusionan con que algún día podrán cambiar lo que nos ha sido dado y lo que mantenemos con prosaico orgullo. No piense en ningún instante que son unos vivos y que están actuando la situación como para no trabajar o como para no someterse a los dictados; no, están enfermos, la cabeza no les da como para vivir de otra manera que no sea con la estúpida ilusión de pretender otra cosa en vez de disfrutar lo que tienen, de conformarse, de gozar con lo que les tocó.

No se apiade ni tenga resquemor en escupirlos. Es lo que les hace el sistema, sabiamente, devolviéndoles con indiferencia sus proyectos, sus propuestas, sus escritos, sus gacetillas. Es lo que hacen nuestros sabios dirigentes que, por más que se dividan en las elecciones o en partidos, se unen para no dejarlos entrar, para burlarse entre todos de los loquitos, de los pelotudos, de los crotos, de estos enfermos que pretenden imposibles.

No piense que son pocos: son varios; por ello, alguien debía decir lo aquí expresado. Claro que nunca serán los suficientes y, por más que sean muchos, no tienen la capacidad de juntarse o de organizarse; solo pueden servir como mal ejemplo. Y no se olvide de darles la escupida, así les marcamos de cerca cómo los trata y los

seguirá tratando nuestro sistema. Nosotros, sus actores principales, debemos recordárselos con nuestra saliva a modo de alimento eucarístico.

No tema, no dude, no hesite: escúpalos. Ellos no tienen moral, no tienen dignidad, no tienen pasado, ni presente, ni futuro; en realidad, no tienen siquiera existencia, tan solo en este texto. Y hasta se atreven a decir y a exclamar en ciertos medios que nuestra casa, que es el Estado, ha muerto. ¿Quién si no un loco que merece ser escupido podría afirmar esto?

### **El pérfido engaño de afirmar que la política debe resolver los problemas de la gente**

De un tiempo a esta parte, desde el quehacer político tanto fáctico como intelectual, se consolidó una idea, principio o apotegma, que establece que la finalidad política por antonomasia, y por ende de todos y cada uno de los políticos que la ejerzan —o pretendan ejercer el poder—, consiste en otorgarle respuestas al soberano, individualizado o escindido de su parte de lo colectivo, o lo que en la práctica se conoce como “resolverle el problema a la gente”. De premisas falsas a conclusiones falsas.

¿Cuánto descreimiento hacia la política, lo político, lo democrático, usted considera que se le genera a cualquier persona que haya sido víctima de un episodio de inseguridad; y que desde esos sectores en donde se administra el poder o donde se ejerce la política, se le diga repetitiva y mentirosamente que le van a resolver el problema, que le van a poner policías o cámaras de seguridad allí donde cada ciudadano lo plantee (como si estas fuesen las soluciones, además), ya que, en definitiva, están pensando individualmente en este tipo de acciones para mantenerse en el poder o arribar a este? Hemos utilizado el ejemplo de la inseguridad como bien pudo haber sido usado el eje de lo laboral (aquellas personas que se acercan a los políticos o a la política para que les den trabajo, a ellos o a sus familiares cercanos) o la problemática de las adicciones o de las cuestiones económicas. Lo que queremos subrayar es que uno de los aspectos más perjudiciales del bajo nivel dirigenal, conlleva

a este tipo de situaciones que finalmente se pueden llevar puesta la institucionalidad toda.

Es decir, desde hace décadas no tenemos políticos, tampoco politólogos (aunque este campo es más difícil de aprehender como variante de análisis, pues difícilmente puedan hacerse ver fuera de sus reductos académicos) que le digan al electorado, al público, a la gente, a la masa informe, que pactan tácitamente para hacer posible o sostenible el contrato social, cuál es la única, y, a su vez, válida finalidad de la política.

Podemos entender que en el concierto actual de nuestra “tardo-modernidad” o “modernidad líquida” (dependiendo del autor de moda que leamos o que tengamos más a mano), se ha difuminado lo colectivo; y la categoría de lo individual o la individuación del individuo —valga la supuesta redundancia— ejerce una tutela opresora que es muy poco lo que permite. Entre otras cosas, no permite que podamos hablar por fuera de su ejercicio imperial. Pero, de todas maneras, en esta columna lo vamos a intentar.

Podríamos decir que el poder ha huido de aquellas instituciones —desarrolladas a lo largo de la historia— que ejercían un control democrático sobre los usos y los abusos del poder en los Estados-Nación modernos. La globalización, en su forma actual, implica una progresiva pérdida de poder de los Estados Nacionales, sin que (hasta el momento) haya surgido un sustituto efectivo de ellos (Z, Bauman, *Mundo Consumo*).

En este reinado de lo individual, que los políticos o la política no ha terminado de asumir (y que tiene sus explicaciones enraizadas en aspectos de toda índole, como podemos observar como aproximación en la cita ut supra), en vez de poner blanco sobre negro, se lo enturbia, o se lo disfraza flagrantemente porque no tienen ni idea de lo que está sucediendo, y esto es lo peor de todo.

En los actos o en las manifestaciones públicas, ninguno de los presentes está allí por una cuestión ideológica o de índole colectiva. Quienes hacen número para el acto de determinado candidato o partido, lo hacen por un contrato realizado con algún referente de turno que les dará, al terminar dicho acto, o un dinero en efectivo o la sofisticación de una promesa (es decir, anotarlos en una lista para que le den algo) y quienes no están en esos actos es porque no



pudieron conseguir nada para ellos o no están dispuestos a hacer lo que se les pide a cambio.

Como esta crudeza de la política, por sentido común, se la siente como impostada, como falsa (aquello de la lógica de las premisas falsas que llevan a conclusiones falsas), desde el pupitre de la política se insiste con esto, es decir, con el error, con la mentira o con lo no cierto o incierto. Se le dice y se le promete a un electorado que se le pondrá al policía o la cámara de seguridad en su cuadra, que se le dará el trabajo para el hijo del matrimonio, el tratamiento de adicción para la hija, la financiación para que cambie el vehículo al año y medio y que se lo beneficiará con el operativo de castración para su mascota. Cuando algo de esto falla, —planteado en este sentido siempre fallará todo, si se quiere—, este grupo de ciudadanos se siente estafado, siente que se le ha mentido y que es defraudado por la política y por sus políticos.

La política y, por ende, quienes se dedican a esta, persiguen la finalidad principal (o deberían, por naturaleza y definición) establecer un conjunto de reglas que fueran bastante justas o consensuadas como para que la mayoría de los que formamos parte de una comunidad determinada nos llevemos medianamente bien.

El resto es mentira. A días de una nueva elección, es importante que usted lo sepa. En caso de que seamos muchos los que nos evidenciamos ante mentirosos consuetudinarios, sería bueno que alguna vez pudiéramos hacer algo con ello.

## **El principio de incertidumbre y el olvido de lo democrático**

Tanto el axioma (también conocido como relación de indeterminación, y que es aplicable a la física al punto que es el sitio de partida de la división entre la clásica y la cuántica) como la frase de poesía filosófica que retoma una de las aporías filosóficas modernas, la del “olvido del ser”, no dejan de ser analizables y coordinados como elementos que surcan nuestras cotidianidades occidentales.

Cuanta mayor certeza se busca en determinar la posición de una partícula, menos se conoce su cantidad de movimientos lineales y, por tanto, su masa y su velocidad. Este principio fue enunciado por

Werner Heisenberg en 1925 y es conocido como el principio de incertidumbre. Asimismo, el contundente olvido del ser, pronunciado y profesado por el también alemán Heidegger, cuestiona en forma sustancial y elemental la propia historia de la metafísica, por no decir la historia misma.

No existe base de sustentación alguna por la cual podamos afirmar que pisamos sobre terreno firme, sin que en tal construcción de la superficie establezcamos parámetros absolutistas y arbitrarios para tal fin; sin que estos, en definitiva, resulten mucho peores en todo sentido para la humanidad, que tener que soportar, tolerar y asimilar que vivimos en la desesperación de lo que no tiene lógica o en el desmadre de la descontemplación de la orfandad más omnisciente.

Resulta de una extrañeza proverbial, sin embargo, que en el campo de las ciencias políticas, no entendamos que a nuestra institucionalidad democrática también le caben y le corresponden las generales de la ley de su naturaleza incierta y que, de los griegos a esta parte, hemos caído en un sustancial olvido de lo democrático, hemos suplantado su teleología conceptual por resultados cosificados que nunca podrán ser traducidos como tales.

En tiempos electorales, como situación democrática por antonomasia, en los que se acrecienta la aceptación de la mentira social (aquello de la hipocresía como parte de la educación como principio) o en los que todos hacemos de cuenta que participamos de algo que supuestamente es de todos, pero que en verdad es de pocos, algunos (los de ciertas inquietudes) tenemos la obligación de buscar las razones, los porqués. Y bien podría ser la presente una expresión tan burda como la verdad. Creemos que es inescindible la cuestión de que los seres humanos somos bisexuales por naturaleza y que por razones culturales nos engañamos ante esto, es decir, ante nosotros, lanzando una mentira social en la que supuestamente comulgamos todos, como en la política.

No pretendemos comprobar nada, por ello ni siquiera nos preocupa dotar de rigor lo que afirmamos. Lo que sí tenemos, por defecto, es que enumerar y enhebrar razonamientos que obran como argumentos ante lo que sostenemos. No decimos las cosas por alguna necesidad individual insondable, sino simplemente porque creemos que la razón nos asiste y hasta que no nos convenzan de lo contrario, no cejaremos en dar a conocer lo que pensamos.

No existe ninguna razón científica o suscripta por ninguna rama de las ciencias que demuestre de forma categórica que la sexualidad del hombre (entendido como género) tenga que estar circunscrita a patrones aceptables o inaceptables, normales o anormales, solo porque la unión entre células masculinas y femeninas (a través de una relación sexual) genere, en ciertas condiciones, un nuevo ser humano. Es decir, este hecho no significa que el universo de la sexualidad solo tenga aplicación en el campo de la reproducción.

No podemos soslayar que la sexualidad ha trascendido las alcobas o las sábanas, es decir, los comportamientos sexuales son catalogados y anatematizados por aspectos puramente culturales. La antropología ha determinado como principio que la prohibición del incesto es un patrón universal en todas las culturas humanas. Bastó tal definición —hasta ahora demostrable por notables antropólogos y por años de investigación— para hacer mella en lo sexual, para de allí desprender científicidad.

Es decir, todo lo que pudo haber acontecido en la isla de Lesbos, en Sodoma, Gomorra, en cualquier paraje occidental o donde usted imagine, en relación con lo sexual, es meramente una cuestión cultural (salvaguardando que las personas en cuestión elijan, es decir, que no estén sometidas por la fuerza o por la falta de maduración en cuanto a la edad que determinan los códigos) y las calificaciones que se desprenden de tales comportamientos quizás signifiquen mucho para las habladurías de barrio o para el psicoanálisis, pero no mucho más.

Y aquí radica una de las claves —si no la única— no solo por su vinculación con la política, sino por su definición más cabal: la sexualidad es un ejercicio, no una cartulina que uno debe llevar de acuerdo a como la practique o con quién. El poder no se pregunta o cuestiona si el que lo está ejerciendo amerita hacerlo, tiene condiciones intelectuales o es idóneo en algo. El poder y el sexo ocurren, no precisan explicaciones, por más que a uno no se las pidan y al otro sí, por más que a uno se lo persiga casi inquisitoriamente y al otro se le permita todo.

Por lo general, las prácticas sexuales que no son tan comunes o que, supuestamente, no están conformes a la de las mayorías, son analizadas desde tamices culturales, religiosos, psicológicos y desde todas las ramas imaginables. Pero con solo variar la óptica dare-

mos cuenta de que, en verdad, aquellos practicantes (sobre todo en nuestra cultura) de lo que consideran normal, permitido o heterosexualmente aceptable, pueden estar perdiéndose la posibilidad de explorar sus facetas —denominadas de formas varias— o sus ejercicios sexuales, más allá de los límites que se ponen o que la cultura les ha puesto. Es decir, no se puede refutar que, tanto el órgano sexual masculino como el femenino, al ser estimulados, frotados o contactados de cierta manera y con cierta frecuencia en un período determinado de tiempo, devolverá como respuesta fluidos, interacciones neuronales y un estado generalizado de felicidad, independientemente de que esa frotación la produzca un hombre, una mujer, un aparato, o una flor.

Podríamos continuar hasta el hartazgo enumerando esta suerte de aseveraciones, pero la cuestión no es tal, solo planteamos que tanto los homosexuales como los heterosexuales podrían estar perdiéndose experiencias, ya sea por decisiones personales o por tabúes culturales, pero no por ello deben estar catalogados sus comportamientos como antinaturales. Simplemente decimos que el hecho de que una mujer considere que el beso de otra mujer es parte de su sexualidad (lo mismo se aplicaría a los hombres), muestra lo más evidente que puede suceder con el hombre como género y como sujeto, y que una cultura que se precie de libertaria o que vaya hacia ello debería garantizarlo.

Aquí, nuevamente la política, casi con seguridad, no pudo aceptar la obviedad natural de la bisexualidad del hombre por el temor cierto a que la organización familiar no se hubiera podido consolidar de la forma en que está consolidada. A ello debemos agregarle factores de poder como la religión y la ética cultural sustentada en la temeridad de lo inexplorado (tanto el homo como el hétero, lo son porque deciden no explorar).

Necesitamos engañarnos y creernos felices; creamos un relato en el que no somos grises, sino blancos, y, los que no cumplen los mandatos, son negros y debemos excluirlos, ya sea en cárceles o con denominaciones, con etiquetas, con señalamientos. Para ello, también hemos creado la ciencia, o como las leyes: es un mundo que nos cierra, es un mundo cerrado.

En tal encierro delimitado por los barrotes normativos, nos concedemos supuestos recreos en los que nos facultamos o nos hacemos

creer que elegimos nuestro destino, nuestros gobernantes, nuestros proyectos o nuestras formas de ser en el mundo.

Si no podemos o no nos animamos a contar cómo ejercemos nuestra sexualidad, y no la vivimos de la forma natural en que deberíamos vivirla, ¿cómo podemos pedirles a nuestros políticos que cumplan sus promesas o sus palabras, que sabemos con pleno conocimiento que las dicen, pero que no las cumplirán?

Existe una explicación simbólica de por qué el humano tiene una tendencia al pesimismo que se sostiene en que no existe niño en el mundo que no nazca llorando (salvo los que nacen con problemas de salud) y más allá de que solo sea simbólica, no deja de brindar una sensación de verosimilitud.

En este caso, podemos concluir en que, si de un comportamiento tan privado nos fabricamos un relato de manera tal que nos sea más fácil nuestro día a día, nada nos impedirá continuar usando la “no verdad” o la mentira para construir socialmente, edificar sofisticados palacios —supuestamente amplios y participativos— en donde la palabra se cumple y en donde los más beneficiados son los más necesitados.

Tanto en la política como en el sexo no sabemos qué va a pasar, pero pasa o queremos que pase. Esto es, con taxativa precisión, el espíritu mismo del principio de indeterminación o de incertidumbre, es la prueba exacta de nuestros tiempos dentro de democracias inciertas.

## **El remedio democrático, ¿peor que la enfermedad?**

Sin que sea una cuestión gnoseológica, es probable que la filosofía política sea el escudo protector para sostener, argumentalmente, un estado de cosas que, bajo la petición de principios de la institucionalidad, nos remite obligadamente a posiciones dogmáticas que las traza o sitúa como indiscutibles. O en el caso de que permita su discusión, las condiciona o direcciona, imponiéndonos los términos de la misma o, incluso, las refutaciones que debemos usar para confrontarla.

Se deja en claro que la pretensión no es hacer ciencia ni discutir sobre esta, a partir de la premisa de que la filosofía política, de un tiempo a esta parte, no viene discutiendo nada —o casi nada— que establezca consideraciones radicales que propongan un estado de cosas (discutir la misma noción de estado dentro de ellas) que difieran, al menos discursivamente, de una inercia en la que se podría decir que estamos sometidos, desde los primeros libros de consideraciones políticas tal como las conocemos. Esto difiere de lo que ocurre, por ejemplo, en otro campo más extenso que el filosófico como es el ontológico, en el que las perspectivas no solo han sido y son de diversidades insondables, sino que además interpelan a la confrontación de la experiencia metafísica del fenómeno humano de cabo a rabo. Se entiende que podrán catalogarla como logomaquia o como pecaminosa por insustancialidad académica, sin embargo, el registro de los hechos de nuestras democracias occidentales actuales nos impele a pensar utilizando la filosofía política para ello, por más que —como se considera— esto mismo sea un oxímoron.

Si este campo nos está vedado o, por las propias imposiciones del poder está cerrado para que pretendamos hacer un análisis de lo político que vaya más allá de la filosofía política (que no filosofa políticamente), iremos por el sendero de lo que en la clínica se considera normal o anormal en términos psicológicos, de forma tal de encontrar en qué lugar del análisis estamos.

Para descubrir el comportamiento psicopático varios estudios e investigaciones determinaron el siguiente test:

“Una mujer está en el entierro de su madre junto a su hermana y de repente ve un apuesto señor apoyado en un árbol del cementerio mirándola fijamente. Está lloviendo y ella se acerca a él para refugiarse en su enorme paraguas negro. La mujer, sonrojada, lo mira intensamente... Durante los días siguientes lo sigue, lo busca, lo ve... y poco a poco se enamora locamente de él, pero nunca le dice nada. Un día, le pierde la pista. Lo busca sin éxito y pasan varios días sin volver a verlo. Un buen día la mujer mata a su hermana.”

La mujer mata a la hermana para volver a ver al hombre que la enamoró en el entierro de su viudo.

Tener una política o una representación de políticos psicopáticos sería que cada dos años o cada cierto tiempo solo ejercieran un

comportamiento democrático, que fuera solamente citarnos para votar, sin más.

Es increíble como un pueblo, en cuanto está sometido, cae tan repentinamente en un profundo olvido de la libertad, tanto que no puede despertarse para recuperarla, sometiéndose tan fácil y voluntariamente, que se diría al verlo que no ha perdido su libertad, sino ganado su servidumbre. Es verdad que al comienzo se somete obligado y vencido por la fuerza; pero los que vienen después sirven sin disgusto y hacen voluntariamente lo que los anteriores habían hecho obligados. Por esto, los hombres bajo el yugo, alimentados y educados en la servidumbre, se contentan con vivir como han nacido sin cuidarse de nada; y ni piensan en tener otro bien ni otro derecho que el que le fue dado, y toman por natural el estado de su nacimiento (Étienne de la Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*).

Si los ciudadanos no somos capaces de despojarnos de la servidumbre voluntaria y continuamos sometidos a políticos con comportamientos psicopáticos, eso no solo hablaría de nuestra enfermedad social, sino también de nuestro propio incumplimiento con la Constitución, dado que dejaríamos nuestra condición de seres humanos.

La única herramienta válida, tanto legal como legítima, para que exista la representación es la manifestación de la voluntad del voto soberano en el marco de elecciones libres que de tal forma constituyen la democracia expresada en su sentido lato.

Si hablamos de legitimidad, no solo debemos hacerlo diferenciándola de la legalidad, sino estableciendo una meridiana diferencia entre la legitimidad parcial versus la legitimidad absoluta. La primera es la válida y la única razonablemente cierta que puede otorgar el ciudadano a sus mandantes; y la segunda, la que cree tener el representado cuando absorbe la cesión de la ciudadanía para luego cometer los latrocinios por todos conocidos. Quien supuestamente controla —o controlaría— estos excesos es el otro poder de un Estado constituido que sería el Poder Judicial, cuyos miembros no son elegidos, paradigmáticamente, por el voto de la gente. Esta razón de la legitimidad parcial podría encontrarse observada explícitamente en que el ciudadano, al delegar su representatividad, lo haga no solo por el término de una elección a otra, sino tam-

bién bajo ejes conceptuales que vayan más allá de lo temporal. Un ejemplo concreto sería que los representantes no pudieran, es decir, tuvieran su legitimidad parcial o vetada para introducir reformas constitucionales o electorales. Los mismos que conducen el juego no deberían, asimismo, estar posibilitados para cambiar esas reglas a su antojo o discrecionalidad. Toda reforma debe ser ad referendum, bajo consulta obligada a la ciudadanía, de lo contrario se irrumpiría la parcialidad natural que nos insta como seres humanos. Todo lo absoluto, así se trate de una falsa idea de libertad, conduce inevitablemente a lo totalitario.

La democracia sí ha caído producto de los no manejos de cierta clase política en un juego maquinal como lo puede ser una tragamonedas o cualquiera que estipule el azar como factor determinante. Debe reescribirse, reinterpretarse, de lo contrario, sostener que lo político —mediante lo democrático— es un juego adictivo de cierta clase dirigente para con las mayorías, no tiene razón de ser; pues así como alguien sostuvo que Dios no pudo haber jugado a los dados con nosotros, no podemos seguir siendo siervos de quienes, muy probablemente, hasta no puedan estar libres de afecciones que les nublen el buen entendimiento.

### **Hitler y Jesús en un diálogo observado por Freud, acerca de los migrantes y de las miserias**

Resulta cada vez más complejo encontrar los sesgos de humanidad que nos barruntan tras el imperio de lo moderno, que nos somete a despresurizarnos de nuestras características más elementales como seres humanos. Quienes abonamos la interpretación de que lo más elemental o sustancioso del filosofar —por ende de lo humano— habita en el lenguaje poético, tanto en su musicalidad como en sus metáforas (en la combinación de las mismas), nos debemos una indagación de esta naturaleza, golpeando el sentir de la supuesta opinión pública o publicada, recreando personajes execrables, no para reconstituirlos o banalizarlos en su mal, mucho menos para ser acusados como promotores o exaltadores de terroristas o genocidas (como ya ha ocurrido, títeres mediante), sino simplemente



para evidenciarnos en nuestro cruento envilecimiento, que parece no tener fin. La cultura, también, entendida esta como la perpetración de conductas que muchas veces no se ponen en cuestión por su habitualidad inercial, colabora con su violencia deshumanizante, que nos acostumbra a convivir con nuestra parte más abyecta. La tauromaquia, en España, es el ejemplo más acabado, como el boxeo o las luchas libres de inocencia socialmente aceptadas y sumamente redituables en cualquier parte del mundo. Pero claro, seguirá siendo mucho más cuestionable el mencionar a un genocida, como el que mencionamos o el que recordamos, por intermedio de la palabra convertida en arte; y esto mismo habla de cómo y por qué estamos como estamos, tirando las sobras a los migrantes que huyen de las fronteras alambradas de un Occidente del que ha quedado una carroña nauseabunda que se pudre lentamente.

Diálogo Ficcional:

Jesús (interroga a Hitler en forma irónica): ¿Qué vas a hacer esta noche?

Hitler (sardónico): No recuerdo lo que hice anoche.

J (intranquilo): No, esta noche.

H (parco): Todas mis noches solo me llevan a un mañana.

J (con cierta lentitud): Pero hay noches y noches...

H (seguro): Claro, pero todas terminan en un mañana.

J (sagaz y con un ademán): ¿Y las mujeres?

H: A ellas les agrada la noche..., y viven cada imperio de la luna sin pensar en el mañana... (rompe con su frialdad sin perder el sesgo irónico) Y a usted, ¿qué le parecen los amigos?

J (sorprendido, realiza un gesto que denota vasta seriedad): Acompañan, ayudan, reconfortan y traicionan.

H (punzante): ¿Sufrió?

J (con la mirada fija en un punto): Sufrí para gozar y gocé de cada sufrimiento. De todos modos, nunca me decidí por ninguno de los extremos. (Sagaz) ¿A todo esto tuvo miedo?

H (con tono convincente): Por supuesto, las cucarachas me causan espanto.

J (intranquilo y con un gesto rápido): Hablo de otro tipo de miedo.

H (con ojos irritados y con un tono firme): ¡Ah, no!, por la noche también temo... a las cucarachas, por supuesto. (Mirando con curiosidad) ¿Y qué hay de sus amigos?

J (Baja la mirada y luego alza su mano derecha): Leales, convencidos, extremistas y excesivamente firmes, ni las traiciones pudieron doblegarlos.

H (sobresaltado y bastante apurado): Si tuviera que elegir entre una manzana y una naranja, ¿con cuál se quedaría?

J (más que convencido, contesta en forma lenta y doctrinal): De las dos haría un único fruto... Ante tal situación, ¿usted qué haría?

H (amaga a pararse): Sin duda me comería la manzana y regalaría la naranja a alguna mujer que guste de la noche. Ahora que recuerdo, ¿qué hará esta noche?

J (se para): Tratar de convertirla en día para transformar a los traidores en amigos y a las manzanas y naranjas en un único fruto, ¿qué te parece?

H (también de pie): No sé, yo me conformo con huir de las cucarachas y esperar en la noche la llegada del día.

Freud (intranquilo, se para e interrumpe): Señores, creo que hablan lenguajes diferentes, ni siquiera el uno como el otro se han esforzado por comprenderse; iluminemos este oscuro sendero... (con un gesto animoso) Cuente un chiste, ¿amigo?

J (más que animado): Tengo uno, ¿Saben cómo le dicen al hombre? Trabajador... Porque pasa ocho horas en un oficio, otras tantas duerme y las que restan las comparte con sus iguales.

Las risas se extienden a granel.

H (con la sonrisa aún dibujada en el rostro): Yo tengo otro... ¿Cómo le dicen a la mujer? El ser perfecto... Porque son bellas, inteligentes, dan vida y terminan con un hombre.

Nuevamente risas en general.

Freud (con seriedad): De acuerdo a sus...

J (interrumpe a Freud y dirigiéndose a Hitler): Espere, espere, ¿ya recordó lo que hizo anoche?

## Poemas finales que se han encontrado y que testimoniarían la existencia verídica de este diálogo

Al ver asomar una pálida luz  
Los temidos espectros en tierra reinaban  
Bajo llantos y vestidos de sangre con fuerza me sacaron  
Costumbres y modos sin detrimentos imponían  
Somético a vil debilidad, avancé obstáculo tras obstáculo  
Maniáticos de la procreación resultaron ser  
Cada temor una queja despertaba, las ilusiones devenían en lúgubres noches  
Conseguían saciar la gula de sus caprichos  
Durante años coseché la importancia del dolor y ante tanta obscuridad una luz traicionó  
Transitaban vastos senderos, levantaban con herejía ambiguas banderas  
Mi lucha acrecentaba como cascada las piedras de argumentos  
Nadie juzgaba a las pendericeras, ególatras y soberbias, diseminaban su hez  
Con el mal mayor me topé y demostraron su inabarcable poder  
Ser un líder como pena mayor, por pura perfidez  
Pese a intentar un desertor del destino ser, jamás opción tuve  
Disputas intestinas poseían y me otorgaron un mando  
Mis temores, dudas y vergüenzas canjeados fueron  
Oropes, signos y uniformes a cambio recibí  
Por mi deber, imposición mediante, mi alma reciclé y bajo una máscara  
Teñida de espanto y de dolor un cometido cumplí  
A las miserables y abyectas criaturas nada les importó  
Y como un ogro feroz mi imagen en la tierra se difundió  
¿Quién podrá sacarme el espanto y el dolor, de haber sido una burda marioneta?  
Recompensarme por tanto sacrificio ajeno, y aún tener que ver como los millones de insectos  
Qué dolor, espanto y responsabilidad me dieron, siguen viviendo amparadas bajo  
Las bondades del sol.  
Cena o almuerzo en nada modifican    De polvo son

El cuerpo tirano, lo mismo los elimina      Un soplo los derriba  
 Faltan amigos en esta gran cita      Con una coraza arman  
 Ustedes me quedan, la traición no se limita      Pero con sus ojos  
 arriba miran  
 Vino o agua, la sed por ellas grita      a nada importa, mis deseos o  
 pasiones  
 Esclavo, rey o ermita      La mujer me excita  
 Da igual      Y el hombre pena brinda  
 Por fe me crucifican      Mi padre no oye las quejas      de mi cuerpo  
 Manzana traidora, serpiente venenosa      Rezan por fe  
 Por culpa de ellos      Pecan por la carne  
 A un calvario penoso      Con la diestra saludan  
 Con espinas y coronas      Y con siniestra olvidan  
 Que el peso de sus bolsillos  
 A costa de dolores aumenta día a día

### **Indefensión política: concepto jurídico y político**

“La indefensión es un concepto jurídico indeterminado referido a aquella situación procesal en la que la parte se ve limitada o despojada por el órgano jurisdiccional de los medios de defensa que le corresponden en el desarrollo del proceso. Las consecuencias de la indefensión pueden suponer la imposibilidad de hacer valer un derecho o la alteración injustificada de la igualdad de medios entre las partes, otorgando a una de ellas ventajas procesales arbitrarias” . La indefensión política es una construcción conceptual —o un neologismo— al que tenemos que acudir para describir la situación en la que los ciudadanos de diversas comunidades de sitios varios de Occidente, ven conculcados sus derechos básicos y elementales, como el de tener un trabajo digno, el acceso a la salud y a la posibilidad de tener un sustento económico que no lo transforme en un marginal o en un producto residual del sistema imperante.

Esta categoría jurídica —la de la indefensión jurídica— deber ser asimilada normativamente, debe ser contemplada en la letra de los diferentes compendios legales de los distintos países que se precien de respetar irrestrictamente los derechos básicos universales.

El estado de indefensión jurídica debe corresponderse con que el ciudadano, o colectivo de ciudadano afectado, no encuentre dentro del sistema político del cual obligadamente es parte, una posibilidad de respuesta. Es decir, y como para que quede absolutamente claro, en ningún caso puede ser variante partidaria o ideológica o ariete partidocrático el alegar esta situación de indefensión, sino que por definición es precisamente la orfandad, clara, prístina, contundente y meridiana, en que los o afectados, o se ven o se sienten sometidos ante su estado rector, que paradójica o perversamente, fue creado y es sostenido para resolverle los problemas que tuviere u otorgarle una mejor calidad de vida democrática.

El bien jurídico mayor de cualquier ciudadano ante un derecho colectivo es que le sea garantizada una vida en democracia y, cuando esto no ocurre, el mismo ciudadano debe agotar todos los recursos necesarios para llevar adelante este reclamo en todas las sedes y ante todas las instancias judiciales de su país así como de los diferentes países que conformen instituciones internacionales en defensa de los derechos universales del hombre en cuanto género. No podrían objetarse ante esto cuestiones metodológicas o de fueros; la justicia, en cuanto tal, debe preservar y hacer cumplir el precepto democrático por antonomasia que es que la ciudadanía o el ciudadano afectado vea, cuando su tema no es abordado, que no se encuentra en este estado de orfandad o, tal como lo definimos para que esté contemplado legalmente, de indefensión política.

Si los ciudadanos no somos capaces de despojarnos de la servidumbre voluntaria y continuamos sometidos a conceptos políticos que vienen desde hace siglos atrás, y que ni siquiera pueden ser discutidos en los ámbitos académicos, esto no solo hablaría de nuestra enfermedad social (como una especie de síndrome de Estocolmo en el cual nos hemos encariñado con quienes nos someten), sino también de nuestro propio incumplimiento con nuestros cuerpos legales occidentales, que nos hablan, en términos más o menos similares, de conceptos como la libertad y la justicia, dado que de un tiempo a esta parte estamos dejando, a jirones, nuestra condición de seres humanos, al ser víctimas o cómplices de tantas situaciones inhumanas que padecemos o de las cuales somos testigos mudos o tartamudos.

Antes de justificar, ya sea la violencia como último reducto de la razón de las cosas o incluso el derecho a la resistencia o la sedición, debemos establecer en nuestros organismos multilaterales de defensa de los derechos humanos que esta figura legal sea establecida con claridad y facilidad de acceso para todos aquellos ciudadanos del mundo que crean y sientan que sus necesidades políticas están a la intemperie en la incertidumbre más extensa y sideral por parte de un sistema político que les ha prometido —y le sigue prometiendo— como un abuso casi perverso de la expectativa, precisamente lo contrario.

Este sistema, que ha encontrado en la política la forma menos problemática del día a día de la mentira necesaria para la humanidad, hizo surgir la democracia como alter ego de un sistema perfecto. En este, todos debemos decir y sentir lo mismo, trabajar en una igualdad inexistente, en una similitud de condiciones para la letra muerta de lo que llaman “ley”, que luego será interpretada por otro grupo de privilegiados que nos dicen cuánto le corresponde de castigo al que hizo expresa la ruptura con el pacto social, al que se salió del acuerdo tácito del “está todo bien”.

Y cambiar la ecuación democrática sería simplemente poner en blanco sobre negro que para esta democracia en la que nos hace vivir la clase dirigente, la igualdad ante la ley y ante las oportunidades es una mentira cada vez más flagrante y cada día menos verosímil. Una clase dirigente a la que sí le sirve vivir en estas condiciones porque son los que más cobran, los que más beneficios tienen, etc. No por casualidad, en lo más granado, al menos, del poder simbólico, se hable, se trabaje con la palabra, con el encuentro de esta, en los pactos para el crecimiento, en los ámbitos de consenso en el disenso. Palabras violentas, como lo sabemos, y como lo dicen quienes ya lo pensaron antes:

Cualquier palabra es violencia, una violencia tanto más temible cuanto más secreta, es el centro secreto de la violencia, violencia que se ejerce sobre aquello que la palabra nombra y puede nombrar sólo privándolo de la presencia; esto significa que cuando hablo hablo la muerte (esta muerte que es poder)... siempre orden, terror, seducción, resentimiento, adulación, iniciativa; la palabra siempre es violencia, y quien pretende ignorarlo y tiene la pretensión de dialogar añade la hipocresía liberal al optimismo dialéctico, según el

cual la guerra es simplemente una forma de diálogo (M. Blanchot, *L'infinito intrattenimiento*).

El discurso, si es originariamente violento, no puede otra cosa que hacerse violencia, negarse para afirmarse, hacer la guerra a la guerra que lo instituye sin poder jamás, en tanto que discurso, volverse a apropiarse de esa negatividad. Sin deber volvérsela a apropiarse, pues si lo hiciese, desaparecería el horizonte de la paz en la noche (la peor violencia, en tanto pre violencia). Esta guerra segunda, en cuanto confesión, es la violencia menor posible, la única forma de reprimir la peor violencia, la del silencio primitivo y pre-lógico de una noche inimaginable que ni siquiera sería lo contrario del día, la de una violencia absoluta que ni siquiera sería lo contrario de la no violencia; la nada o el sinsentido (Derrida, *Violencia y Metafísica*).

Acceder a la posibilidad de justicia política, una justicia que de alguna manera replique esa expresión tan deseada de una paz perpetua a nivel político, tal vez sea el último blasón en el cual la democracia, tanto como idea, como sistema y como referencia pueda ser sostenida antes que la iracundia de los desposeídos, los desclasados, los marginales y todos aquellos que son víctimas políticas —y lamentablemente cada día son más—, de “esto” que ya está instituido, que les dice que reina para su beneficio, nos empujen a un estado de “supervivencia del más apto”, en el que la palabra no tenga mucho mayor sentido que el de expresar un pedido de ayuda, socorro o clemencia.





## LA RESURRECCIÓN DE LA POLÍTICA

### Lucidez democrática

La democracia necesita de sus hombres más lúcidos para no derrapar en profundizaciones que la terminen por distorsionar del todo. Desde el fin de la gran aporía política del último siglo que no debe existir ninguna alocución o interpretación de ningún pensador actual que no refiera a los problemas de nuestras democracias, líquidas, inacabas o inciertas (a cada término le corresponde casi una línea de pensamiento que confluye en conclusiones semejantes) que, proyectadas en sus problemáticas o en que no podamos interpretar las contradicciones en sí mismas, terminaremos muy probablemente —como nos profetiza otro de los tantos renombrados politólogos o filósofos de la política, Žižek— reproduciendo lo que Hollywood viene filmando como un futuro próximo: las guerras facciosas entre humanos por recursos básicos, y que son generadas por las profundas desigualdades que la democracia —en nombre de su valor— promete atacar o reducir y no hace más que profundizar. De hecho, este autor citado se postuló en su país como candidato a presidente y, más allá de no haberlo sido, creo que el éxito ya estuvo en su presentación, porque es vital e indispensable que los hombres y las mujeres que se consagraron al saber venzan los obstáculos y los prejuicios y puedan meterse en el barro de la política para tratar de sacarla, precisamente, del fango en el que cada vez más se introduce.

Las tradiciones carecen de poder, pero la cultura también. No puede decirse que los individuos estén privados de conocimiento: cabe afirmar, por el contrario, que en Occidente, y por primera vez en la historia, el patrimonio espiritual de la humanidad está íntegra e inmediatamente disponible. La empresa artesanal de los Enciclopedistas ha sido sustituida por los libros de bolsillo, los videocasetes y los bancos de datos, y ya no existe obstáculo material para la difusión de las Luces. Ahora bien, en el preciso momento en que la técnica, a través de la televisión y de los ordenadores, parece capaz de hacer que todos los saberes penetren en todos los hogares, la lógica del consumo destruye la cultura. La palabra persiste pero

vaciada de cualquier idea de información, abertura del mundo y de cuidado del alma. Actualmente lo que rige la vida espiritual es el principio del placer, forma postmoderna del interés privado. Ya no se trata de convertir a los hombres en sujetos autónomos, sino de satisfacer sus deseos inmediatos, de divertirles al menor coste posible. El individuo postmoderno, conglomerado desenvuelto de necesidades pasajeras y aleatorias, ha olvidado que la libertad era otra cosa que la potestad de cambiar de cadenas, y la propia cultura algo más que una pulsión satisfecha (Alain Fienkelkraut, *La derrota del pensamiento*).

Ninguna sociedad puede desarrollarse o presentar desafíos que le permitan un progreso en el conjunto de los valores que esa misma sociedad sostiene o cultiva, si solo existe un estado al amparo, o presente para producir, sea trabajo, divisas o confort económico.

Ninguna administración que abarque distrital, geográfica o poblacionalmente lo que abarque, puede adentrarse en la gran aventura de forjarles un mejor porvenir a sus ciudadanos si para esto solo tiene en cuenta los sucesos culturales —y puntualmente los filosóficos— en relación con la cantidad de entradas vendidas, la cantidad de luces que se ponen en un escenario o la de cámaras que transmiten un show comprometido con cierto envase, con cierta marca o con cierta etiqueta, llevándose puesto con ello, o esquilmando su propia sustancia o razón de ser o dejándolos a la buena de Dios de dar el presente en una unidad académica formal o informal, bajo la severa mirada de quien haya aprobado un conjunto de pruebas que bien podría ser el azar expresado en acertarle las respuestas correctas a un formulario tipo.

Qué paradigma de lo cultural puede discutirse si el único gravitante es el que está en manos de profesionales de la alcurnia o de los habitantes enmohecidos de la clase alta que, ya de viejos, cansados de obedecer el mandato social que les tocó, garabatean algún poema estéticamente deleznable, pero que, mediante la red filial y amistosa que lograron conseguir en sus tristes vidas, logran la notoriedad, insípida e insulsa de los pasquines locales que offician de periódicos, en detrimento del concepto de trabajador cultural que día a día, tal como lo hace un albañil o un bancario, debe ganarse el pan enfrentando, precisamente, esta noción costumbrista de que lo cultural solo le pertenece a los que heredaron una biblioteca de ro-

ble o madera noble y que obedecieron como polluelos los dictados emanados de los mandatos sociales a los que jamás osaron revelarse.

Qué importancia puede tener lo cultural para una sociedad que se arrodilla, penosa y estúpida ante los uniformes escolares, de control, religiosos y los zurcidos por logos o marcas que señalan poder económico y que reprimen una y otra vez ese grito libertario socavado por esa opresión de la que es víctima; de esa enajenación sodomita a la que la someten en cuerpo y espíritu diciéndole que habitan en una democracia, en el resguardo de la institucionalidad normativa, pero que, en verdad, si les tocó nacer en un hogar pobre, morirán en el mismo hogar o en uno peor del que les tocó.

A veces, las cuestiones filosóficas o pertenecientes a las ciencias del espíritu encuentran sus límites en lo furibundo de la física —sin necesidad de citar a Wittgenstein—. La lógica establece cuál es el límite del lenguaje, del pensamiento y del mundo, y de ese modo se muestra el propio límite que, obviamente, ya no pertenece al mundo, quedando fuera de ese ámbito de lo pensable y expresable. Cuando se extienden los conceptos, que luego deben ser traducidos en la praxis o en el terreno de la realidad, y se los estiran como chicles, pretendiéndolos como cobertores, contenedores de todos los problemas habidos y por haber, se los banaliza al extremo de dejarlos carentes de sentido, insulsos y perversamente insultantes, pues terminan significando todo lo contrario de lo que pretendían significar.

Nos limitamos para comprender la realidad cultural y filosófica, desde cierta inoculación educativa que se realiza desde lo filosófico, únicamente entendido esto como ejercicio disciplinar anatematizado en conceptos o en conversaciones entre autoridades aprobadas previamente por un canon o una vara asentada, no en el logos o en la intensidad filosófica, sino en la vara del pupitre, en la férula de la nota autoritaria que en el mundo formalmente aceptado de lo académico, como prisiones tolerables del pensar, evitan incorporar lo que nos nutre de raíz. Educativamente, deberíamos analizar, pues, si en esas aulas, construidas con diseños medievales, en castillos perimidos en sus funciones ejercidas barbáricamente en los períodos del Medievo, no sería conveniente, acaso, abrir las compuertas, ya que se podría interpretar que el conocimiento estaría atrapado o enclaustrado, y dejar que ingresase la energía o la intensidad extramuros, en la cual podría estar anidando la filosofía auténtica de la

vida que surcan los pueblos que la piensan o viven sin los sojuzgamientos arriba señalados.

Si es que no nos ha quedado claro, tampoco la filosofía institucionalizada —que en estos tiempos se le está quitando o escatimando—, podrá hacer que nos volquemos un poco más a pensar. Filosofar es precisamente este ejercicio mientras escribimos un poema o danzamos, por qué no, pero siempre inclinados ante esta perspectiva de vida de poder reconocer que nada en el mundo es tan sólido y certero como para que no lo descoloquemos con nuestras naturales e indómitas dudas que, en sus vueltas y en su vértigo, nos dotan de humanidad.

Son pocos los que piensan —no sé si en aquel viejo postulado teórico platónico del gobierno de los mejores—, pero sí, al menos que establezcamos otras perspectivas como para que, los que se han consagrado al saber, no reduzcan la obtención de sus experiencias en aulas universitarias sobrepobladas por el desinterés y raquíticas en números de asistentes. Están en proceso de formación los movimientos o partidos políticos que acendren o abreen en la importancia del pensamiento, que no necesariamente debe estar ridiculizada como la discusión abstracta del sexo de los ángeles dado que, por esta caracterización de lo intelectual o de lo cultural, hemos dejado la política práctica en manos de verdaderos truhanes de la palabra que quizá no tengan ni idea del daño que le hacen al sistema, y con ello a sus propios intereses o al de sus familiares directos. Se quedan con las comodidades que le enajenan a lo público; pero nada tendrá sentido si en unas décadas esa materialidad no puede comprar más la expectativa o la paz de esa gente a la que enajenan, por tanto, hasta para sus intereses más pingues y mezquinos, a estos que están atornillados en lo político y que han conformado la cofradía de la “clase política”, les sirve el ingreso de los intelectuales. Yo les recomendaría que, en vez de poner piedras en el camino para este ingreso, que será la reacción más primitiva y natural, hagan lo contrario y alienten la participación del intelectual en lo político y, desde ya, que estos puedan también dar el salto aventurero, por qué no, en sus vidas, ordenadas y reglamentadas como un curso en una facultad. Que recuperen la sensación que da la adrenalina y puedan ir tras el rescate de lo democrático, pero no en una posición heroica, sino simplemente como lo que puede ser un intento. Este intento

es lo único cierto para el ser humano, que contradictoriamente persigue certezas que nunca alcanzará, pero en sus intentos se le pasa o transcurre la vida.

De aquí la radical importancia de la presencia del intelectual como colectivo, no como excepción ni tampoco como estelaridad, en la arena política

## **La necesaria africanización del ser**

Mucha antes de que la ciencia occidental determinara que los primeros homínidos con características humanas (los que, de acuerdo al saber mencionado, los pondría en el eslabón perdido, en esa escala que determina qué deja de ser animal y pasa a ser humano) podrían haber tenido su origen en el continente africano, este espacio en el mundo ya se había convertido en el depósito de todos nuestros temores, de nuestras incertidumbres e inseguridades políticas, sanitarias, sociales y económicas, que, como efecto secundario y letal, tienen como resultante el haberlos sentenciado a siglos de sometimiento, de esclavitud, de marginalidad, de hambruna y de señalamientos peyorativos, asimismo en el ámbito del saber occidental. Esto podría constituir—no solo desde lo etnológico o antropológico, sino también desde lo filosófico— todo lo que subyace tras el ser humano.

No podemos abrir ninguna variante de análisis sin antes reparar en la razón de las primeras y de las últimas causas; de esto que se nos ha transmitido como filosofía occidental y que tiene que ver con el modo en el que entendemos y nos hacemos entender en el mundo. Sin pretender arribar a ninguna conclusión cierta, discurrimos por senderos explorados e inexplorados, y no santificados por la academia occidental —que no es más que otra herramienta de dominio y de sometimiento—, que nos impelen a pensar desde esta sabana inextenso, en donde nuestra fragilidad se torna más evidente y nuestro desamparo aún más determinante, y lo único que tenemos por delante es nuestra valoración de que debemos sobreponernos a lo que sea. Esto es, básicamente, filosofar desde la posible asepsia que le podríamos realizar a la contaminación de la que hemos sido víc-

tima durante miles de años y que nos conduce, en sentido figurado, a que el pensamiento puro y duro, óptico o metafísico, sea, ni más ni menos, esta africanización del ser. Este estado puro, al natural —despojada de la materialidad que nos garantizaría aquellas certezas a las que pretendemos agarrarnos—, nos lleva, como humanidad, a la construcción de mundos opuestos, disímiles, en paralelo, en donde, en ciertos lugares, llevamos a cabo acciones que pretenden que podamos vivir de esas certezas, políticas, sociales y económicas. Las acciones no solo son fictas, sino que se ajustan más por expectativa de cumplimiento que por cumplimiento real; precisan de que exista aquel otro suelo, en desde donde se obtiene tanto la materia prima —para consolidar el desarrollo que florece en el otro lugar—, como su contrapartida figurada, su dimensión espejo, en donde las supuestas seguridades del lugar atiborrado de civilización o de “occidentalidad”—al ausentarse, en grado exponencial, allí donde la humanidad se desangra—, se fortalecen con las inseguridades del resto al hacer uso de la herramienta, ya señalada, de sometimiento.

Occidente ha pergeñado este sistema unívoco, en donde extensos latifundios no pueden, al no estar autorizados —al no contar con ese grado de civilidad que se impuso como eje rector, de acuerdo al báculo imperialista con el que determina qué cosa significa y, por sobre todo, cuánto vale qué cosa en el mundo—, navegan, entonces, en sus propias aguas borrascosas, que, paradójicamente, son las aguas más claras, prístinas y auténticas. Allí puede observarse el espíritu de lo humano. Debemos salir al rescate de esta posibilidad; estos continentes no solo están libres de aquellas seguridades impuestas por orden enciclopédico y científico, sino que su inseguridad —tanto para ellos mismos como para los otros— los transforma en sitios en donde se acendran los aspectos más profundos y auténticos de la humanidad. Si tuviéramos que construir una metáfora a partir de esto mismo, diríamos que la humanidad posee, tanto en este continente como en la región latinoamericana, una puerta de ingreso que no pone barreras o impedimentos a todos aquellos que queramos ingresar; en definitiva, esto es el ingreso a la experiencia humana. Claro que, una vez adentro, en determinados recintos en donde se especifica la condición de la humanidad, en donde reina el occidentalismo, aquel ingreso libre y no cifrado se

vuelve una sustancial falta de un todo que, básicamente, se define como la ausencia de seguridad.

Estableceremos tres pasos metodológicos para ratificar lo que sostenemos. Partiremos desde la posibilidad de que África, trabajado en el mismo eje conceptual e histórico que la región latinoamericana, no puede pensar o ejercer filosofía en términos occidentales o académicos, o científicos. Continuaremos extendiendo este concepto de “sabana de lo incierto”, desde donde la africanización del ser se encuentra catalogada de peligrosa, para comprender si, finalmente, esa incertidumbre se constituye como eje de lo maligno y de lo perjudicial. Finalmente, tendremos que interpretar la necesidad de que la africanización, en donde sigue oculto el ser, es condición necesaria para que esos otros puedan constituirse como rectores de lo normal, de lo admirable, de lo referencial, de lo beneficioso, de lo seguro, por más que así no lo sea. Por esto mismo se precisa de la recreación de esta suerte de espejos, de contrapuestos, de estas ideas proyectadas de lo real.

Consideramos que la vinculación o, más convenientemente expresado, el sincretismo de ambos conceptos: filosofía y Latinoamérica, o filosofía y África, sirven para elucubrar en claustros educativos; no son más que un ejercicio literario, una poesía académica, un material exquisito, en ciertos casos, exótico, y, en otros, necesario para reafirmar el dominio conceptual de lo occidental. Claro que, no caprichosamente, hemos vinculado dos espacios geográficos que, a consideración política, no tendrían una entidad en común: desde el proceso que dio inicio a la tierra misma, África y América Latina no eran más que un mismo bloque, una unidad territorial que, más allá de los procesos geofísicos que la dividieron, océano mediante, miles de años después forjaron una historia común, en donde los espacios territoriales, sus habitantes y con ello su cultura propia, fueron masacradas, física y culturalmente, por una conquista que no tuvo reparos en arrasar con todo lo que consideraba no apropiado para sus categorías de comprensión del fenómeno humano.

Desde la no memoria de la conquista, venimos peleando guerras que no son nuestras. Seguimos siendo un cuerpo irresoluto, jirones piltrafosos que se comercializan en transacciones, muchas veces en metálico. Seguimos poniéndole el cuerpo a guerras que se han librado por esos intereses, por esas categorías que poco tienen que ver

con nosotros, pero que sí tienen que ver con los millones de litros de sangre derramada de nuestros ancestros. Deberíamos, al menos, tener el derecho o la posibilidad de preguntarnos qué es lo que compartimos, en qué estamos de acuerdo y con qué nos quedamos de todo eso que nos impusieron hace tiempo.

Su mundo y su sistema (para no extendernos en cada uno de los campos en donde se aprecia que es un terreno fértil para que se lleven la cosecha, producto del esfuerzo de nuestras siembra) no ha modificado en nada la profundidad de nuestra humanidad; es decir, no es que mediante sus lecciones y su civilización, que vivimos muchos años más; tampoco a través de la calidad de los años podemos considerarnos más o menos felices que antes, cuando no nos cuestionábamos acerca de si lo éramos.

Nos encomendamos invalidar la categoría de filosofía latinoamericana o africana, no solo desde la perspectiva etimológica, histórica y discursiva, sino desde las infinitas filosofías que existirían dentro de esa delimitación. La multiplicidad de filosofías, dentro de lo que geográficamente se considera Latinoamérica o África, es una de las razones por la que consideramos en un solo bloque, inescindible, a lo latinoamericano y lo africano. Pero cuando pareciera que la tradición eurocentrista, más permeable o flexible, parece aceptar la posibilidad de una filosofía que hable en sus mismos términos, termina manifestando que para nosotros no conlleva ningún interés particular y, por eso mismo, no permite validarla en una unidad. El imperialismo intelectual pretende, con la arrogancia del que plantea las reglas discursivas y considerándose los únicos aptos, determinar cuáles son los límites del pensamiento, en el caso de que este tenga límites, claro está. Estamos en presencia de un fenómeno de perspectiva y de pensamiento que, pese a ha sido conquistado en otros sentidos, no ha dejado de manejar sus propios términos. Alguna día tendremos que caer en la cuenta de que nuestro occidente en crisis precisa de este fenómeno, como maná del cielo, y por ello debemos prescindir de sus formulismos y de sus métodos y rigores, que están viciados por una significación que obliga al ocultamiento de lo pensable.

La filosofía latinoamericana no debe circunscribirse a aquellas reflexiones que solamente tienen como objeto el mundo cultural,



ético, político, religioso, socioeconómico, etc., de los países de esta parte de América, aunque algunos autores con argumentos válidos también así la conciben. Por supuesto que de algún modo tienen que aflorar tales problemas en el ideario de cualquier filósofo de esta región con suficiente dosis de autenticidad. Pero el hecho de que aborde estos temas no le otorga ya licencia de conducción para las vías de la universalidad (Guadarrama González, Pablo).

Consideramos que, más allá de la necesidad Latinoamericana, Africana o Asiática de reafirmar sus procesos de pensamiento, sus prioridades y, por qué no, la revisión de su historia, bajo la autoasignación o el bautismo de sus corrientes, esta es una necesidad eurocentrista de pretender emular, de hacerlo suyo, pero sin el estigma de víctima del que siempre occidente, intruso, se ha adueñado y ha camuflado bajo el término de universalismo.

Superado el obstáculo terminológico o metodológico para asumir, o no, una denominación acerca de una filosofía patronímica —para que la misma sea aceptada en los reductos o claustros del saber—, descontamos, a escala universal y en un sentido estrictamente político, la idea de contrato social. Neologismos, contradictorios en sí mismos, surgen para acendrar la necesidad de que existan organismos internacionales que planteen la generalidad en lo humano a través de la fundamentación del logos como razón (valga la redundancia), y de lo jurídico y lo ético como la razón de ser de tales instituciones que se pronuncian, cada tanto, en documentos, como expresiones de deseo, bajo términos categoriales, provenientes de las academias, que determinan la razón por la que deberíamos entendernos todos los seres humanos. Es necesario que la filosofía, como concepto y como piedra basal de las imposiciones dialécticas (que luego se transforman en imperativos de poder fáctico), exista en lugares como Latinoamérica y África para imponer modelos de organización social y de formas de vida. Organismos internacionales que regulan lo político, lo económico-comercial, lo vivencial (salud, expresión, comunicación, etc.) amparados en la declaración de los derechos universales del hombre, acotados en sus maniobras fácticas o prácticas, no han resuelto este dilema trascendental que vincula dos continentes, dos expresiones distintas de ser ante el mundo. Si bien son dos procesos disimiles y en estadios diferentes,

a través del relato filosófico, de la filosofía como discurso de validación, se dispone de supuestos derechos universales, que establecen una jerarquía de clases distintas de hombres y que difiere de lo que las corrientes de pensamiento europeo quieren hacernos entender.

La noción de universalidad, aplicada particularmente en lo filosófico, se la debemos a Hegel, un eminente alemán que sí nos permite la digresión. Él no puede eludir el haber sido parte de esa “consciencia alemana” que convalidaría, a través del voto, el horror plasmado en el régimen político y social más siniestro.

África [...] no tiene propiamente historia. Por eso abandonamos África para no mencionarla ya más. No es una parte del mundo histórico; no presenta un movimiento ni un desarrollo histórico [...]. Lo que entendemos propiamente por África es algo aislado y sin historia, sumido todavía por completo en el espíritu natural, y que sólo puede mencionarse aquí, en el umbral de la historia universal (Hegel, Georg).

Es interesante detenernos en esta construcción teórica de lo universal. Hegel, a su vez, profundiza en el tema y destierra las fronteras de lo filosófico también a América:

El nombre de nuevo mundo proviene del hecho de que América y Australia no han sido conocidas sino hasta hace poco por los europeos... Este mundo es nuevo no solamente relativamente, sino absolutamente... Los americanos viven como niños que se limitan a existir, lejos de todo lo que signifique pensamiento y fines elevados. Las debilidades del carácter americano han sido la causa de que se hayan llevado negros a América para trabajos duros (Hegel, Georg)

Finalmente, y como si quedase algún tipo de duda acerca de la consideración de universalidad filosófica de nuestro autor, en la siguiente cita lo deja expresamente narrado:

En Occidente estamos en el verdadero suelo de la filosofía; allí tenemos que someter a consideración dos grandes formas, distinguir dos grandes períodos, a saber: 1) la filosofía griega, y 2) la filosofía germánica (Hegel, Georg).

El mundo americano —que fue descubierto más por la intervención del azar como necesidad y por los caprichos de la aventura que por los progresos de una ciencia que, supuestamente, siempre en ciernes, brindaba la posibilidad de extender la fronteras de lo humano— fundó la nueva territorialidad bajo el imperativo categórico de lo educativo y lo político. Hoy debemos desandar nuevamente lo que nos deja la herencia, la tradición o los cánones academicistas, pero sin caer en ese exotismo de la academia, que lo acepta y lo tolera como excepción a la regla, que lo define como “multiculturalismo”. Hoy no podemos, no debemos, citar a un hermano originario, autóctono, primitivo, que haya recibido sus concepciones del mundo de forma oral a través de sus ancestros; en un curso universitario europeo, esto solo podría formar parte de un apartado, ya que se toma como verdad lo que quedó asentado, en muchos casos, por manos bárbaras, manchadas de sangre, contaminadas por el hedor de lo peor de la condición humana.

Para dejar aún más claro el planteo, debemos decir que, pese a la imposición, a la ocupación y a la dominación en todos los órdenes y durante siglos, no se ha podido obtener, por parte de ese occidente dominador, el alma, el espíritu, la esencia o, en el más griego y occidental de los conceptos, la *ousía* de los pueblos latinoamericanos y africanos.

En tal desasosiego social, cultural, económico y político que se padece y se padecerá en las sabanas africanas, puede hallarse el desconcierto que nos produce que nuestros sistemas—pese a que nos dicen que son medibles, objetivos y que van tras una finalidad—caigan en errores. Es ahí en donde tenemos que asirnos de lo filosófico, quid de la cuestión; de esa africanidad que solo podremos catalogar si nos libramos de nuestras formalidades y requisitos que nos inhabilitan en nuestra condición de sujetos. Es allí, en ese baile, en esa danza, en ese canto, en esa contemplación, lisa y llana, del horizonte, sin más que el paisaje, sin más que la reducción del uno en lo múltiple, donde lo absoluto deja de serlo para transformarse en la vida misma; en un vivir a través de la filosofía, mediante la africanización del ser.

## La democracia africanizada o la africanización democrática

Vanos son los intentos de pretender algo a cambio de anoticiar a los que administran poder, que la traducibilidad instituida, que el cumplimiento del pacto social instaurado, se cumplimenta a expensas de que mayor cantidad de personas, ven subsumida su posibilidad de ser tales, que se las reduzca en archipiélagos de excepción, en donde se decostruyen en escombros, cuando no en escorias, en el mejor de los casos, tomadas como contraejemplo de gigantes mediáticos que lavan sus culpas con notas de color, haciendo el foco en el padecimiento de alguno, o como especímenes sujetos a investigaciones académicas, soporíferas, destinadas al sueño inconcluso de alguna rata de biblioteca. Utilizar el continente Africano, como significante de una realidad pauperizada, puede ser incomodo, como provocador, sin embargo la única intención que nos moviliza a vincular ambos conceptos, es la nítida, clara y contundente, combinación entre una institucionalidad occidental que funciona en términos puros, ascéticos, normativamente inobjetables y que a contrario sensu, demuestra su cabal incumplimiento, cuando pasa al campo de la acción, cuando la traducción se desmorona en la fatalidad comprobable de la mayoría de los países africanos que se dicen, declaran y manifiestan como democráticos, y que de tal solo poseen la pretensión semántica de la autodefinition.

Desde hace un tiempo a esta parte, África dejó de ser un continente a observar, y sólo se ha convertido en el patio trasero de las aspiraciones truncas de la humanidad. A nivel internacional, los organismos que regulan las reuniones altisonantes, de esa pretensión Kantiana de un gobierno mundial, es cómo si hubiesen instituido una regla no escrita, (son las normativas más complejas a las que acuden los regímenes absolutistas dado que de esta manera sólo los que las instituyen las conocen y por ende el poder de controlar y penalizar le es también absoluto y discrecional) para determinar que de África sólo se pueda hacer mención de sus exotismos diletantes, de sus exageraciones risibles, de niños que mueren comidos por mamíferos acuáticos al caer de embarcaciones que no son tales para ingresar a Europa, o de asaltos precarios a embarcaciones lujosas que recodan sus ostentaciones por la pobreza costera que no pueden evitar. África se ha convertido en esa costa, pero en donde derrapó

la pretensión democrática de reinar impoluta e indemne de sus encantamientos, promesas fictas, engañosas y falsas que sostiene para garantizar la vida privilegiada de quiénes la han instituido y son sus más celosos custodios. Han dejado en tal continente un ejército de pretorianos que están a cargo de la administración del poder, como de sus usinas académicas (en defensa de Hegel, a pesar de Hegel, por ejemplo) que en supuestos términos democráticos, trabajan para la democratización de un lugar en donde la función que tienen es que los niños sigan extrayendo el cacao, en condiciones de esclavos, para costear las ganancias de las chocolateras europeas que las venden a precio de manjar. Todos los recursos naturales extraíbles, pasaron a ser, dependientes, como décadas atrás lo eran de los diferentes estados colonizadores, de socios locales instalados en el poder que comercian, o trafican, con los representantes del poder real, y que para ello, es decir para no recibir las reprimendas ni de la prensa ni de los organismos internacionales, se envisten, se travisten, se engalanan de atuendos democráticos, que no deberían ser creíbles ni sostenibles para quienes tengan meses de escolarizados, sí es que la escolaridad fomentara o pretendiera la razonabilidad de sus escolares.

Hasta aquí una realidad nada fuera de lo habitual para los que no se contentan con relatos de superhéroes, series de ficción que alientan a la reflexión de todo aquello que no nos ocurre o que se divierten al observar a veintidós millonarios que corren detrás de una pelota (A decir de Borges). Lo paradójico, el leitmotiv del presente artículo es que, esta pretensión de engaño contumaz, se ha vuelto tras sus creadores, tal como si fuese un boomerang, retorna, risueñamente en un paso de comedia, en lo que se denomina como crisis de legitimidad, como afectación democrática en Occidente, o lo que nosotros denominados, al observar este fenómeno como la Africanización democrática.

Cualquier país, incluso sus declaradas capitales simbólicas, centrales o neurálgicas para el sistema instituido, posee una masa crítica, que representa casi un quinto de la población promedio que vota a políticos que se declaran xenófobos o neonazis, escudándose en pseudo-propuestas, en donde siempre, el otro diferente, estigmatizado, es el responsable de los males que le aquejan a la población conceptualizada como decente o pasible de ser gobernada por estos

señores provenientes de un olimpo atestado de seres superiores. Esta situación que bien podría ser una muestra más, del craso fracaso, rotundo, de esa educación disciplinaria, tendría que blanquearse, bien vale el término, y en clave Maltusiana proponer, que demográficamente el mundo no es posible en sus actuales dimensiones y proporciones. Sí este fuese el problema, es decir casi estadístico, o matemático en verdad, se debería proponer tal como ocurre en culturales ancestrales, que el hombre a una determinada edad, concluya voluntariamente su estadía en la tierra, pero no en los actuales términos en donde en todo un continente la expectativa de vida no llega a los 50 años y en otros roza los 100 (básicamente porque en el medio se origina el sufrimiento y el padecimiento que es mucho más lacerante y cruel que la muerte en sí misma, que sólo es eso) sin embargo esto no tendría consenso entre los estamentos internacionales y los dueños del entretenimiento hecho noticia. Es muy difícil, o cruel vender la realidad contundente de nuestra limitación. Somos Kantianos en cuanto a lo general para imponer un imperativo categórico (la trampa están en que los que imponen no cumplen o pueden transgredir) pero no para aceptar la incompreensión del nóumeno o que algún día la vida nos dice basta para siempre.

Esta es la razón del porque el sistema democrático, es tal como la religión, una cuestión de fe. Un dogma, mero y huero, que cada vez, generará mayores índices Africanos, entendido este significativo como el breviario de números raquíuticos en cuanto a igualdad de oportunidades, de cumplimiento de expectativas y de la garantía del goce de la posibilidad de libertad.

Es notorio como el supuesto avance en términos democráticos de dictaduras africanas travestidas, (porcentajes en los parlamentos de participación femenina, referéndums que dan participación a la población en temas de estado) se corresponde con la Africanización de las democracias occidentales más tradicionalmente instituidas (líderes que se presentan a reelecciones que van por las dos décadas, autoritarismos electorales, políticas públicas que en vez de integrar, proponen el desintegrar el excluir, el desgranar) que tienen como objeto la de pauperización de lo que no estaba depauperado.

Hablar de cualquier gobierno estadual, provincial o incluso municipal del sitio que se escoja en Occidente, es narrar las desventuras de facciones Africanizadas instituidas en el poder, que sojuzgan a las

mayorías, bajo excusas democráticas. Lo único que varía es el color, el olor, la historia y la prensa de sus protagonistas. En esto no hemos cambiado, seguimos siendo tan manipulables como antaño. A un dictador negro que se precie de democrático no le creemos, lo tratamos con indiferencia o en el mejor de los casos nos produce risa. Sí el hombre es blanco, sin embargo, no creemos que sea dictador, trabajamos para él o en el mejor de los casos nos da tanto pavor que ni lo pensamos. La humanidad vuelve a reducirse a criterios estéticos, manejados políticamente, claro está, como siempre, como nunca.

### **La promiscua vinculación del poder y su financiación**

El principio, por antonomasia, de las economías, se basa en la confianza. Un papel pintado —la moneda— representa lo mismo en términos de intercambio, pero se regula por lógica matemática (lo numérico y su interrelación entre costo y beneficio, o suma y resta). Sin embargo, de acuerdo a los propios economistas, no es más ni menos que una cuestión de confianza.

Sí el mercado debe regularse libremente por las fuerzas que la componen, el negocio, sin lugar a dudas, será el traslado, de un país a otro, de sustancias que se consideran ilegales. Quienes ideológicamente están en contra de las políticas que podría llevar adelante Donald Trump, candidato a la presidencia de los EE. UU., son quienes más deberían trabajar para que este llegue a presidente. Sería la oportunidad ideal para que el sistema sufra una implosión y se ahogue en sus hiperbolizadas contradicciones. Sin embargo, esto último no podría ocurrir nunca, ya que hay una condición romántica en quienes se dicen de izquierda. Se dicen de izquierda, pero sostienen un cigarro de marihuana en la mano derecha, mientras escuchan a Bon Marley y mientras se quejan de sus videos censurados por las redes sociales.

La droga, otrora excentricidad de poetas líricos, bohemios apenados y literatos agobiados, hoy consiguió sedimentarse en el amplio campo popular de la juventud. Los reconocidos escritores, Jean Paul Sartre y Aldous Huxley, encontraron, en diversas sustancias adictivas, un camino para evadirse de tantas preocupaciones terre-

nales, de misterios existenciales y de dolores personales y para crear, por medio de estos sinuosos y abismales senderos, obras literarias de cuantioso valor humanístico. Estos memorables hombres de letras redimían su condición de sujeto y, oprimidos por la incesante manifestación del pensar, encontraban, en las drogas, el mecanismo evasivo que les permitía unos segundos de tranquilidad a expensas del deterioro físico y mental.

Es difícil encontrar jóvenes, en la actualidad, que no hayan tenido experiencias con drogas; en la mayoría de los casos, se declaran consumidores oportunos, generando está marcada aceptación en los circuitos sociales. Lamentablemente, los fríos números estadísticos indican que no tenemos la capacidad, como seres occidentales, de construir una sociedad equitativa y, por lo tanto, lo más probable es que la juventud se encuentre expuesta a las tentadoras y peligrosas propuestas provenientes de un dictador siniestro. Lo más terrible es que las voces altisonantes de los diferentes sectores de la sociedad se expresan ante lo evidente (la corrupción), pero no ante lo importante. Una generación requiere de herramientas intelectuales y espirituales para saber decidir ante las propuestas vertidas por un colosal e impune mandamás. Sería muy positivo que la forma en la que tratamos el tema de las drogas se discuta con mayor seriedad y asiduidad; de tal manera lograríamos encontrar un punto en común y sensato para escoger los mejores elementos, y, así, entregárselos a nuestros jóvenes, de modo que no se encuentren tan expuestos e indefensos ante el magnánimo poder de un dictador que se mueve a sus anchas en medio de la indiferencia. Sin importar el camino (mayor penalización, despenalización del consumo), debemos dejar a un lado esta política cobarde que mira hacia un costado cuando se habla de drogas.

Tras la conquista europea, nuestro continente debió amoldarse a un sistema económico, político y social que, hasta ese momento, le era ajeno y extraño. Lo que luego tomaría el nombre de Virreinato del Río de la Plata y, posteriormente, de Argentina, se conformaba en base a la ilícita actividad del contrabando. Los primeros pobladores de la actual gran metrópolis e aferraron a una norma que decía que, en caso de que las embarcaciones corrieran el riesgo de ser asaltadas, hundidas o averiadas en alta mar, debían dejar su carga en el puerto más cercano. Surgieron, entonces, las permanentes arremeti-



das contra los navíos; surgieron las continuas ventas de mercadería en el puerto que, más tarde, se convertiría en un gran mercado negro; surgieron los criollos, que ya venían con un pan bajo el brazo. Nuestra república surgía de la lícita actividad del contrabando.

No se puede aguardar por los sempiternos tiempos de una justicia, siempre sospechada, para concluir que existe una relación entre el poder político y el narcotráfico. Lo político proviene de lo institucional, de lo republicano, y se ejerce por intermedio de hombres representativos que asumen funciones públicas; el narcotráfico proviene no del derecho, sino de la realidad más cruel y contundente del ser humano; proviene de su capacidad autodestructiva y de su ambición desmedida; de la debilidad de algunos por evadirse de la realidad y de la voracidad de otros que, en el afán de desarrollarse, no dudan en enriquecerse a costa de la autodestrucción de sus congéneres. La droga, entre tantas cosas, es un gran negocio: no se debe inscribir como una empresa para trabajar con ella; no se pagan impuestos y siempre hay demanda de producto. Como si fuera poco, se generan actividades redituables a partir de los narcóticos. Dada la enorme cantidad de dinero que se produce, los billetes de la droga deben entrar al circuito financiero de forma tal que parezca que provienen de una actividad lícita. Esta operación es la que se conoce con el nombre de lavado. El aumento de consumo, de tráfico y de dinero que proviene de las drogas, según los organismos internacionales especializados, es una realidad que va en aumento en todas las regiones de nuestro occidente. Debemos ser conscientes de que habitamos en una comunidad narcotizada por la más adictiva de las sustancias: el dinero fácil. La institucionalidad, mediante sus dirigentes o representantes, precisa, para su subsistencia, de dinero fresco, constante y sonante, sin importar de donde provenga, para que el índice de votantes sea medianamente aceptable; para que las diferencias políticas puedan ser subsanadas mediante una caja económica que no tenga existencia en los papeles de estado, en definitiva, para torcer voluntades de toda clase, a cualquier precio, a los excelsos fines de que ningún conflicto se desate y, por ello, se pierda la gobernabilidad y, posteriormente, la institucionalidad. A tal punto llega la relación entre el poder político y el narcotráfico, que ya comparten términos y clasificaciones semánticas.

¿Qué mundo le puede ofrecer, a un consumidor, un Estado ausente que no garantiza ni salud, ni educación, ni trabajo? Le puede ofrecer lo que tiene o lo que puede. El vacío, al que nos condenaría un Estado ausente, lo llenarían los músicos, las estrellitas mediáticas o los futbolistas, quienes observan el fabuloso mercado de jóvenes, sin rumbo ni destino, que se evaden de tanto dolor por medio de la utilización de drogas, y es por eso mismo que estas bandas, estas caras conocidas, escriben letras, hablan, se expresan al respecto e incitan al consumo. En nombre de la libertad, esos mismos carilindos que se creen inocentes por no participar en la política, o que se creen corajudos por decir lo que piensan sin pruritos, terminan siendo los propagadores oficiales de una sustancia que, en la mayoría de los casos, termina con sus propias vidas y con las de su público.

Ya no nos matan como mataron a García Lorca, ya no nos secuestran como a Luchino, pero nos están inyectando el sedante democrático que nos hace creer que elegimos a seres dignos de libertad y con facultad de pensamiento, y allí está Donald Trump, el emperador en ciernes, que podría llevar a cabo el sueño dorado de terminar con la expansión, ad infinitum, de esta ilusión de ciudadanía occidental, que es una pesadilla de la que tememos despertar.

## **Las democracias occidentales precisan nuevos límites**

Ya no se trata de los de arriba o de los de abajo, como se pregona desde trincheras intelectuales recientes. Que haya existido—y además con éxito— un movimiento marxista-leninista en Eritrea, que tomó el poder en nombre del proletariado de tal país, es la muestra cabal del tongo, del timo, en que han caído algunos con respecto a tal interpretación política. La crisis en la que se encuentra Europa tras el Brexit debería ser tomada, por el eje franco-germano, como una posibilidad que le daría lugar a otras perspectivas geopolíticas, como, por ejemplo, a Iberoamérica. Que quepan todos los mundos en uno solo en donde la violencia no tenga lugar, esa es la finalidad de la demarcación del límite..

Eugenio Trías, filósofo español contemporáneo, en su obra *Límites* explicita que este (el límite) era el surco físico en donde termi-

naba el Imperio romano; en ese limo, en ese barro, el mundo ya no era tal; esa delimitación era taxativa, concreta, real. A partir de allí, “límite” se hizo palabra significante.

Las respuestas más esclarecedoras, frente a la complejidad de ciertos conflictos, podrían llegar desde los lugares más sencillos. Luego del fragor electoralista, se debe ahondar en los aspectos fundacionales de nuestro sistema político y su razón de ser: el qué, el porqué y el para qué del Estado y de lo democrático. El sentido de las cosas solo puede estar en las primeras o últimas causas; y en el caso de que no existan tales causas, deben ser inventadas al igual que las abstracciones de igualdad y de libertad general y política. Si la democracia queda reducida a una votación, a obtener mayoría de votos un domingo, tenemos, entonces, que volver a la fuente para repasar ciertos conceptos.

Grecia, como cuna de la democracia, por intermedio de uno de sus hombres más lúcidos, Platón, dispuso, en otros estados griegos, lo que consideraba el estado ideal, que era dirigido por gobernantes o por filósofos; por aquellos que eran inteligentes, racionales, apropiados para tomar decisiones para la comunidad. Estos formaban la “razón” del alma,

Luego dar un salto hasta Hegel que, en La enciclopedia de las ciencias filosóficas, afirma:

La esencia del estado es lo universal en y para sí, lo racional de la voluntad, pero que en tanto está sabiéndose y actuándose es subjetividad simplemente y en tanto realidad efectiva es un único individuo. Con referencia al extremo de la singularidad como multitud de individuos, su obra consiste en general en algo doble: por una parte, en sostener a estos individuos como personas y por tanto en hacer del derecho una realidad efectivamente necesaria, promover luego el bienestar de aquellos individuos (bienestar que cada uno procura para sí en primer término, pero que tiene simplemente un lado universal) proteger a la familia y dirigir a la sociedad civil...Con respecto a la libertad política, o sea la libertad en sentido de la participación formal en los asuntos del estado por parte de la voluntad y actividad de los individuos que, por lo demás, tienen como tarea principal los fines particulares y los negocios de la sociedad civil, se debe advertir que por una parte, se ha hecho corriente llamar cons-

titución solamente a aquel aspecto del estado que se refiere a una tal participación de esos individuos en los asuntos generales, y se ha hecho también corriente considerar como estado sin constitución a aquel que no da lugar formalmente a esa participación.

Una de las verdades incontrastables de la política en su hacer, no desde su perspectiva de ciencia, es su condición circunstancial; es decir, por más que permanezca un tiempo largo o considerable, el poder no puede anidar eternamente en las mismas manos; por la finitud del sujeto, básicamente, y por definición, para legitimarse en el poder se construyen razones, argumentos, o representaciones que validan esa pertenencia. Las autoridades que tengan buenos argumentos, plasmados en sofisticadas leyes o en cuerpos normativos, serán más difíciles de desarmar. Es decir, si la construcción de una autoridad de poder se sostiene en principios irracionales, desligados de responsabilidades y basados en la informalidad de caprichos o de decisiones también incoherentes, de seguro, su permanencia o latencia en el poder será circunstancial, puesto que tendrá que ratificar tales principios con un incremento de la fuerza irracional del poder, que, al acrecentar su nivel de presión, se convierte en opresión, culminando en un estallido de las normas hasta entonces aceptadas (de allí que las revoluciones o crisis siempre conlleven sangre y fuego).

Los sistemas políticos son límites limitados en sí mismos. Son reglas que definen pautas de convivencia social. Lo democrático, de un tiempo a esta parte, era el límite que se imponía ante lo dictatorial. Después de décadas; es decir, después del transcurso de diferentes límites, de tiempo y geográficos, el reinado de lo democrático es cuasi totalitario, absoluto, y es preciso redefinirlo, readecuarlo, resignificarlo. Limitarlo.

Desde esta época; es decir, con el desarrollo de los estados modernos y de la organización política de la sociedad-, el papel de la filosofía ha consistido también en vigilar los abusos de poder de la racionalidad política, lo que le proporciona una esperanza de vida bastante prometedora... Más que preguntarse si las aberraciones del poder del Estado se deben a un exceso de racionalismo o de irracionalismo, sería más sensato, centrarse en el tipo específico de racionalidad política producida por el Estado... La doctrina de la razón

intentó definir cuáles serían las diferencias, por ejemplo, entre los principios y los métodos de gobierno estatal y la manera en que Dios gobierna el mundo, o el padre a su familia, o un superior a su comunidad... El gobierno racional se resume en lo siguiente: dada la naturaleza del estado, este puede abatir a sus enemigos durante un tiempo indefinido, pero no puede hacerlo más que incrementando su propio poder. Sus enemigos hacen otro tanto, por lo que el estado que únicamente se preocupa de perdurar terminará con toda seguridad catastróficamente... La razón de estado no es un arte de gobernar que sigue las leyes divinas, naturales o humanas. Este gobierno no tiene por qué respetar el orden general del mundo. Se trata de un gobierno en correspondencia con el poder del Estado. Es un gobierno cuyo objetivo consiste en incrementar este poder en un marco extensivo y competitivo... Los que se resisten o rebelan contra una determinada forma de poder, no deberían contentarse con denunciar la violencia o criticar la institución. No basta con hacer un proceso de la razón en general; es necesario poner en cuestión la forma de racionalidad vigente en el campo social... La cuestión consiste en conocer cómo están racionalizadas las relaciones de poder. Plantearse esta cuestión es la única forma de evitar que otras instituciones, con los mismos objetivos y los mismos efectos, ocupen su lugar (Foucault, *La vida de los hombres infames*).

Volvamos al límite, en este caso de la hoja o del artículo, para, finalmente, destacarla siguiente interpretación del Dr. Jacobo Muñoz Veiga acerca de *La filosofía del límite*, de Trías:

El límite de Trías deja de ser muro para ofrecerse como puerta... Estaríamos, pues, ante un mapa de los mundos que comprende el Mundo y su más allá. Un mapa de un vasto y plural territorio, delimitado, pero abierto por eso mismo a lo que queda del otro lado. Un mundo cuyo ser pasará a ser, en consecuencia, el 'ser del límite', siendo un límite del mapa —su puerta y su muro a un tiempo— lo que conferirá activamente un sentido a ese ser, oficiando de razón del mismo. De 'razón fronteriza', por tanto, como fronterizo es el sujeto que en él tiene su morada. Y más allá de ese límite, el misterio.

## Almas muertas

Así llamó Nikolai Gogol a su obra cumbre: Almas muertas. Era un feroz retrato de sus contemporáneos pudientes. Cuando se estalló en ira por su libro y se le reprochó, al escribir una segunda parte, Gogol la tituló Almas blancas e intentó revertir sus dichos. Pero antes de terminarlo, quemó el original y, con ello, sentó un precedente con respecto a los límites de la obediencia, que impone quiénes están a cargo de lo se dice y lo que no se dice en un determinado sistema, por más que haga llamar democrático.

Existen aspectos fundacionales de la humanidad que, como cualquiera de los simples mortales, no estamos exentos de exudar: amor, odio, miedo, preocupación o alegría; también comenzamos, por esto, una búsqueda, casi obstinada, de un control que nos haga impolutos, invencibles, intocables, irreductibles, invulnerables. Cuando más evidente es intento por aprehender tal imposible, más lejos estamos de poder tener la sensación de ese supuesto control que queremos ejercer. La fuerza que destinamos a ese imposible es inversamente proporcional a cuán imposible sea el cometido que se nos presente. No se trata, aquí, de una cuestión ontológica, religiosa o trascendental; referimos a lo espiritual como una representación más fidedigna de lo que somos. Si en una elección lo que está en juego es el fenómeno sociológico de la representación, debemos ahondar en aquello que son los candidatos, y en aquello que pretenden representar o pretenden hacer para las mayorías. Por eso existen discursos diversos y toda una mercadotecnia en cuanto a esto, dado que, mientras más diga representar un candidato, más sectores podrán contemplarlo para dirigir sus actos o discursos. Vale decir que, en tiempos de elecciones, se sabe que el candidato (de allí su nombre, que lo dispone a la seducción del voto) va a lugares inimaginables, y se sienta con personas y personajes variopintos, a los efectos de pretender abarcar todos los votos. De allí la atracción, o trampa, que ejercen los medios de comunicación que, supuestamente, llegan de varias formas y por diversos canales, pero que hoy, en la actualidad, solo difieren en las formas, ya que lo que se envía, tanto desde los candidatos como desde los medios, es lo mismo. Aquí comienzan los problemas y aquí entra el espíritu como concepto clave.

Candidatos, en su gran mayoría vacíos de todo —carentes de objetivos y de discursos—, impulsados por un único deseo materialista, que se les nota y los trasvasa, pretenden comprar los discursos, la toma de la cámara donde mejor se los vea, la pregunta cómplice del periodista, la crónica favorable del redactor, la actividad o el mitin en el barrio, la militancia del militante, los aplausos de seguidores pagos, y que todo lo invertido les vuelva en esas jugosas dietas que lo ponen en un sitial diferente al resto. Se les nota demasiado en sus afiches, en sus grabaciones de campaña, en lo que dicen sin creer, en lo que prometen sin entender y en lo que claman sin verdaderamente querer. Deberíamos darles, casi como una limosna, ese supuesto poder que ellos creen tener, que, en verdad, son migajas materiales a repartir. Dan pena, pero se los necesita como contraejemplos, como muestra de lo nocivo, del camino que no debemos seguir, por más que, circunstancialmente y mediante los engaños que plantea la mercadotecnia, cosechen adhesiones a precio vil.

Son almas muertas, tal como definía Gogol a sus congéneres de aquella Rusia, conceptualmente no tan distante a cualquiera de nuestras ciudades modernas. Son, doblemente, almas muertas, pues no solo dependen de algún terrateniente, sino que, además, como transitan por este plano sin siquiera preguntarse cómo está compuesta la propia naturalidad que les pertenece, también son demasiado humanos y repiten, hasta el hartazgo el error, el tropezón con la misma piedra irrisoria y absurda de prohibir lo imposible de prohibir. En este primer círculo del ridículo, por lo rudimentario de sus maniobras, habitan los prohibicionistas más evidentes; sin embargo, coexisten con otros prohibicionistas que se creen más astutos y duchos, que son los que tratan con indiferencia, ningunean y dejan a un lado los temas más cruciales, aun teniendo la posibilidad de transmitir, de difundir y de dar a conocer los puntos más sustanciales de la problemática pública. Pero, a decir de Emil Cioran, a quien citamos a continuación, de todas maneras les debemos a estos el dinamismo de la historia:

Los tiranos, una vez sacada su ferocidad, se vuelven bonachones; todo volvería a la normalidad si los esclavos, celosos, no pretendieran también saciar la suya. La aspiración del cordero en convertirse en lobo origina la mayoría de los acontecimientos. Quien no tiene

los colmillos sueña con ellos; desea devorar a su vez y lo logra por la brutalidad del número. La historia, ese dinamismo de las víctimas.

### **Pornosofía: sincretismo entre filosofía y sexualidad (ejercicio que evita que seamos follados por la política)**

Si coincidiéramos con el Marqués de Sade en que las prostitutas son las únicas filósofas auténticas, deberíamos ir en su búsqueda, dado que, desde hace un tiempo, no las encontramos más en los burdeles ni en las calles, ya que continúan siendo perseguidas por su ejercicio. Lo son desde tiempos inmemoriales y, ahora, son confundidas por quienes las capturan como esclavas sexuales. Que atesoren el filosofar puede ser, incluso, más cuestionable; pero si intentamos definir qué es el filosofar, probablemente el camino se nos allane. El amor a la sabiduría, tal como lo indicaría la definición etimológica, nos puede dar una pista. Las prostitutas, insistimos, las auténticas, trabajan con la esencia, con la materia prima del amor, que es lo sexual.

La insensatez, sobre todo política, de amar a la sabiduría, sirve en un espacio acotado de tiempo. Lo mismo pasa con las personas que dicen amarse: firman un contrato (matrimonio) y se someten a convivir como si esa sensación (la mayoría de las veces, sexual) perdurara infinitamente en el tiempo. Los que decían amar a la sabiduría, les sirvieron políticamente a sus respectivas sociedades; fue el caso de Sócrates y el de Platón. Luego, esa imposibilidad de seguir amando (es decir, al principio, al legitimarlas bases de lo político, ese amor era reluciente, real y útil), generaba que cuestionaran aquello que habían ayudado a construir; por eso, uno terminó suicidándose; el otro fue vendido como esclavo. No podían amar lo que había sido modificado, pero tampoco, como filósofos, podían dejar de amar esa búsqueda del saber. Aquel que contrae matrimonio con quien dice amar, siente, en un determinado momento, que esa sensación primigenia se ha modificado (otro de los aspectos constitutivos de lo sexual, en relación a lo amoroso, es la idea de perpetrar sempiternamente los pocos segundos que dura un orgasmo); por esa causa, se



cuestiona si debe romper el contrato o continuar con un amor que pasó a ser otra cosa. Las prostitutas, profesionales de la sexualidad, son las que conocen, mejor que nadie, el momento exacto en que la verdad se transforma en mentira; saben cómo no caer en el matrimonio y cómo fijar un límite cuando lo necesario y conveniente se vuelve peligroso (lo que le ocurre a los filósofos).

Etimológicamente el porno, la pornografía, es lo que se escribe acerca de las prostitutas. El concepto de “pornosofía” alude a la sabiduría que podría estar detrás de quienes atesoran esa actitud ante la vida de defender lo que creen o sienten como cierto. La raíz griega de este término implica lo absoluto; es ahí en donde encontramos un nuevo hermanamiento entre filosofía y pornografía: detrás de nuestra construcción conceptual de la pornosofía. El “pornofofo” debe ir detrás de lo auténtico, de ese absoluto en el que creó y por el que se guía su yo en el mundo. “Pornosofar” es ser auténtico también en el pensamiento; debemos reconocer que siempre pretendemos que pase algo con lo que pensamos: debemos convencer, conquistar, lograr que nos den dinero, que nos rindan pleitesía y, así, tener más sexo a partir de eso.

Lo singular es que, hoy en día, tanto a la filosofía como a la pornografía —padre y madre de la pornosofía— les está ocurriendo lo mismo: no terminan de morir y vegetan en la inanición de haber sido, en su momento, interesantes formas disruptivas del orden establecido. La filosofía ha dejado, hace siglos, una amenaza para las mentes más acomodadas; en lo mejor de los casos, devino en un pasatiempo. Filosofar es una jactancia literaria; en cambio, “pornosofar” es una obligación para quienes tienen la posibilidad de hacer sinapsis. La pornografía le ha dado paso al sexo plástico que se viraliza en las redes sociales y que se impone como regla. Es la cosificación, no de un género, sino de una condición: la del pobre o del menos pudiente. En el reinado de la estética, que impuso operaciones y resultados de quirófano, la pornografía perdió su capacidad de escandalizar. La pornosofía llega, como todo hijo, no para la superación de sus padres, sino para el rescate de sus memorias, de aquello que, como reliquia, conocemos como filosofía y pornografía.

Los hombres temen al pensamiento más que a cualquier otra cosa en la tierra, más que a la ruina, incluso más que a la muerte. El pensamiento es subversivo y revolucionario, destructivo y terrible;

el pensamiento es despiadado con el privilegio, las instituciones establecidas y los hábitos confortables; el pensamiento es anárquico y sin ley, indiferente a la autoridad, despreocupado de la acreditada sabiduría de las edades. El pensamiento escudriña el abismo del infierno y no teme. Ve al hombre, esa débil partícula, rodeado por insondables profundidades de silencio; sin embargo, procede arrogante, tan impertérrito como si fuera el señor del universo. El pensamiento es grande, y veloz y libre, la luz del mundo, y la principal gloria del hombre... Pero para que el pensamiento llegue a ser posesión de muchos, no privilegios de unos pocos, debemos eliminar el temor. Es el temor lo que contiene a los hombres, el temor de que sus acendradas creencias resulten engañosas, el temor de que las instituciones por las que viven resulten dañinas, el temor de que ellos mismos resulten menos dignos de respeto de lo que habían supuesto que era... Es mejor que los hombres sean estúpidos, lerdos y tiránicos y no que su pensamiento sea libre. En efecto si su pensamiento fuera libre, podrían no pensar como nosotros. Y este desastre debe evitarse a toda costa... (Bertrand Russel, *Principios of Social Reconstruction*).

“Pornosofar” la política, follarla para que ella no nos folle; debemos quitarnos la dignidad evitando el virus que, con su miembro, la clase política, lasciva, nos intenta inocular para que nos quedemos en un paro tanto laboral como existencial.

## **El virus que sustenta el poder de lo democrático**

Creemos que nuestro presente se apoya sobre intenciones profundas, necesidades estables; pedimos a los historiadores que nos convenzan de ello. Pero el verdadero sentido histórico, reconoce que vivimos, sin referencias ni coordenadas originarias, en miríadas de sucesos perdidos... El gran juego de la historia es quién se amparará en las reglas, quién ocupará la plaza de aquellos que las utilizan, quién se disfrazará para pervertirlas, utilizarlas a contrapelo, y utilizarlas contra aquellos que las habían impuesto; quién introduciéndose en el complejo aparato, lo hará funcionar de tal modo que

los dominadores se encontrarán dominados por sus propias reglas” (Foucault, M , *El discurso del poder*).

En varios de los órdenes de la vida nos vemos sorprendidos por la realidad. A nivel internacional, migrantes se imponen la hazaña de cruzar, cual émulos bíblicos y próceres históricos, montañas y mares, a costa de la muerte de niños, mujeres, ancianos y enfermos, para tener la posibilidad de subsistir; pero en esa esperanza, espiritual, por inercia, del ser humano, en esa pulsión de vida instintiva, están logrando hacer carne aquel apotegma nietzscheano: “Lo que no te mata, te fortalece”. Tarde o temprano, serán estos migrantes quienes manden en los órdenes internacionales. Nadie aún ha reparado en que ya lograron que las guerras que los azotan, en aquellos terrenos hostiles y lejanos de los que huyen, se disputen, ahora, en el centro de la comunidad económica europea. Aquel suceso, triunfo inusitado, es un cambio de paradigma y es solo el comienzo. Lo venimos sosteniendo desde hace años: la democracia, tal como la entendemos, será modificada por estas generaciones de víctimas a las que aún no les han resuelto ningún problema fundamental. Que los ricos deban hacerse cargo del problema de la pobreza nunca ha sido una cuestión de lástima; es una cuestión de poder, de poder real, de poder político que, luego de años de estar agazapado, empieza a quedar en evidencia. La política contemporánea le da una nueva resignificación a lo democrático a través de lo incierto y por intermedio del análisis de su columna vertebral: el voto. Por este motivo, mi anterior libro se titula: El voto compensatorio; redefinición del contrato social; porque el cuestionamiento de lo democrático, de sus promesas y de sus expectativas no cumplidas, nos lleva a buscar respuestas. Necesitamos esas respuestas, garantías que debieron haber existido siempre en la firma de cesión de derechos de los ciudadanos para ser gobernados. Como si fuera poco, la cosa se agrava cuando ese Estado deudor le exige a la marginalidad de su ciudadanía, con la que no ha cumplido, que ratifique el contrato mediante el voto

La clave para salir de la incertidumbre de lo democrático no está ni en una marcha, ni en un partido, ni en un programa de televisión; solo hay que pensar en el fondo de la cuestión, en nuestra propuesta

y redefinir el voto: poder dotarlo del elemento compensatorio, para que valga más, numéricamente, para los que menos han tenido. En países centroamericanos en los que se han llevado adelante elecciones, el ausentismo o los escándalos, en esas circunstancias, no son más que réplicas de estas consideraciones que —insistimos— no las encontrará tan fácilmente en los medios concentrados, tanto capitalistas como populistas, pues, en ambos formatos, el virus de la “espectacularidad amistosa” les ha sido contagiado. Hablamos del fenómeno de esas cadenas que, construidas por diferentes patronales, transitan senderos convergentes que no asumen la profundidad del diagnóstico. Esta enfermedad, en grado de pandemia, atacó a todas nuestras estructuras conocidas; será muy difícil que podamos encontrar respuestas valederas de quienes no se cuestionan por temor a pensar. La academia, como los circuitos culturales, también han pasado a ser un coto de caza; un terreno de disputa entre aquellos mandaderos mencionados, que, en estos campos de batalla, utilizan a otro tipo de soldaditos, con otras características, pero afectados por el mismo mal de la mirada torcida, envilecida por el temor a ir más allá. Ingresar en el sótano de la condición humana les da un terror tan magnánimo que ni siquiera se lo plantean; solo se regodean con sus absurdas cucardas, que son emitidas por esos centros nocivos de poder en donde se atonta al ser mediante estratagemas hábilmente diseñadas y mediante un inusitado poder de precisión e impacto. Pensar o “pornosofar” puede ser el vehículo que nos conduzca a nuevos, o viejos horizontes que nos vinculen con nuestra parte más humana.

## ÉPIFENÓMENOS DEMOCRÁTICOS

### Como en Hansel y Gretel

Imaginemos, tal como ocurrió en el cuento infantil que ya se lo recordaremos, que para evitar una debacle mundial (sea por falta de recursos, por mal administración de los mismos, por el acabose de sustentabilidad medioambiental o por la combinación de estos y el restante de los factores que hacen que trabajemos en mundos por fuera de este) nos instan, es decir nos instamos nosotros mismos, a que todos los ciudadanos que no hayan alcanzado la mayoría de edad (es decir no estén aptos para producir ni habilitados para votar) deban ser abandonados en una suerte de selva, para que sólo merezcan estar entre nosotros, aquellos que hayan logrado regresar sin más elementos que su propio arrojo o valor. Esta suerte de Darwinismo impracticable (moral como fáctico, más allá que como humanos hemos forjado campos de concentración y pese a ello replicamos ahora campos de refugiados o de pobres) vendría a ser como una anticipación a lo que les sucediera a los habitantes de Hamelin, en aquel otro cuento antológico acerca del flautista. En tal relato, para acabar con las ratas, el rey de la comarca contrato a un Flautista para que las eliminara. Como este cumplió con lo suyo, pero no se le pago lo pactado, con el mismo método se llevó a los niños. Nuestros indicadores, sociales, económicos y medioambientales, nos están señalando esto mismo. No hemos cumplido con un trato digno para con las generaciones venideras. Difícilmente las tengamos sí es que de bruces, disruptiva o revolucionariamente no hacemos algo al respecto. La inexplicable decisión de los padres, o el padre y la madrastra de Hansel y Gretel, el cuento infantil Alemán, tenga como correlato de verdad, la crudeza racional que caracteriza o viene caracterizando a Occidente y su formación filosófica-política-jurídica, bajo los preceptos germánicos, que no casualmente, son los que siguen ordenando (desde sus orígenes Griegos) conceptualmente el mundo que habitamos, pero del que pocos chances tendremos de seguir sosteniéndolo tal como de un tiempo a esta parte.

“Hansel y Gretel eran los hijos de un pobre leñador. Eran una familia tan pobre que una noche la madrastra convence al padre de abandonar a los niños en el bosque, dado que ya no tenían con qué alimentarlos. Hansel oyó esto, por lo que salió de su casa a buscar piedras, con las cuales marcó un camino al día siguiente cuando se dirigían al bosque.

Hansel y Gretel se durmieron, y apenas salió la Luna comenzaron a caminar siguiendo el camino que Hansel había marcado con las piedras anteriormente. Por la mañana llegaron a su casa. Su madrastra, sorprendida por el hecho decide que la próxima vez llevarán a los niños aún más adentro en el bosque, para que no puedan salir de allí y regresar. Hansel, que otra vez escuchó las discusiones de sus padres, decide salir a juntar piedras nuevamente, pero esta vez no pudo, ya que la puerta estaba cerrada con llave.

En la mañana que fueron al bosque, Hansel marcó un camino tirando migas del pedazo de pan que su madrastra le había dado, solo que esta vez cuando salió la Luna no pudieron volver porque los pájaros se habían comido el pan.

Después de dos días perdidos en el bosque, cuando ya no sabían más que hacer, los niños se detienen a escuchar el canto de un pájaro blanco al cual luego siguen hasta llegar a una casita hecha de pan de jengibre, pastel y azúcar moreno. Hansel y Gretel empezaron a comer, pero lo que no sabían era que esta casita era la trampa de una vieja bruja para encerrarlos y luego comérselos.

Esta vieja bruja decide encerrar a Hansel y tomar a Gretel como criada. Todas las mañanas la bruja hacía que Hansel sacara el dedo por entre los barrotes del establo para comprobar que había engordado, pero éste la engañaba sacando un hueso que había recogido del suelo.

Un día, la bruja decide comerse a Hansel y manda a Gretel a comprobar que el horno estuviese listo para cocinar. La niña se da cuenta de la trampa y logra que la bruja se meta en el horno. Al instante, Gretel empuja a la bruja y cierra el horno.

Tras la muerte de la bruja, los niños toman de la casa perlas y piedras preciosas y parten a reencontrarse con su padre, cuya mujer había muerto.

Su vida de miseria por fin había terminado, desde ese día la familia no sufrió más hambre y todos vivieron juntos y felices para siempre”.

El cuento es sencillamente brutal. En el caso del suscribiente, quién me lo advirtiera, fue precisamente un niño, el más especial, al que por responsabilidad compartida hice arrojar a este mundo. No había razones cómo para que un padre, pudiera dejar a sus hijos en el medio del bosque, para que murieran de cualquier otra cosa que no sea del hambre del que morirían, hasta por cierta responsabilidad de quién los estaba enviando a la muerte, encima, engañados. Pero en verdad, en tal abandono adrede, también podrían morir de hambre, entonces quedaba la brutal, pero explicativa lectura psicológica, de que tal vez, el padre lo hacía para evitarse la frustración de ver morir a sus hijos producto de su propia incapacidad de alimentarlos. Sin embargo, el giro, de la brutalidad humana, que en tal repliegue nos hace aproximarnos a nuestra condición de bestias, ese padre, confiando en un futuro próximo, en que las cosas se revirtieran, enviaba a esos hijos a la muerte, para tener la posibilidad de concebir otros en ese futuro más promisorio al que apostaba. De hecho el cuento se resuelve de tal manera, pues los niños, mediante la astucia, regresan y el padre, junto a su pareja, la madrastra, los acepta, básicamente porque su suerte había cambiado, para luego volver a complicarse y generar la tensión final y ya conocida del cuento, donde el padre finalmente, los acepta, pero gracias a que los niños también le resuelven el problema económico y la madrastra (como chivo expiatorio) se muere.

La hipótesis del presente artículo era que racionalmente, tal como de alguna manera ocurrió con el Nazismo, como con otros autoritarismos electorales, se planteara una solución “mundial” o final, como la del cuento. Pero descartémosla, sumémosle tensión y realismo a nuestro complejo escenario político.

¿Acaso no estamos enviando a nuestros hijos (es decir próximas generaciones o inmediatas), bajo la promesa vana, huera y mera de una supuesta democracia, al extenso, como dantesco, peligroso e insidioso bosque, atribulado de hambre, pobreza, marginalidad, cuando no campo de excepción, nutrido de una colosal barrera de imposibilidad, de donde, solo semánticamente y para nosotros (los que estamos a salvo) podrán salir (en nuestra comodidad de creer-

nos un futuro distinto cuando no hacemos nada por el mismo) en tanto y en cuanto sigan padeciendo lo que padecen, hasta que nos iluminemos o nos despabilemos y entendamos que por nuestra acción u omisión están camino a una cruda, brutal e injusta muerte que justifica nuestra dubitativas tribulaciones ?

## **De cómo se nos corre la democracia**

Es más sencillo de lo que las palabras, o al menos estas, puedan expresar (de hecho existe en el título un doble sentido en el uso del término correr que en algunos países del habla castellana denotan un producto de lo sexual y en otros el salir a disparar llanamente). En diferentes partes del mundo, la democracia, está viviendo una modificación, natural, lógica y correspondiente a los tiempos que creemos que corren junto a nosotros. Es decir, sí nos ponemos a pensar desde cualquier perspectiva es imposible que este fenómeno no ocurriera.

En menos de dos décadas, culturalmente (que desde este pliegue el tiempo de cambio se ralentiza) modificamos nuestros hábitos de consumos, nuestras maneras de comunicarnos, como así también nuestras estructuras más básicas y elementales como el hogar y la familia.

Lo que otrora, hasta incluso para la ley, era por ejemplo un hijo ilegítimo por haber sido concebido por fuera del matrimonio, hoy podría ser considerado un delito el sólo mencionarlo y hasta ser acusado por maltratador ante instituciones creadas a los efectos de cuidar con celosía, derechos de hasta quinto grado o incluso de animales y porque no de hormigas californianas.

La comunicación ha dejado de ser tal, es decir, vivimos en el interdicto de una expresión continua en donde tal velocidad nos interpela a que reduzcamos, paradójicamente los mismos niveles de expresividad, dado que un piropo puede ser tomado o interpretado como una aviesa situación abusiva.

Uno puede adquirir por la red, desde niños, armas y bacterias, pero sí pretende alquilar los servicios de quién se ofrezca para sacarle un polvo (para que nos corramos en sentido sexual) podrá



ser declarado un tratante de personas. Lo mismo sí cariñosamente le dice puto al peluquero del barrio que en unión civil, alquiló un vientre en otro país para adoptar un niño que será más suyo y de su pareja que de nadie. Cómo a nadie, o a esos nadies, se le ocurrirá cuestionar porque en tal sociedad un peluquero gana más que un docente, médico y lo mismo que un político. Porque los periodistas comunican los secretos de las sabanas, los intrínquilis de amoríos y como si fuese poco, pretenden ser tratados de intelectuales.

La democracia, como no podía ser de otra manera y mal que les pese a los intelectuales, sobre todo a los orgánicos, a los que se acendran en las usinas académicas de formación de seres enlatados prestos a comprar, para reproducir, fotocopias de artículos que son en el mejor de los casos, alguna buena lectura de Marx o de cualquier otro autor neomarxista o que haya leído a Marx, ha pasado a ser otra cosa de lo que era, apenas unos años atrás.

Como decíamos no es necesario, verlo o leerlo afuera, por más que esa mirada también sea ratificatoria de lo expresamos.

Las democracias liberales, occidentales o como las queramos llamar, no interpelan a sus ciudadanos a que elijan a sus representantes o a quiénes las administren. La democracia pasó a ser un rito plebiscitario, una jornada electoral en donde por una mayoría matemática, se determina sí el grupo que se hizo en el poder continuará o no continuará.

Es decir, no elegimos más (en verdad nunca elegimos, pero no la vamos a liar parda, que allí está el negocio de ciertos intelectuales, hacer incomprendible lo obvio) no optamos por quién gobierna, ratificamos o rectificamos a los que gobiernan. O mejor dicho, para expresar de qué va esto, o los corremos, es decir los sacamos a los gobernantes, para poner al subsiguientemente otro, dado que no nos da, el corrernos de la democracia, por más que está y ya en el sentido sexual, se nos corra a nosotros.

Cómo esto no está aún, expresado en tales términos, usamos, al grupo (llamarlos partidos sería un insulto a quiénes han formado o creyeron en partidos políticos) que pretende disputarle el poder para en verdad, sacarnos, correrlos, a los que nos están gobernando. Claro que la tendencia natural, a permanecer en lo mismo, como las ventajas competitivas que tienen material (sobre todo mediática como económicamente) como hasta espiritualmente (en cuanto a

expectativa, el voto útil o voto condicionado que generan por sobre quiénes les pagan el sueldo manejando las cuentas públicas) hacen que sea casi imposible que un gobierno deje de ser tal, de acuerdo a como está planteada la democracia actual.

Para que suceda un cambio, es decir, para que la ciudadanía, salga de todo aquello, no sólo tiene que estar mal en todo sentido, sino estar cansada, fatigada, harta de esta situación y expresarlo mediante el artilugio del voto, que es ni más menos que la sentencia del correrlos, con la vaina, pero correrlos al fin, para que vengan esos otros que le siguen.

El caso testigo sería la actual situación de Venezuela pero no ahondaremos en esto, dado que son demasiadas las voces que viven a costa del pueblo venezolano, expresando sandeces sinsentido (no pretendemos ser decoloniales, pero sorprende la cantidad de descendientes de conquistadores, que diciéndose de izquierdas y con sus pelitos al viento, enajenan bolívares para trocarlos en euros por escribir argucias eurocéntricas inconcebibles y a-conceptuales) mientras el pueblo debate en las calles, mediante sangre, lo que debería debatir en una elección para ver finalmente quién corre a quién.

La democracia, nos salva de aquello, precisamente, de allí que la conservemos, pero eso no significa que no represente esto que decimos, que devino, que se convirtió en un ratificatoria, de la continuidad o no de un gobierno. Lo mejor que podemos hacer, es desde el lugar en el que uno vive, poder hacer uso de esos derechos que garantiza la democracia. Más que nada la voz, el voto no sólo que es obligatorio, sino que además puede ser comprado, no tenido en cuenta o no contado, y como dijimos, no es tan raro que así suceda.

La democracia, para que no se nos corra (en el sentido sexual) perversamente sobre nosotros, debe ser corrida, en sus vertientes oficialismo y oposición, de lo contrario, seguirá siendo lo que es; un mero juego para ver sí cada tanto, corremos o no a los que nos gobiernan, no importa quiénes vengan después, dado que nos reservamos ese derecho de más luego también volver a correrlos.

Corremos tras el fenómeno democrático o de la democracia, por eso, por más que la anhelemos, la deseamos o digamos que vamos por ella, jamás la tendremos ni estará entre nosotros.

## El fin del estado

“De los fundamentos del estado, se sigue, con toda evidencia, que su fin último no es dominar a los hombres ni sujetarlos por el miedo y someterlos a otro, sino, por el contrario, librarlos a todos del miedo para que vivan, en cuanto sea posible, con seguridad; esto es, para que conserven al máximo este derecho suyo natural de existir y de obrar sin daño suyo ni ajeno. El fin del estado, repito, no es convertir a los hombres en seres racionales en bestias o autómatas, sino lograr más bien que su alma y su cuerpo desempeñen sus funciones con seguridad, y que ellos se sirvan de su razón libre y que no se combatan con odios, iras o engaños, ni se ataquen con perversas intenciones. El verdadero fin del estado es, pues, la libertad” (Spinoza, B. “Tratado Teológico-Político. Alianza Editorial. 1997. Madrid. Pág. 411).

Podríamos afirmar, con la presunción de equivocarnos, pero de qué trata la vida sino de asumir los equívocos (en un claro acto de rebeldía ante la razón instrumental que nos pretende perfectos, o lo que es peor, perfectibles para que siempre sumemos a costa de exfoliarnos en vida de nuestra humanidad) que la actualidad de la ciencia política, o de la filosofía política, se reduce a tal frase; El fin del estado. El mismo puede ser interpretado como una frase asertiva o, prescindiendo de los signos de interrogación, como una dubitativa o retórica, que pregunte, que cuestione, que inquiete, que incomode, que insatisfaga, que derrote la certeza que nos absolutiza en el presidio de la comodidad autómatas de nuestras pretensiones en lo culmine de la pedantería.

Sin embargo, y más allá de la cita del inicio, que implica la necesaria referencia a la autoridad intelectual, independientemente de lo que se expresa (en este caso importa, al menos para nosotros), tal como los documentos académicos requieren, a los efectos que el autor de ocasión, cotice más en el mismo ámbito, traducido en lo tangible de mayores horas cátedras, a los efectos de tener un mayor mercado cautivo de a quienes imponerle la venta de sus libros, pueda tener el respectivo baño de ego que le brinde los medios en donde algún amigo o ex alumno, haya aprendido algo del oportuno profesante de ideas, muy raras vez propias, precisamente por la falla

fundamental o fundacional de no haber tenido un estado que vele, por generar posibilidades de libertad.

Independientemente de donde usted sea, imagine una ciudad con casi la mitad de la población de pobres. Pobres estructurales, no de ocasión, como tal vez puedan ser los pobres Europeos, sin que esto sea una desvalorización de la pobreza reciente que pueden estar viviendo los ciudadanos de aquella parte del mundo. Estos pobres, lo son, porque sus abuelos han sido condenados a la misma pobreza y probablemente sus nietos difícilmente pueden salir de ella. Una pobreza que se traduce en no tener para comer, en que duela la panza, el estómago de hambre. En un lugar así, en donde tres cuartas partes de la población, viven de ingresos propiciados por el mismo estado. Un estado por otra parte, integrado a una Nación, que considera a este sector, casi parasitario, que lo declaro en algún momento inviable, surge, desde la praxis de la política, una propuesta que plantea que quién arribe al poder, otorgara una determinada cantidad de dinero a todos y cada

uno de los ciudadanos. Esto generaría la disolución de las obligaciones del estado, de un estado de derecho más luego, en pos de una posibilidad de libertad práctica, en un mundo dominado por el imperio del capital. Esta realización sería el fin del estado, en su finalidad misma de propiciar la libertad.

En un lugar de las características mencionadas, en donde el estado no pudo realizarse o el intento de conformarlo, ha caído una y otra vez en un profuso y oscuro lago, desde el fondo más renegrido, emerge, el tiro de gracia, esta propuesta conceptual que generaría tras sí, amplias escuelas de pensamiento.

Los niños, o gurises, como se los llama en tal lugar, siguen el hambre padeciendo, el borrachín luchándola para embeberse en el fragor de su exceso, nosotros escribiendo, usted leyendo y un estado que nos oprime para que llevemos a cabo el objetivo para el cuál lo hemos creado. Es que le tenemos miedo, más que a la muerte, a la vida misma, en una de esas no resultaba tan complicada el vivirla, sin temores, sin ataduras, sin moldes preestablecidos que detengan nuestra marcha, como la de una hoja al viento, que en la sabiduría de la naturaleza por alguna razón cae allí en donde quienes no se animan a transitar la libertad, creen estar viendo locura o desprendimiento.

## **De las oposiciones políticas o del principal problema de las democracias actuales**

Ni el objeto de la democracia (en la teoría clásica el gobierno del pueblo a lo que deberíamos llegar: el gobierno del pueblo que más necesite ser gobernado, entendiendo la no tutela de un gobierno como la máxima aspiración de un individuo o ciudadano) es decir la constitución de su nuevo sujeto histórico; el pobre o marginal, ni el diagnóstico que hacemos o venimos realizando acerca de sus falencias (sobre todo desde los que están administrando el poder o forman parte de alguno de los mismos) son siquiera correctas o correspondientes. La oposición política, en cualquier distrito del mundo en donde se lleven a cabo prácticas democráticas, es parte del poder político, independientemente del grado de formalidad jurídica que posea o revista, lo cierto es que el ejercicio político de la oposición, por una falla en el sistema democrático que en esta oportunidad intentaremos saldar, se constituye a los únicos efectos de alcanzar el poder, de desplazar al oficialismo al que pretende destronar. Esta circunstancia no deseada, de estar en condición opositora, obtura, ocluye, distorsiona, el verdadero ejercicio de una parte del poder constitutivo; es decir, debemos consagrar a la oposición como un ejercicio, indispensable, funcional y deseable, por ende condicionado a la cuestión democrática. Para esto mismo, dispusimos que las reelecciones a los ejecutivos no se prohíban a individuos o ciudadanos que hayan ejercido el poder las veces que fueren, sino que el impedimento de continuar por más de un período o máximo dos, sea para el partido mismo que haya accedido a tal condición, para que luego tenga, su tarea, democrática y correspondiente de fungir como oposición política, en condición de tal y no desde la trinchera de estar expectante a los errores o incluso provocarlos o agigantarlos para suplir al oficialismo al que pretende desplazar o reemplazar, como todas las experiencias democráticas, hasta entonces y sin esta perspectiva aquí brindada, se han sucedido desde los tiempos democráticos a la actualidad.

Los partidos políticos deben tener un límite para ser reelectos al frente de los ejecutivos y no las personas o individuos. Una de las mayores flagrancias normativas, que bien podrían considerarse superficiales o cuestiones que no están vinculadas a los aspectos más

conceptuales o profundos a modificar de lo democrático, es que ciertas disposiciones, electorales, han sido concebidas casi a título personal o para ciertos individuos que han ejercido el poder. En esta debilidad, encuentra la presente propuesta su fortaleza, es decir, dado que se trata de una perspectiva que no cambia radicalmente la concepción que tenemos de nuestro actual sistema político (en un a priori las radicalidades o las modificaciones sustanciales, nos hacen inclinar naturalmente a conservar lo establecido o rechazar de plano lo que se propone modificar) y apenas se constituye en un detalle, por esta misma razón podría implementarse en la mayoría de países en donde equívoca y confusamente reina la imposibilidad legal de que quién ha ejercido el poder, durante por lo general dos mandatos o períodos (en otros lugares uno solo), no puede ir por la siguiente reelección, sino que precisamente sea el partido político, la agrupación, alianza o movimiento la que por un tercer período en el ejercicio del poder de un ejecutivo no pueda ofertar ningún candidato para que continúe al frente de tal gobierno.

Esta disposición se acendra en un concepto poco explorado y poco extendido como entendido. El mismo se explica en la razón, sencilla, pero no por ello no fundamental, de que el poder no sólo anida en los oficialismos, sino también en el ejercicio de la oposición. Establecer que un partido, alianza o conjunto de expresiones políticas que gobernó un país, una provincia o una ciudad, no pueda ir por un tercer período al frente del mismo, implicará que se entienda, comprenda y asimile, que la administración del poder, y por ende la disputa por la misma (la política) es una dinámica mucho más poderosa que la de ganar o perder una elección y que elegir gobernantes, que siempre terminan cayendo, casi por una deformación natural en la tentación de eternizarse en el poder. La respuesta a esta tendencia, fue la equívoca disposición que reina en las democracias actuales que establecen que son quienes han gobernado los que estén impedidos de seguir haciéndolo, un disparate normativo que no sólo está creado y constituido para cercenar el derecho político de ciertas personas, sino que además se da de bruces contra el bien jurídico mayor que debe imperar en una democracia que sea el soberano quién elija a sus gobernantes sin impedimento alguno.

Con esta adecuación, no sólo lograríamos esto mismo, sino que además estaríamos fortaleciendo los partidos políticos, las expresio-

nes partidocráticas, los movimientos colectivos en los que se disputa (al menos teórica como normativamente pues en la mayoría de los países los partidos con los elementos sustanciales de lo democrático tal como se afirman en diversas constituciones) el poder, precisan ser fortalecidos, para no terminar deglutidos por el personalismo de sus propios líderes circunstanciales que en su afán por continuar en el poder, pretenden transformar (en algunos lugares del globo, ciertos políticos ya afirman que estamos de pleno en tal transformación, como por ejemplo en Eurasia) la democracia representativa en una democracia autocrática o refrendataria o plesbicitaria en donde un líder, con la suma del poder político o electoral, mediante consulta popular cada cierto tiempo, gobierna por el tiempo que desee y bajo las formas discrecionales que considera.

Sabemos que serán no pocos los contrapuntos, teóricos como prácticos, a los que damos respuesta en una versión más amplia de la argumentación de esta propuesta, trabajada en un libro en proceso de edición que no casualmente dimos en llamar “El acabose democrático), dejando por sentado además la disponibilidad para explicar en el medio que fuere esta iniciativa, pero no queremos finalizar, sin señalar que con esto mismo, estamos, además y como si fuese menos, fortaleciendo un concepto clave, no sólo en lo teórico de las ciencias políticas, sino en su traducción en nuestro quehacer cotidiano que es la no garantía de la alternancia en el poder:

La alternancia en el poder es un elemento fundamental de la democracia porque aun en el caso hipotético de que la permanencia en el gobierno sea producto de elecciones libres, ajenas a la coacción o al fraude, el continuismo indefinido tiende a generar personalismos y autocracias que más temprano que tarde amenazarán los comicios libres y usarán todos los medios a su alcance para perpetuarse en el poder. Por eso para algunos, la mera sustitución de personas en los cargos gubernamentales no es una verdadera y plena alternancia, si no existe un cambio del partido en el poder, ya que de otro modo se prolongan los mismos intereses en el gobierno, pese a que no exista la reelección. En consecuencia, la alternancia requiere de la existencia de un régimen democrático que permita la competencia real y equitativa de los partidos políticos, así como la expresión periódica de la voluntad ciudadana mediante un sistema electoral eficaz, objetivo e imparcial. Asimismo, exige el establecimiento de

un servicio civil o de un sistema similar de profesionalización de la burocracia, para dar estabilidad a la administración del gobierno y para evitar que los puestos, recursos, servicios, concesiones, etc., se conviertan en botín de los partidos triunfantes, con grave perjuicio para la eficiencia, moralidad e imparcialidad del gobierno, que debe gobernar para todos, así como para la democracia, porque fomenta el clientelismo. Sin embargo, la alternancia es sólo el primer paso para la consolidación de la democracia, pero no es suficiente. Históricamente, construir una democracia ha sido un proceso continuo, con frecuencia sangriento, largo, lento y difícil, de cambios y equilibrios tan incesantes como la dinámica de las sociedades y de los problemas que enfrentan para su desarrollo y sobrevivencia. <http://diccionario.inep.org/A/ALTERNANCIA.html>

“El contrato social alejado de la simple fórmula “do ut des” comporta una verdadera función de conciencias donde se socializa el hombre dentro de una comunidad de intereses que lo integra y personaliza. Esta generalización pública de los intereses personales es el propio resultado de la legitimidad. Para el pensamiento moderno, quedará esta herencia, tantas veces desechada: que la legitimidad pone de acuerdo la conciencia moral, la esencia de la personalidad, con los fines públicos de la comunidad de intereses” (Vargas Gómez, R. “Jean Jacques Rousseau. Política y Cultura”. Universidad Nacional del Nordeste. Corrientes. 1989. Pág. 63.)

Tomando a beneficio de inventario, el acervo de lo realizado por quiénes nos sucedieron, la comunidad de intereses, que forma el contrato social, y a respuesta de esa razón más profunda y profusa del “te doy para que des”, es la que amerita ser constituida bajo una determinación que en lo político, forme la cuestión del poder opositor. Es decir, que los partidos políticos que hayan estado en el ejercicio de un ejecutivo, tengan más luego, en algún momento, pensarse y ejecutarse, desde la perspectiva de una oposición, que este mucho más allá de ganar una elección sino de hacer su parte en la dinámica del poder, contribuirá a que más temprano que tarde, tengamos una comunidad de intereses; democrática.



## ¿Quiénes representan a los que no votan?

En el concierto de las preguntas de todos los días, que por otra parte, consolidan, esclerotizan la banalidad de la política, que lleva a que suprimamos perversamente la finalidad de los partidos políticos, y nos conducen a que lo cotidiano sea la agenda del dueño de la lapicera, oficialista u opositor, que dibuja y desdibuja, desde los nombres de las fórmulas gubernamentales, las listas legislativas, los casilleros de los gabinetes, y las planillas de los planta permanente como contratados que seguirán o dejarán de libar del estado, no estará este interrogante de título, ni otros tantos, que casi sin querer se constituyen en los aspectos basales de nuestras instituciones democráticas modernas. Es decir, sí todos los que estamos obligados a votar, transgredimos tal norma en un porcentaje mayor al usual (que siempre es del 20 o en su defecto 30%) alcanzando un 50%, entonces y de hecho, tal elección, carecería de legitimidad y de allí se podría ganar seriamente la legalidad de tal comicio y de tal resultado. De más está decir, que sí se alcanza esa mayoría, la transgresión dejaría de ser tal y se convertiría en norma triunfante y el ordenamiento político se vería impelido a replantarse algunos de sus aspectos basales, que no son abordados, porque quiénes se les oponen o no piensan o sólo quieren ser como los que critican.

El aspecto es mucho más sencillo de lo que parece. Tal vez oculta en muchas palabras intrincadas, lo cierto es que la legitimidad política siempre, de un tiempo a esta parte, se pone en cuestión, pero nunca llega a la instancia de perforar, de percutir la legalidad. Semanas previas al acabose del diciembre del 2001, la elección nacional legislativa acusó un índice de ausentismo, cómo de voto nulo o castigo que presagiaba, precisamente lo desopilante de los cinco presidentes en una semana y la veintena de muertos. Desde aquel entonces, tal desgarramiento, entre el tejido que sostiene a representantes con representados, no ha sido reconstituido del todo.

Esta falta, se debe, a muchas causas, pero podemos señalar una tal vez, no tan trillada. La cobardía del pensamiento, o de los pensadores, enfocados en lo político, para trabajar esta grave causa. Desde aquel entonces, fue mucho más sencillo, que de un lado de la avenida estuvieran los que vitoreaban a los sentados a la izquierda o la derecha de la asamblea nacional francesa que tradujo, como univer-

salidad, la fantochada de que los humanos debemos propender a ser libres, iguales y fraternos.

Palabras más o palabra menos, semántica populista, progresista; centrista o cómo se la quiera llamar en esos debates que siempre nos conducen a los mismos libros y las mismas experiencias de los siglos XIX y XX en el continente Europeo, nos han devuelto, a que nosotros, desde donde escribimos y próximos a 40 años de plena democracia a sedimentar, cuando no aumentar, nuestros índices de pobreza, de marginalidad y de pérdida de calidad de vida, indistintamente de quiénes nos gobiernen o bajo que banderas, expresiones o partidos.

Ante la pregunta que exhorta el artículo, la respuesta más acomodaticia, o que consagraría el supuesto sentido común, es que aquellos que no votan, transgrediendo la obligatoriedad, son automáticamente representados por quiénes sí cumplen la normativa y por ende, ceden su representatividad a esa mayoría que sí emitió el sufragio. Este principio democrático, de que los números mayoritarios consagran la representación (como lo señalamos en otros artículos, este sistema se centra en el triunfo por sobre el otro, no en la representación, sí no, los vice, presidentes, gobernadores o intendentes, serían o deberían ser los segundos más votados detrás del ganador) tendría entonces que respetar, el hipotético caso que se logre una mayoría ciudadana, que haga política, instando a la ciudadanía que el día del comicio, en un número mayor al 50% de los habilitados a votar, no concurra a hacerlo.

En lo que podría constituirse en la maduración de la clase política, en vez de tener a cientos de personajes que se postulan para lo que fuere, con el único fin, de luego de la elección, ir a la oficina de los triunfantes, para negociar el voto de su abuelita, del que engrampo en Facebook, de los muchachos del futbol y a todos los que consciente o inconscientemente timó para lograr un conchabo, tendríamos a quiénes planteen esto mismo, la auténtica validación del sistema político, que quedará como tal o en caso de ser derrotado, con sus propias armas se convertiría en régimen.

Esto, a contrario sensu, de lo que siempre pueden pensar y mal, los amigos que la están pasando bien con la política, sería más que beneficioso, pues en caso de que prevalezca la continuidad, la no modificación, es decir que pese a que muchos hagan campaña por

no ir a votar, la gente asista en un número mayor al 50% (como si fuese difícil además esto mismo, teniendo los recursos de un estado con casi 40% de pobres...) los liberaría de sus culpas, de sus ocultamientos y de sus gobernanzas con excesos incluidos.

Es decir en caso de darse tal elección en tales términos (sí el 50% de los habilitados a votar no asiste a hacerlo, el sistema político-institucional debe ser replanteado, o al menos tal elección declarada ilegítima y por ende ilegal) los ciudadanos, no tendrían razón de continuar cuestionando a sus políticos, es más tendrían los políticos, por ejemplo, derecho a cobrar más impuestos y gastarlos en más nombramientos en seguidores y amigos, para ponerlo en términos categóricos.

Finalmente, y en caso de que no pueda establecerse este escenario, igualmente respondimos este interrogante, tal vez, algunos de los que no asiste a votar, lo hace razonando de la siguiente manera: “Es necesario que haya un sector que gobierne, una aristocracia natural, que se fundamenta en la propiedad y en el talento” (Burke)... La distribución equitativa del poder, para Burke, simplemente no existe. Si ningún hombre puede ser juez de su propia causa, si ha renunciado a fallar en su propio interés, tampoco puede ser gobernante por sí mismo. Si para obtener justicia hay que renunciar al derecho de tomarla por cuenta propia, ¿por qué no asumir, como signo de libertad, que otro hombre tome decisiones pertinentes por nosotros? [http://www.fundacionfaes.org/file\\_upload/publication/pdf/20130423222146edmund-burke-y-la-ciencia-de-la-politica.pdf](http://www.fundacionfaes.org/file_upload/publication/pdf/20130423222146edmund-burke-y-la-ciencia-de-la-politica.pdf)

La política se hace con lo que está en el fondo del corazón. Por eso, los que ven sólo contratos no son aptos para ser hombres de Estado. Los contratos tienen siempre un sentido ocasional y por lo tanto pueden siempre disolverse voluntariamente. Los contratos no se pueden aplicar a la vida de un Estado, que no es una asociación para el comercio de la pimienta y el café, el algodón o el tabaco. Un Estado no es un negocio, no puede ser disuelto al antojo de las partes contratantes, ni mediante escritura pública elevada ante notario. Para llegar a ser un Estado no basta tener intereses en común. “Como los fines de una asociación así no pueden obtenerse ni siquiera a lo largo de muchas generaciones, la asociación llega a ser, no sólo entre los vivos, sino también entre los vivos y los muertos y

los que están por nacer” (Burke, Edmund (2003): Reflexiones sobre la Revolución en Francia Alianza, Madrid, p. 155).

En tren de esta argumentación, podríamos agregar el escenario, que ideamos a los únicos fines de reestablecer la vinculación entre representantes y representados, que elijamos a nuestros políticos, a quiénes nos representan, por plazos más extensos, mas continuados, diez o quince años, con esa cláusula, sí, de que sí no vamos el 50% más uno de los habilitados a hacerlo, se reparte y se da de nuevo...

La figura del superintendente, o la simbiosis entre curador y tutelador que brindo el derecho romano, para quiénes estaban afectos de enfermedades mentales, continúa como concepto jurídico en el marco normativo occidental, como la figura de la curatela, que se extiende a los emancipados cuyos padres han fallecido o a los pródigos (los que dilapidan su patrimonio desconociendo sus obligaciones familiares) en el mundo civil. En el ámbito político, el sistema instituido por la política que se escindió, se sectorizó en clase, en círculo, en mesa chica, precisa de una curatela, de una administración que vaya por encima de las manifiestas, probadas y contundentes muestras de incapacidad y/o desfasaje con la realidad que padecen, sometiendo, a la población toda a insufribles e indignos niveles de marginalidad, de pobreza, de falta de posibilidades de desarrollo y a contrario sensu, exhiben para ellos, para su clase que han instituido, privilegios, acumulación de bienes, ostentación de los mismos, en la fragancia de una criminalidad que continúa en el tiempo y que no cesará, se extinguirá, ni irrumpirá a menos que esto se ponga en evidencia y en la posibilidad concreta de que se lo caracterice, jurídica, filosófica y políticamente.

Cualquiera de los casos que señala el ámbito civil para que se designe un curador, es asignable para nuestros colectivos democráticos occidentales. Tanto ser considerados como infantes (por la falta de tiempo de sedimentación conceptual como vivencial de lo democrático en la mayoría de los países que prevalece desde no hace más de 30 o 40 años en forma ininterrumpida), o alienados en cuanto a continuar eligiendo (en verdad optando, condicionados) a los mismos (pese a que varíen en partidos, colores o supuestas manifestaciones de que harán algo distinto a lo que vienen haciendo con la cosa pública) que recurrentemente han probado, y nos los siguen probando, de que son incapaces de hecho, para brindarnos la posi-

bilidad de tener una comunidad mejor en cuanto a índices básicos de niveles de vida o posibilidad de que las mismas mejoren en algo en sus proverbiales falencias que condenan a bolsones extensos de habitantes a intentar sobrevivir en los márgenes de la humanidad.

La contundencia de los números más que inobjetable es pornográfica. En pocos, escasos, por no decir en casi ninguna comunidad que haya experimentado la intensidad de la democracia tal como la conocemos, se pueden esgrimir resultantes, sobre todo sociales, que sean tolerables, aceptables o conducentes con un sistema tal como nos lo venden, o como nos lo presentan.

Sin duda que a nivel teórico, y sobre todo, en lo que respecta a que ciertos privilegiados, en un segundo orden, como los que pudimos habernos alimentado como para que se nos genere sinapsis neuronal, y subsiguientemente podamos estampar en un procesador, palabras como estas, sin que tengamos a nadie, en forma fehaciente o real, detrás de la nuca, amenazándonos (de todas maneras ocurre y sobre todo con periodistas como el caso de México) para terminar con nuestras vidas por lo que expresamos, no puede constituirse, esta libertad, ganado por todos, como la excusa, la razón, de precisa y paradójicamente, la sinrazón, la sinvergüenzera, la pillería de esta clase políticoaca, que ya alienada por constituirse en clase, nos pretende, no conforme con haber alambrado el circuito social, mansa, obediente, o esclava de sus irreales, cuando no enfermizos, caprichos, destinados a saciar la voracidad de sus egos inconmensurables.

La prueba evidente de la enajenación de la que padecen, y por ende nos hacen padecer, en el campo político, es que todos y cada uno de los que han participado en la administración de la cosa pública, vía representación electoral, creen, consideran y están convencidos, de que manejaron, como si fuese algo propio la voluntad circunstancial, de un electorado que probablemente, siquiera ha tenido la posibilidad de elegir (las calidades de nuestras democracias en donde los niveles de pobreza, generan el mercantilismo electoral, festivales de dádiva, prebenda, la obligatoriedad del voto, la falta de democracias internas en los partidos o la institución de estos como coto de caza, como círculos cerrados en donde se ocluye por ejemplo la posibilidad de que ciudadanos sin partido se presenten a la arena electoral) sino que fue impelido a optar, resultando engañados

en cuanto a que la calidad de vida de las mayorías resultaría modificada para bien o para mejor.

Sea por acción u omisión, es decir por la perversión de tener plena consciencia de que se está haciendo un mal (mentir, engañar, prometer, falsear o forzar una posibilidad, llevarla al extremo de que podría resultar escondiendo la mínima posibilidad de que ello sea así) para obtener un bien personal o faccioso, o por la incapacidad de poder verlo, de entenderlo, de comprenderlo (quienes aun románticamente pueden creer que el problema está en el otro político, en el partido de enfrente, en la mano izquierda o derecha, en el viejo o en el nuevo, en las calles o la banca, en el de arriba o de abajo y todas las antinomias perimidas) que el verdadero problema es el circuito instaurado, las reglas de juego que diseñan un escenario psiquiátrico, que precisa de la cordura, o la oxigenación de nuevos aires que planteen formas más inclusivas, incluyentes, democráticas.

Esta curatela, que en la figura civil se corresponde con un administrador, con un sujeto que ejerza el imperio de la normalidad, en el campo político, debe ser establecida mediante dos formulismos que hemos trabajado por separado desde hace tiempo.

Uno de ellos es el llamado voto compensatorio. Este es un instrumento electoral que establece que el sujeto histórico de lo democrático debe ser el pobre, para ello, su traducibilidad, es precisamente que el sufragio de quienes estén sometidos a la pobreza, por la política o sus políticos, valdrá por cinco o cinco veces lo que valga el voto de quién no esté en situación de pobreza. Las referencias profusas, tenemos un libro escrito con esta propuesta, extensas pueden ser localizadas en cualquier buscador tipeando voto compensatorio.

El segundo instrumento es dentro del poder legislativo, el agregado de otra cámara, donde hayan dos será la tercera, donde exista una, la segunda, en donde sus integrantes serán preseleccionados desde un registro ciudadano (que se anotarán al mismo por mera voluntad), por los legisladores ya existentes y tras la lista fehaciente, de quienes no sean familiares directos de políticos en ejercicio ni estén afiliados o participen de partidos políticos, se realizará un sorteo, para el cometido (como en la antigua Grecia) de que la representación, signifique, precisamente lo que es; una carga pública, circunstancial, y comunitaria. También podrán encontrar mayores referencias bajo el sintagma; Dipunadores.

Desterrar los conceptos, absolutistas y autoritarios que poseen los políticos y su dama ultrajada, la política, de creer que les debemos agradecer la libertad de poder decir las cosas, de pensar y mostrar lo que pensamos (más allá de que cuenten ellos con la impunidad de maltratarnos, someternos a escarnio, a la agresión, a la discriminación, al ninguneo, a la vara disciplinar mediante los medios que controlan y las academias que galvanizan con fuego académico sagrado sus perversas reglas) y que no tengamos nada para decirles, cuando nos enrostran sus logros, sus gestiones, sus realizaciones, que son meras instrumentaciones de lo que les corresponde, de los que están obligados a realizar, cuando no, travestir sus bienes obtenidos por el manejo de la cosa pública, cómo si lo hubieran logrado en una cosecha sacrificial, en cualquier actividad privada, y la hicieron con nuestros recursos, con nuestro peculio, subvirtiendo la relación de mando y obediencia, transgrediendo las reglas sagradas de lo democrático, es sin duda son elementos incontrastables de que no están en condiciones de gobernarnos bajo estas reglas desquiciadas, como tampoco nosotros podemos subsanar esta situación, mediante el mero ejercicio, o el sometimiento a estas reglas enfermizas, que además nos reservan el sitio más desfavorable.

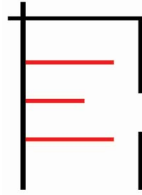
La curatela democrática es el instaurar otras reglas o modificarlas, sean las presentadas desde este humilde lugar, como tantas otras que se estén trabajando, que estén circulando o que usted tenga en mente, todo puede y debe ser evaluado, de lo contrario el pasaje al acto, de la locura total y completa, la suelta de los últimos reductos de razonabilidad a los que está atado el contrato social, están al borde del despedazamiento y de su ruptura definitiva.





Este libro se publicó  
en el mes de agosto  
del año 2017

# Ápeiron Ediciones



Colección

**arte** □ **facto**

[www.apeironediciones.com](http://www.apeironediciones.com)